

Alfredo Moffatt

TERAPIA DE CRISIS

La emergencia psicológica

Moffatt, Alfredo

Terapia de Crisis: la emergencia psicológica- 1ª ed. -
Buenos Aires: el autor, 2007

202 p.; 22 x 16 cm.

ISBN 978-987-05-3450-1

1. Psicología. I. Título
CDD 150

Diseño de tapa: Alfredo Moffatt

Fecha de catalogación: 11/10/2007

Se terminó de imprimir en
R S TALLERES GRAFICOS
Av. San Juan 3232 Ciudad de Bs. As
en el mes de octubre de 2007

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Libro de edición argentina

Alfredo Moffatt

TERAPIA DE CRISIS
La emergencia psicológica

PARA QUÉ ESTE LIBRO

Este libro continúa con el pensamiento y las experiencias de trabajo que se describen en mis libros anteriores. Con *Estrategias para sobrevivir en Buenos Aires (1967)* buscaba un nuevo enfoque para una sociología nacional. En 1974 escribo *Psicoterapia del Oprimido*, que es el relato de una experiencia de lucha en psiquiatría comunitaria. Luego viene *Terapia de Crisis, Teoría temporal del Psiquismo (1982)*, que es un libro que inaugura un nuevo paradigma en psicoterapia desde una filosofía existencial, y mi último libro, *En Caso de Angustia Rompa la Tapa (2004)* es un libro con reflexiones más filosóficas.

Este libro es el resultado de una concepción de enfermedad y terapia que viene de la práctica clínica y socioterapéutica de más de cuarenta años de trabajar con situaciones de crisis, en grupos de riesgo y con los sectores más lastimados de nuestra sociedad, y de un modelo que, a través de la sucesión teoría-praxis-teoría, ha ido creando las técnicas terapéuticas para los nuevos problemas que surgen de las grave crisis social actual.

Puede leerse ordenadamente del principio al fin, o por temas, eligiendo inicialmente los artículos que más le interesen o necesite el operador para su tarea reparatoria.

Sin embargo, todos los temas están relacionados entre sí, y el conjunto permite el análisis, la comprensión y el aprendizaje de las técnicas de reparación en este momento de crisis social que atravesamos.

Hace cuarenta años yo era un *psicólogo absurdo*, porque me había especializado en locura y pobreza, y ahora que el país se volvió loco y pobre se me vino encima, pero no me sepultó, seguiré peleando, y me siento más útil que antes.

Mis 74 años me dan una perspectiva de vida que me permite comprender mejor esta aventura del existir (el psicólogo, como el diablo, *sabe más*

por viejo que por psicólogo...)

La red de experiencias que hemos fundado todavía sigue viva: El Bancadero cumple veinticinco años en estos días, la Cooperanza en el Borda (donde Alfredo Olivera creó La Colifata) veintiún años, Las Oyitas en Matanza seis años, nuestra Escuela de operadores, dieciocho años, y hemos organizado muchísimas jornadas y cursos, formando operadores de crisis en todo el país y Latinoamérica.

Este libro sintetiza la experiencia compartida con muchísima gente que peleó bravamente para disminuir el dolor psicológico en grupos de riesgo en hospicios, villas, en catástrofes y también en las situaciones de crisis psicológica por las que atravesamos en nuestra vida cotidiana.

Y también los que continuaron mis enseñanzas e hicieron nuevas experiencias: Carlos Sica con el E.P.S., Lea Furman en la Cooperanza, Teresa Rodas con la Casa de Teresa, Ada Alvarez en las Oyitas, Nomi Lerner en el programa de Radio Nacional. Y los compañeros de ruta en toda esta pelea por la humanización de la psicoterapia y la psiquiatría, que me ayudaron a pensar la Terapia de Crisis: Angel Fiasché, Fernando Ulloa, Wilbur Grimson, Tato Pavlovsky, Raúl Camino, Mirtha Viamonte, Carlos Campello, Laura Jitrik, Marisa Wagner... y muchos otros.

Las personas con las que pude crear la Peña Carlos Gardel, el equipo del Bancadero, la Cooperanza y Las Oyitas, Rodolfo Livingston, Fabio Lacolla, Mercedes Volpellier, Diego Nacarada, etc. y los equipos de nuestras escuelas.

Finalmente recordar a los que ya no están: Víctor Palmieri, Carlos Campello, Ahúva Smolowik, Ida Galer, Liliana Beraldo, Ernesto Warnes, Alberto Casal.

Solo resta agradecer a quien me ayudó a sintetizar y dar forma de libro a la enorme cantidad de material proveniente de las experiencias clínicas y de campo, la psicóloga social Claudia Lidovsky.

Este libro y las comunidades autogestivas de Oyitas, Cromañon y otras, no hubieran sido posibles sin el aliento y el apoyo de mi amigo Felipe Solá.

INTRODUCCION

La Terapia de Crisis está basada en la filosofía existencial, que percibe al hombre como un proyecto, un ser arrojado a su futuro que lo espera y que toda su historia da sentido a esta organización prospectiva.

Las crisis psicológicas ocurren ante transformaciones inesperadas, el *yo* no se percibe a si mismo en ese presente y se detiene el tiempo subjetivo. El proyecto vital es una configuración desde un vínculo, que contiene una contradicción, que genera un conflicto, y los avatares de ese conflicto generan una historia. El Da Sein (ser ahí) de la filosofía existencial es un Mit Da Sein (ser ahí con) es decir, un proyecto con otro. En los momentos de discontinuidad de esa aventura del existir, el *yo* queda solo y paralizado, si pierde a ese otro, se pierde a si mismo. La mirada del otro es lo que me define, yo existo en ese transcurrir, si desaparece el conflicto, se detiene la vida y desaparece el sujeto.

Estas terapias contienen a la persona en las crisis y también pueden dar técnicas operativas para despersonalizaciones graves, como el brote psicótico, donde la historia del sujeto queda dispersa en una realidad ilegible, el *yo* se fragmenta y el sentido de su existencia se disgrega.

La hipótesis básica de esta manera de pensar el psiquismo partió de la observación de una larga conquista del hombre, que adquirió la capacidad de construir secuencias, es decir, poder proyectarse dentro de una sucesión imaginaria de presentes, que le sostienen ese presente implacable en donde siempre se encuentra, y que constituye en cada instante un salto entre lo que fue y lo que será.

La capacidad de anticipar, de imaginar lo futuro, le permitió al hombre separarse definitivamente de los animales, pues estos siguieron encerrados en su presente inmediato, una percepción sin historia.

En el mundo de hoy, que está esquizofrenizado por la represión del futuro (no por la represión de la sexualidad) el problema está centrado en el sentido de la existencia, pero no en el sentido filosófico, sino en el sentido singular de cada vida: «Soy lo que me sucedió y también lo que quiero hacer con lo que me sucedió».

Las Tres Aperturas

Un nuevo paradigma

Con las tres aperturas proponemos pensar la terapia desde un paradigma distinto, opuesto al actual, es un planteo ideológico que se opone a la propuesta del sistema, un esquema conceptual que da lugar a un nuevo enfoque en la operatoria.

El planteo del sistema imperante tiene que ver con lo individual, sólo desde la palabra y únicamente dirigido hacia el pasado; nosotros proponemos como aperturas, primero, lo grupal, luego la acción e incluir el cuerpo, y por último, el futuro y la transformación.

El sistema propone que la unidad, el ente a analizar, es el individuo, y opera a través de la palabra. Esta palabra, además, se concentra en el tema del pasado, en la historia sucedida.

El paradigma de este tipo de concepción, de esta epistemología en el campo terapéutico, es el psicoanálisis, que es útil para operar con las neurosis estabilizadas socialmente, pero vamos a ver que no es operativo para las situaciones de crisis.

El paradigma ideológico del psicoanálisis era el que impregnaba la Europa del 1900, era una Europa en la que la sociedad estaba estabilizada. Freud nació, vivió y casi murió en su casa de la Bergenstrasse, con Francisco José en el trono del Imperio Austro-húngaro, durante cuarenta años. En esa sociedad, las personas sabían hasta de qué iban a trabajar sus nietos, todo era estable, y entonces la conservación estaba asegurada.

Pero en nuestro mundo de hoy, cien años después, con una realidad de transformaciones bruscas, la consagración del pasado es inoperante. Ahora hay cuadros en los que no podemos trabajar individualmente, cuadros en los que, si no trabajamos en grupos, incluyendo el cuerpo y la acción con el psicodrama, no podríamos manejar la situación.

En el aula, por ejemplo, la maestra trabaja con cada chico y trabaja con la palabra, no hay posibilidad de un lenguaje de acción, y por lo tanto, no se puede hacer cargo de temas como la violencia, no puede enfrentar las conductas no semantizadas, no verbalizadas, las conductas de una población que habla a través del movimiento, como son los chicos en una

sociedad en crisis. Esto, además, tiene que ver con la conservación, como por ejemplo, estar enseñando durante cuarenta años casi los mismos temas.

Al asistente social también, le dan el caso individual en una carpeta y tiene que continuar interrogando al asistido, no hay otro contacto, y sólo se construye la historia clínica, que siempre es hacia el pasado.

A este modelo, nosotros le proponemos tres aperturas: 1) desde el individuo abrimos hacia el grupo, 2) en contraposición a la palabra nosotros proponemos la acción, y por lo tanto, la incorporación de la tarea, del cuerpo. Vamos a ver que esto es esencial para trabajar, por ejemplo, con grupos de alto riesgo, en los cuales, con la sola palabra, sería imposible, porque se trata de existencias en la acción, y 3) además proponemos, en contraposición con el pasado, trabajar con el futuro, que significa cambio, lo que también podemos definir como aprendizaje, pues focalizando sólo en el pasado no hay superación, no hay aprendizaje.

El grupo, si es heterogéneo, se configura como algo dinámico, contiene contradicción entre sus miembros. En cambio, si fuera un grupo de iguales, ya no sería un grupo, sino un ente homogéneo de espejos.

En todo grupo hay hombres, mujeres, viejos, jóvenes, distintos temperamentos, distintos intereses, que empiezan a interactuar y eso lo hace dinámico. Siempre que se forma un grupo, especialmente si es un grupo en conflicto, al cabo de un cierto tiempo ya se encuentra alguna solución, en cambio un individuo solo no puede hacerlo, porque queda encerrado en su subjetividad.

El anterior, es un paradigma de la clase media, donde sólo se trabaja con individuos, con palabras y con la conservación.

En la sociedad tradicional todo se conserva, se repiten las palabras, pero el acto y el cuerpo están negados, y además, todo está centrado en el individuo. En cambio, lo que nosotros proponemos es un modelo de pensar al hombre social en su transformación.

Pero si en este modelo dinámico, nosotros negáramos los tres primeros términos (individuo, palabra y pasado) sería también incompleto. Si nosotros solamente trabajáramos con el grupo, el cuerpo y el futuro (que es el paradigma de cambio) y negáramos lo otro, lo del individuo, la palabra y el pasado (que es el paradigma conservador) estaríamos cometiendo el error contrario.

Vamos a ver que el grupo en acción, configurando un futuro (que es el proyecto), es el tema de la psicología social. Porque un grupo es funcional desde el aporte de cada individuo, el grupo es la multiplicación de oposiciones dialécticas entre los individuos, que dan lugar a movimientos, dan lugar a una pelea que se llama *tarea*, que si está bien coordinada conduce a un proyecto grupal.

El grupo existe porque existen los individuos, el grupo es la matriz de la identidad de cada sujeto, uno no puede singularizarse si no es en un grupo. En una simbiosis, el individuo no se singulariza, porque si uno solamente se liga con alguien, sólo es lo contrario de ese alguien; por eso la esquizofrenia, las fobias graves y la drogadicción también tienen que ver con los vínculos simbióticos. En el caso de los niños, el padre, el tercero, es el encargado de romper la simbiosis madre-hijo. Si esto no sucede, ya sea por ausencia o por tratarse de alguien dominado por la mujer, el hijo no podrá ir de la dependencia infantil a la autonomía adulta, que es incorporarse a grupos exogámicos (fuera de la familia).

Nuestra propuesta, como concepción del hombre, se opone al psicoanálisis ideológica y operatoriamente, y en ella se trabaja con estos tres principios: supone que el hombre es un ser grupal, que primero acciona y luego conceptualiza con la palabra lo que hizo. Luego, la palabra sirve para nominar, para explicar lo que pasó y lo que queremos que suceda; si no está ligada a la acción, la palabra es letra muerta. Y por último, el pasado, la experiencia, es lo que permite continuar la historia como un futuro. Pero ir al pasado sin que eso sirva para configurar un proyecto, es un viaje inútil, porque la vida es un *estar arrojado* hacia esa esperanza o a esa incertidumbre con que se reviste el futuro.

Vamos a intentar hacer una síntesis dialéctica entre los dos planteos. Si trazamos un eje en el medio, un eje de integración, vamos a ver que podemos sintetizar estos dos extremos. ¿Cómo se sintetiza? Primero, si suponemos que el grupo es la matriz de la identidad, quiere decir que el grupo está ligado con el individuo a través de la matriz; o sea que se es una persona sólo cuando, a través de un grupo, se toma cuenta de su singularidad. ¿Cómo? Oponiéndose a la singularidad del otro.

En el tiempo de los hippies, había un póster en Nueva York, que mostraba un cajón de naranjas, en el que habían sustituido una naranja por una

manzana, y abajo decía «Be yourself» (sea usted mismo). Entonces, si hay un mundo en el que sólo hay naranjas y yo, manzana, me confronto sólo con naranjas, lo único que sé es que no soy una naranja. No sé si soy grande o chica, porque el otro es igual en tamaño, no sé si soy redondo porque nunca vi algo que no fuera redondo. Supongamos que a ese mundo cae una sola banana, entonces, además del cambio de color y de textura con respecto a una naranja, yo me doy cuenta de que soy redonda porque me confronto con una banana, que es alargada. Pero además no sé lo que es ser lisa, y cuando cae un ananá lleno de pinches, entonces me entero de otra cosa, de que soy lisa. Porque no me podía enterar de que era lisa si sólo me confrontaba con cosas lisas, pero en cambio, viene algo áspero y me doy cuenta que soy lisa. Supongamos que cae un racimo de uvas (una uva sola no existe, siempre viene en racimo) entonces digo: «Soy única, porque hay frutas que son múltiples». Pero, todavía, del tamaño no sé nada, hasta que cae una gran sandía y digo: «Soy chica». Finalmente ya me enteré de mi diversidad, ahora sé que soy redonda, lisa, soy única y no múltiple, y soy chica. Porque esta pobre manzanita, se confrontó con otras cosas además de la naranja, porque con la naranja lo único que sabía es que era de otro color, y además un poquito más lisita. Esas son las matrices de identidad, la manzana ahora se dio cuenta de todas las características que tuvo porque se confrontó en la frutera. La frutera es el grupo operativo. En él hay bananas, uvas, naranjas, sandías, etc.

En la teoría de la información todo esto se dice de una manera bastante más complicada: un mensaje contiene tanta información como diversidad tiene el conjunto de donde fue extraído. (Nosotros, con la teoría de la frutera lo explicamos mucho más sencillo).

Cuando apareció la televisión nadie decía TV en blanco y negro, porque sólo había blanco y negro. Pero desde que salió la TV en color, tengo que decir que tengo TV en blanco y negro. Supongamos que saliera el televisor tridimensional, entonces tengo que decir «tengo un televisor en blanco y negro y bidimensional». Y si en el futuro hubiera televisión con olor, yo tendría que definir mi televisor como «blanco y negro, bidimensional e inodoro...» Antes, cuando era único, yo tenía un televisor y estaba contento. Esto me recuerda algo que se analizaba en sociología: que cuando un habitante rural de Santiago del Estero se trasladaba a Buenos Aires, se

enteraba de todo lo que no tenía, y se sentía más pobre que allá, en los montes santiagueños. Entonces, todo depende del conjunto del que es extraída la información que tiene cada persona. Por eso, de una persona que viaja mucho se dice: «Es un tipo muy viajado» porque se confrontó con los japoneses, los chinos, etc.; pero si se hubiera quedado en su barrio, creería que su cultura es universal, que todos los humanos son como él. Volviendo a la síntesis entre los dos paradigmas extremos, la palabra sirve para definir lo que pasó. Entonces, podemos decir que la acción es interesante cuando es acción simbolizada. Si pasa algo que yo no lo comprendo, pero viene alguien y dice: «pasó tal y tal cosa», lo entiendo. Entonces, si algo que sucede está descrito con palabras, se entiende, porque se inscribe en la cultura, y si algo no se inscribe en la cultura, es un hecho confuso, salvaje, inentendible. Cuando vemos una pelea en la calle y no entendemos nada, si le preguntamos a alguien: «¿Che, qué pasó?» y nos responde: «parece que los pescó el marido de la mina...» «¡Ah! Ya entendí». La pelea sola no se entiende, porque sólo es un conjunto de acciones, no tiene lectura si no está puesta en palabras (lo que yo llamo *apalabrada*), la acción debe estar simbolizada.

Por último, la síntesis dialéctica entre pasado y futuro se da cuando concebimos el presente como pasaje. El presente es el momento en que la expectativa se convierte en recuerdo, en que el futuro se hace pasado. El tiempo puede vivirse como que *va*, yo *voy* hacia el futuro, cuando es algo deseado, como por ejemplo un viaje que estoy esperando ansioso, siento que voy a buscar ese futuro, o el futuro me invade cuando yo no lo quiero, él se me viene encima y le tengo miedo, como cuando se trata de una operación quirúrgica, por ejemplo.

El presente como pasaje es la síntesis para integrar los dos extremos, la conservación y el cambio.

Si nosotros podemos concebir el individuo dentro de un grupo, si podemos concebir la palabra que lleva a la acción (o la acción que es relatada por la palabra), y si podemos concebir que el pasado sirve para construir el futuro, ahí hemos integrado dialécticamente las tres contradicciones fundamentales de la organización de la realidad: individuo-grupo, palabra-acción y pasado-futuro.

La ideología del Ministerio de Educación propone el primer paradigma, el de la conservación (individuo, palabra, pasado). Entonces, cuando en los seminarios que doy en los sindicatos docentes, yo digo que este nuevo paradigma que son las tres aperturas, implica incorporarse a la dinámica del cambio, lo toman fácilmente porque perciben que el grupo y la acción llevan a la transformación, que es, nada menos, que el aprendizaje. Ahora, ¿por qué el sistema impone este modelo de aislamiento? Es muy sencilla la respuesta. Porque si estamos aislados (individuo) y sólo hablamos (palabra) de la conservación (pasado), somos fácilmente sometidos. En cambio si estamos juntos actuamos, generamos el cambio, el futuro. El Bancadero, nuestro centro de asistencia psicológica, se hizo en grupo y empezó con la acción, porque se empezó reconstruyendo la casa para que luego pudiéramos asistir. Ese fue el momento más rico, donde teníamos más cantidad de altas, de mejorías. Porque venían personas que estaban encerradas en sí mismas: «Yo no puedo hacer nada, soy un inútil». Y resulta que empezaban a trabajar con los ladrillos, con el cemento, en grupo, aunque se cansaban un poco, poniendo el cuerpo. Cuando terminaban de arreglar una habitación (había 15 habitaciones destruidas), ese grupo hacía una fiesta. La sensación de utilidad les producía felicidad, porque decían: «¡Y yo que creía que no podía mover un ladrillo...!» Además, había conflictos, porque eran dos horas de trabajo y dos horas de grupo, donde hablaban de las ansiedades que producía el trabajo. Si uno se quedaba, había otro que lo empujaba «Echá más agua, que estamos haciendo el pastón», «Traé ladrillos», «No vayas tan rápido», «Traé más arena». Eso permitía conectarse con el otro a través de la tarea; si a esos pacientes sólo los hubiéramos puesto en rueda para que hablaran, se hubiesen mirado la cara media hora, y con la depresión que tenían, no hubieran dicho nada. Pero la tarea los movilizó, porque la hicieron a través del cuerpo, y se conectaban a través del cuerpo, y se querían y se peleaban a través del cuerpo. «Esta pieza estaba rota, toda destruida, y nosotros la arreglamos». Después se hacía una fiesta de inauguración, la gente se decía «Podemos modificar la realidad», y eso es curarse. Curarse es poder modificar la realidad y tener un proyecto, que se hace a través del grupo.

Entonces, estos son los seis parámetros, en tres pares dialécticos, que un psicólogo social tiene que manejar: individuo-grupo, palabra-acción, y pasado-futuro.

Si un sistema cultural se queda sólo con el paradigma de grupo, acción y cambio es también inconveniente, porque se convierte en otro totalitarismo. El Comunismo Soviético cayó en eso: todo era grupal, estaba prohibida la individualidad, la subjetividad y el psicoanálisis eran un invento pequeño burgués (y tenían razón, pero se fueron al otro extremo). Además, el pasado estaba negado y sólo existía el futuro socialista. Al no integrar ese pasado de autoritarismo del zar, Stalin se convirtió luego en un zar (el que olvida el pasado está condenado a repetirlo).

Yo soy individuo porque estoy en un grupo, me singularizo, me entiendo con todas mis características, porque me confronto con los demás. Tomemos, por ejemplo, un grupo de viejos. ¿Por qué un geriátrico anda mal? porque son todos viejos y no aparece la vida; se van muriendo y no hay nietos, no hay jóvenes que les hagan ver que la vida continúa. Son comunidades donde la muerte es verdadera, porque mueren solos. En cambio, la muerte de un nono italiano, rodeado de una enorme familia, no es una muerte terrible, porque allí está la dialéctica de la vida-muerte.

Si uno ve el presente como pasaje, uno dice: «estoy en movimiento». Si hay una historia que viene de atrás y yo soy esa historia, quiero que continúe, porque en el pasado tengo cosas vacías, tengo un agujero, y en el futuro, quiero repararlo. El futuro tiene sentido si yo tengo un vacío en mi historia, y por eso son útiles esas faltas, las frustraciones, porque las frustraciones estimulan las ganas de vivir, porque yo quiero completar aquello que no tuve.

Es bueno que los jóvenes tengan problemas, porque entonces, luchan para solucionarlos. Si el joven tiene todo dado, sin esfuerzo, se siente como esa generación que yo vi en Europa, que estaban hartos y no sabían qué hacer, porque todo estaba reconstruido, todo asegurado, no había agujeros. Entonces se drogaban, porque el mundo estaba estático, y ya todo estaba hecho. Donald Winnicott, un psicoanalista inglés muy fino, decía: «a los jóvenes, hay que dejarlos ganar, pero no fácilmente, para que se endurezcan.» Hay que ofrecerles resistencia, para que luchen.

En la actualidad, vivimos en una concepción individualista, sólo de palabras, y también de imágenes en la televisión, donde no participa el cuerpo, y además estamos dando vueltas en una repetición de la que no salimos. Cuando la gente, los millones de marginados, se junten y empiecen a buscar salidas se va a producir el cambio social. La historia nos enseña que un pueblo desesperado genera el futuro. No por nada nuestro esquema operatorio de los *cuatro pasos* empieza en la contención y termina en el cambio, que es generar el proyecto.

La propuesta ideológica del sistema imperante, que impregna el psicoanálisis, se centra en el individuo dentro de la familia pequeño burguesa, con la culpa, el superyo paterno, la castración y el falocentrismo (para el psicoanálisis, la mujer es un ser castrado).

Por otro lado, el paradigma que proponemos tiene que ver con la filosofía existencial, con la transformación, que es sobre todo el tema del proyecto. Sartre dice que el hombre es un *proyecto-siendo*, es una historia que vive en cada instante.

El existencialismo también trata el tema de la libertad y la elección. En un momento dado, uno elige, y en esa elección se arroja hacia adelante. La identidad depende de elegirse a sí mismo.

Para finalizar, repetimos que estamos hablando de dos concepciones del mundo, de dos paradigmas: la conservación y el cambio. El eje de síntesis es lo que integra los dos polos, en realidad, si vemos en el fondo, las dos cosas son las mismas, porque el pasado y el futuro no tienen sentido el uno sin el otro. El pasado es lo contrario del futuro, son partes de un mismo par dialéctico. La palabra es lo que hace entendible la acción: si no hay acción no hay palabras, porque no se puede narrar lo que no sucedió. El individuo es lo que constituye el grupo, pero el individuo no existe si no está inserto en un grupo. Son pares dialécticos, si tomamos uno solo, la realidad queda renga, en cambio, si se toman los dos, se puede generar un sistema, en donde el proyecto tiene sentido, vamos hacia un futuro, pero desde una historia. Se planifican y se realizan acciones, con lo cual se pertenece a un grupo, a una familia, a una comunidad.

En nuestras Escuelas se trabaja en grupos operativos, y como usamos almohadones en vez de sillas, el cuerpo está mucho más distendido y preparado para la utilización de recursos psicodramáticos, esenciales

para trabajar en situaciones de crisis. Podemos decir, que más que enseñar, nosotros adiestramos a los alumnos para operar en esta realidad conflictiva. El aprendizaje no es sólo teórico sino que el alumno debe comprometer su estilo emocional personal, para ponerlo al servicio de la actividad reparadora. Parte de la formación exige trabajos de campo, en comunidades e instituciones en situaciones conflictivas, como ser escuelas en zonas de riesgo, adolescencia y niñez en relación con la violencia y las drogas, hospicios, nuestras Oyitas que son comedores en villas, el Bancapibes, la Cooperanza en el fondo del Borda y el EPS (Emergencias Psico Sociales) para situaciones producidas por catástrofes como Amia, la caída del avión de LAPA, Cromañon, etc.

Podemos decir que la formación parte de un concepto de sociopatología, y por lo tanto, inaugura un planteo de socioterapia, pues creemos que en este momento la ruptura de las redes sociales hace que la familia, las instituciones, la sociedad, estén más enfermas que los individuos. De ahí, la necesidad de un abordaje socioterapéutico.

Epistemología de la Teoría de Crisis

Para comenzar, vamos a tomar dos dimensiones en que existimos: espacio y tiempo. En realidad vivimos en el cruce de lo real, el espacio, y lo imaginario, el tiempo. Cada vez es ahora, sólo espacio, pero ese presente sólo tiene sentido desde la historia, el tiempo, que dice qué pieza es ese presente en el devenir del argumento vital. Está pasando *esto*, pero ¿por qué sucede esto? ¿cuáles causas lo originaron? y ¿para qué sucede? ¿cuál es la finalidad?

Comenzaremos con la observación de la conciencia inmediata, percibimos un universo donde ocurro yo, donde yo me percibo sucediendo, es un dato de la inmediatez de la conciencia, tengo la propiedad de percibirme percibiendo.

Alrededor de mí percibo el mundo, que está afuera de mí, me rodea. Esto discrimina una primera estructura de mi universo, me doy cuenta de que estoy encerrado en este centro desde el cual existo, discrimino un adentro y un afuera. Lo podemos llamar Subjetividad y Objetividad, lo imaginario y lo real, una es lábil, errátil, acrónica, y la otra tiene la condición de estabilidad. La realidad define un espacio-tiempo concreto para cada presente y obedece a secuencias pautadas: es la estructura social. El mundo simbólico organizado por el lenguaje me rescata del caos originario de mi conciencia.

Toda nuestra vida está condicionada por esta doble pertenencia, por momentos estamos adentro (con-migo), y en otros instante afuera (con-vos). Atravieso momentos vigiles, atentos al mundo y momentos ensoñados, oníricos, errátiles, en un espacio interno.

Por todo esto pensamos que la ciencia que estudie esta doble pertenencia del humano se debería llamar Psicología Social, que utilizaría bases de la psicología y de la sociología, pero luego estudiando la frontera donde lo subjetivo se encuentra en conflicto o en síntesis con lo objetivo.

A lo largo de este artículo veremos que no existe lo uno sin lo otro y de qué manera el marco de realidad, la cultura, estabiliza y ordena el caos subjetivo permitiendo al *yo* atravesar las transformaciones del ciclo vital sin perder su identidad. Pensamos que todas las culturas son tramas

semantizadas, creadas para evitar el caos subjetivo.

Pero la *realidad* de la realidad puede ser puesta seriamente en duda, si pensamos que ésta existe sólo porque es percibida por la vista, el oído, el tacto, de conciencias subjetivas. Por lo tanto sucede la paradoja que la definición de la realidad está construida por el conjunto de las subjetividades. También lo real depende de lo imaginario. Supongamos que todos los porteños al unísono cerraran sus ojos ¿seguiría existiendo Buenos Aires si nadie en el Universo la percibiera? Una observación de la filosofía Zen dice: «¿cómo es el sonido de un árbol que cae en un bosque donde no hay nadie?...»

Entonces podemos decir que la organización de la conciencia depende del mundo de los símbolos creado por la cultura, o sea la sociedad, pero esta a su vez fue generada por las subjetividades, de modo que el conjunto es indivisible y forman un sistema único que es mundo-yo o yo-mundo. Por lo tanto, la Psicología Social merece existir para poder analizar este juego complejo como una entidad autónoma, no pensando en una psicología por un lado y por el otro en una sociología, como dos ciencias separadas. El grupo es la matriz de identidad, es el lugar concreto donde se realiza el encuentro entre las subjetividades y la estructura grupal, que es objetivadora de los contenidos de conciencia, de sus componentes. Por eso es el instrumento básico de trabajo de la Psicología Social.

A nivel de la personalidad podemos hacer una primera clasificación entre personas vertidas hacia adentro, los introvertidos, y personas dirigidas hacia fuera, los extrovertidos, opciones que, llevadas al extremo, explican al psicótico como alguien que «quedó encerrado adentro», y al psicópata como alguien que «quedó encerrado afuera», sin interioridad, y es un sujeto vacío, una existencia fáctica.

En la frontera entre nuestro interior y el mundo se encuentra nuestra base de existencia concreta, nuestro cuerpo. Ojos, oídos y demás órganos de relación son los transmisores de mensajes para y desde el afuera. La piel recorta nuestra intimidad, yo me figuro *ser* adentro de este cuerpo y sus lentas transformaciones estabilizan, como corporeidad, mi viaje por el tiempo.

Como una observación acerca del sometimiento de una cultura por otra, podemos recordar que la conquista española de América se hizo «con la

cruz y con la espada», lo cual quiere decir que si sólo los sometían por fuera con la espada, los indios se podían rebelar desde su mente, desde su cultura, y por lo tanto era necesaria la evangelización porque permitía suprimir el espacio simbólico de la libertad interior, hacerlos esclavos desde afuera y desde adentro, doblegando sus cuerpos primero y luego sus valores y sus mitos. Para esto el cristianismo de la culpa y el pecado era ideal, para inmovilizar sus deseos de libertad, traicionando así el mensaje de amor y hermandad de Jesús.

Esta doble pertenencia adentro-afuera nos permite analizar qué sucede en épocas de crisis social, cuando desaparecen los supuestos que constituyen el marco simbólico, entonces aparece el caos y la desintegración en la sociedad, lo cual lleva a desestabilizar también el mundo subjetivo de las personas y aparecen las psicopatologías de crisis. El espacio físico está configurado por divisiones, fronteras y límites que actúan definiendo adentro-afuera, como la piel, las paredes y todos los bordes que cierran, encierran y configuran el mundo que habitamos.

El mundo externo, por el fenómeno de la memoria, se internaliza, se introyecta, y forma una ecología interna que espeja (todo borde es un espejo) el mundo exterior a través de los años de aprendizaje. Aquí se integran espacio y tiempo porque podemos decir que «adentro está el pasado» y que «afuera nos espera el futuro», en eso consiste el viaje de la vida.

Otra observación que podemos hacer sobre el universo que nos rodea es que está en eterna y continua transformación. Por suerte para los humanos, no todo es una pérdida irreversible sino que muchos «presentes» se vuelven a repetir, aunque no exactamente, pero por lo menos son reconocibles, el sol vuelve a salir, en un amanecer reencontramos otro ya vivido, y el ciclo del año vuelve a repetirse. El viejo sol es el sostén de todo cambio y reencuentro.

En cambio otras transformaciones son irreversibles, son aquellas de las cuales la cultura nos debe proteger con sus mitos de eternos retornos. El tiempo transcurre implacable, las etapas vitales se suceden irremediabilmente. El no poder aceptar los nuevos personajes que debemos ser, nos lleva a trastornos psicológicos.

Estar sano no es fácil, debemos cambiar y ser los mismos. Los humanos

somos equilibristas, a veces *se mueve la soga* y nos caemos en el tiempo. El estudio del tiempo, este «fluido entrópico» que nos desconcierta, es bastante difícil, pues el yo vive en el tiempo como el pez en el agua, y lo último que se le puede preguntar a un pez es ¿qué es el agua?... pues nunca estuvo fuera de ella, salvo cuando el pescador lo sacó del agua y, por ausencia de su medio, entiende qué es, pero ya es tarde para él.

Cuando pensaba en el pez y su destino de no conocer lo que está tan cerca, por estar tan cerca, pensé que no era posible un lugar fuera del tiempo para estudiar el tiempo, y me parecía que era como estar en el mar dentro de un bote y que, al desarmarlo para saber cómo está construido, me hundiría.

Sin embargo encontré tres lugares fuera del tiempo: uno es el brote psicótico, los testimonios clínicos inmediatos son «el tiempo se detuvo», el paciente relata la inaguantable sensación de paralización del devenir, donde el instante es infinito, algo así como haberse «caído en la eternidad», y por lo tanto tener la vivencia de desaparición del sí mismo porque deja de existir en la sucesión. «La vida es como una bicicleta, si se para se cae» pero, en realidad es más angustiante la vivencia en el brote, pues no sólo se cae, sino que desaparece la bicicleta y sucede la nada.

Otro lugar fuera del tiempo para estudiar su mecanismo (todo órgano o mecanismo señala su función sólo cuando falla o se detiene, la ausencia señala su presencia), es la ingestión de ciertas drogas que afectan la corteza cerebral donde se constituye la noción del tiempo. El hachís, el LSD y el peyote llevan la conciencia a un no-tiempo o tiempo-total donde no hay pasado ni futuro.

Y la tercera puerta para un fuera del tiempo es el entrenamiento del monje Zen, que persigue el desarmado de la conciencia racional, regida por la estructuración del espacio-tiempo y logra finalmente un estado donde no existe más el principio de contradicción lógico, no hay adentro y afuera, ni ayer y mañana, ellos lo llaman el satori. Luego de una larga disciplina llegan a una conciencia perceptiva en un pleno ahora, un presente completo en sí mismo que no necesita adquirir sentido por el contexto, ya sea en espacio o en el tiempo. El sentido de la percepción y del acto se cierra sobre sí mismo. En una vivencia fuera del tiempo histórico, todo el tiempo está completo en ese instante. Lo que obtiene el monje Zen con este

caminar, es solucionar el tema de la muerte, pues esta es sólo una angustia anticipatoria, y si se logra eliminar el tiempo (la sucesión del devenir) no hay más muerte. Todas las religiones se inventaron para resolver este problema de nosotros los mortales. Heidegger dice que la muerte es el acontecimiento absurdo por excelencia. Yo pienso que es el castigo divino porque inventamos la palabra, y con ella, la anticipación. El hombre es el único animal que sabe que se va a morir. Pienso que el pecado original no fue el sexo, sino haber inventado el tiempo, porque con eso inventamos la muerte. El castigo estaba incluido en el pecado.

La hipótesis fundante de nuestra Teoría de Crisis, es suponer una conciencia originaria, arcaica, un sólo adentro que sucede en un presente congelado como punto de partida. Es razonable proponer que el origen sea el vacío, la nada, luego, la conciencia sucede cuando la palabra la redime de la soledad y de la paralización, que son los dos encierros más profundos de la mente, no-vos y no-mañana, ambas se resuelven con la comunicación, la palabra.

Para el registro mnémico (constituir los recuerdos) debemos elegir qué presentes vamos a elegir para recordar, debemos realizar cortes en el *continuum* del universo perceptual, es decir que para recordar, debemos primero olvidar, si no, sería la situación del personaje de Borges, Funes el memorioso, que al recordar absolutamente todo, en realidad no podía sintetizar una historia particular. Estos cortes en el continuum del devenir son elegidos no sólo por las emociones (los grandes presentes «inolvidables»), sino por el marco cultural que establece rituales de pasaje que «marcan» y dividen las etapas vitales: casamientos, funerales, graduaciones, y ayudan a saber cuándo mutan los roles vinculares, de soltera a casada, de vivo a finado, de estudiante a profesional, etc. Estos momentos, junto con instantes de gran alegría o dolor, son almacenados en forma de imágenes míticas, verdaderas «fotos» que en psicoterapia pueden revivenciarse por las técnicas de psicodrama o ensueño dirigido. Toda cultura es un conjunto de mensajes para «hacer una vida», es decir, recorrer ese camino imaginario de nosotros, los «Uterumbas» (vamos del útero a la tumba), cada uno realizando su historia, cumpliendo su destino, único nivel que puede dar sentido a esa aventura de existir. En este sentido toda la interacción que una persona realiza en su vida

puede considerarse como un solo y largo mensaje. La vida es la historia de un largo diálogo, que contiene un argumento, ese argumento es su identidad, su singularidad que lo discrimina como único entre tantos millones de humanos.

La enfermedad mental tiene que ver con la mutilación de ese sentido singular, con una falla de la estructura, que se desdibuja, y la terapia con encontrar los caminos para la reparación de ese núcleo de sentido.

Las transformaciones pueden ser evolutivas, con pequeños pasos, o mutantes cuando suceden saltos. En el desarrollo de la vida existen crisis de crecimiento que implican cortes (nacimiento, pubertad, exogamia, jubilación...) y la cultura tiene instituciones para facilitar el pasaje (ritos de pasaje).

El tiempo puede en esencia considerarse como «un ladrón que fabrica fantasmas», porque roba, quita, hace desaparecer objetos, lugares, personas y esa ausencia nos exige fabricar la restitución, la imagen de lo perdido, que permanece en la memoria como sustitución del objeto ausente, y esto nos lo permite el invento más extraordinario de aquel mono ancestral, antepasado lejanísimo, que asoció un sonido a cada imagen interna y sustituyó el objeto ausente por un sonido, truco elemental que permitió inventar el signo, la palabra, que es en definitiva «el fantasma del objeto ausente».

La utilidad del concepto de conciencia arcaica es resultado de invertir la pregunta acerca de la enfermedad mental, porque si nos preguntáramos sólo qué es la locura sería como preguntarnos qué es el caos, pregunta muy difícil de responder. Pero si invertimos la pregunta y nos preguntamos qué es la cordura, vamos a ver que es más posible de contestar, pues está configurada, es algo, tiene sus reglas, su estructura. De modo tal que la locura viene a ser sólo la falta de cordura. Dimos vuelta figura y fondo, y por el fondo configuramos la figura. Esto queda claro en física donde a nadie se le ocurriría preguntarse por el frío, pues no existe, sino por el calor que sí existe, y por lo tanto el frío es ausencia de calor.

Así como la necesidad de encontrar un origen del universo (porque nosotros nos originamos, nacemos) nos hace «descubrir» el Big Bang, también nuestro temor a la muerte nos hace ver «agujeros negros» que hacen desaparecer todo. El fenómeno astronómico de los agujeros negros,

es descubierto por el físico Stephen Hawking, que «de casualidad» es absorbido por su terrible enfermedad neurológica, que lo lleva inexorablemente a la parálisis total: él mismo es un verdadero agujero negro. Muchas veces sucede que el creador se encuentra inmerso en su creación. Ese es el nuevo paradigma en filosofía de la ciencia de Tomás Kuhn.

El concepto de conciencia arcaica supone un punto de partida cartesiano, que es partir de cero, de algo indudable, y es indudable que la conciencia está encerrada en sí misma y que sólo percibimos el instante presente. Lo primero se llama, en filosofía, la irremediable separatividad humana. Lo segundo es obvio...sólo existe el ahora, el futuro es una construcción imaginaria (si lo construimos...).

De modo que comenzamos el estudio de la mente desde la nada, donde todo comienza (el ser existe porque existe la nada). ¿Por qué conviene empezar de cero? Así comenzamos por el origen, y vamos analizando cómo se construye esto que llamamos realidad, porque sólo dentro de ella existimos los humanos.

Pero, aunque estemos encerrados en nuestra mente, podemos comunicarnos con otra subjetividad con el recurso de canjear imágenes por palabras, emitidas por medio de sonidos, y confiar que sean decodificadas conservando su sentido para nosotros. Cualquier dificultad con el diálogo nos deja nuevamente en el encierro de la subjetividad. La cultura se inventó para que podamos superar esto; el lenguaje nos redime de este pecado original de aislamiento. Luego vamos a ver que la dificultad del diálogo es el origen de lo entrópico, que es en definitiva el núcleo de la enfermedad mental.

El tiempo físico consta de presentes inconexos, sólo la mente a través del lenguaje, especialmente los tiempos de verbo, genera la ilusión de continuidad. Para ilustrar esto, vamos a analizar lo que sucede en la pantalla del cine. El actor se mueve, camina, se pelea, según lo vemos sin ninguna duda. Pues, esto no es verdad... el movimiento en el cine no existe, sólo son diapositivas, tiras de fotos inmóviles con pequeñas diferencias que se pasan a una velocidad superior a la persistencia de la imagen en la retina, y por lo tanto no vemos una serie de imágenes inmóviles sino que creemos que el actor se mueve.

Desde este análisis es que podemos comprender un fenómeno, que sería inentendible desde los supuestos racionales, que es el *brote psicótico*, pues el testimonio clínico del paciente es «siento que el tiempo se congeló, que no existe el futuro y yo no existo más...». Nosotros suponemos que el loco es en realidad el lúcido máximo que descubrió el secreto final de la conciencia, donde la realidad con su estructuración del espacio y del tiempo es una construcción artificial a través de miles de años de lenguaje y de diálogo.

El sentimiento de la conciencia cautiva tiene que ver con la vivencia del núcleo más íntimo, el sí-mismo en la subjetividad extrema, que sólo aparece en los momentos de experiencias culminantes, como el peligro de muerte o los shocks psicológicos que desestructuran y desarman la trama de realidad. En estas situaciones el campo cotidiano pierde sentido, el segundo tiene una duración infinita.

En la cultura popular el término alma todavía se conserva, y señala este último núcleo yoico, el carozo del yo, que contiene el ADN de la planta entera, la información matriz de esa existencia, la clave de su sentido para sí misma.

De todos modos la racionalidad humana encierra en sus capas más profundas el vacío central de un destino-para-la-muerte, como dicen los existencialistas. Podríamos decir que la mente tiene en el centro un agujero, las últimas preguntas no pueden ser contestadas. Y este agujero vacío es guardado por sucesivas capas de racionalidad, de palabras, de mitos, normas... que van organizándose en capas como una cebolla. Cuando vamos sacando las capas para saber qué guarda en su interior llegamos a la última, que no guarda nada; cuando termina el último envoltorio, desapareció la cebolla.

Con la palabra, el símbolo, despegamos de nuestros hermanos en la creación, los animales, cuya conciencia no se percibe a sí misma, no se da cuenta de que está encerrada, a los cuales no les aflige vivir en cada presente sin anticipar «los presentes por venir».

Con la palabra, el hombre inventó el tiempo y logró dos cosas: una de ellas gratificante, que es la civilización, la cultura, pero también otra angustiante, la angustia anticipatoria de su desaparición, pues el hombre es el único animal que sabe que se va a morir. No hay gatos, cerdos, o

caballos con angustia existencial. Pienso que una vaca le puede decir tranquilamente a la otra: «Siempre quise viajar en camión».

Hay también otra palabra que guarda el pueblo junto con «alma», que es «destino» y esta señala la historicidad del humano, idea esta negada por una civilización tecnológica donde todo debe ser nuevo, eterno, atemporal y además exterior y controlado desde el sistema. Los héroes populares criollos, Martín Fierro por ejemplo, hablan del alma, dialogan con su sí-mismo y también se viven recorriendo un destino que es su proyecto de vida.

En cambio, la cultura de masas, este mundo globalizado y tecnológico, oculta el concepto de interioridad del hombre y la vida como proceso, y ha degradado los dos términos: el alma sólo como lo ligado a la religión, al pecado y a «perder el alma», que sirve para asustar, y el destino sólo queda ligado a la adivinación de los astrólogos y brujos.

Los psicólogos también perdieron el concepto del sí-mismo y del proyecto vital, porque la religiosidad freudiana no ha podido escapar de la cultura dominante actual, en una versión melancoloide, con sólo el pasado como preocupación, con matriz en la familia pequeño-burguesa, la sagrada familia edípica y la asepsia médica que considera la curación como adaptación a «lo normal». Por eso el psicoanálisis creció tan notablemente en nuestra melancólica ciudad de «Mi Malos Aires querido...», la ciudad del tango y su duelo interminable, que también tiene un folklore hermoso y melancólico. Todo esto introducido y abonado por otra cultura del pasado y del Edipo familiar: la cultura judía. En Buenos Aires hay más psicoanalistas que en ningún otro lugar del mundo. Aclaro que hablo de la judería de la diáspora, no de la cultura del Estado de Israel, que por las continuas guerras tienen que estar muy atentos al presente y operan, no hacia el pasado, sino hacia el futuro.

Por todo esto es que el psicoanálisis no puede operar ni teórica ni técnicamente en el momento crítico de la perturbación mental (la crisis) y sólo opera con las neurosis estabilizadas, que tienen el tiempo para establecer la neurosis de transferencia.

En un primer momento es necesario explorar lo reprimido, pero el pasado sólo tiene sentido si se lo proyecta hacia delante y se lo convierte en proyecto. El psicoanálisis no puede operar en las crisis porque su enfoque

es regresivo y no prospectivo.

Aclaramos que tampoco el modelo psiquiátrico puede operar en las crisis psicóticas agudas, sólo medica con psicofármacos y luego segrega al paciente en depósitos donde el brote se transforma en delirio. Para trabajar en el momento agudo sería necesario operar con las técnicas de Enrique Pichón Riviere, de incluirse en el núcleo delirante, para poder luego volver a la realidad. Técnica de mucho compromiso humano que exige que el terapeuta tenga trabajado su propio núcleo psicótico.

El concepto de conciencia arcaica no es desesperanzado ni nihilista, sino que permite ver lo oscuro del fondo de nuestra conciencia para configurar lo claro que es la vida, la creatividad, el amor, la esperanza, todo lo que construye la vida y que nos permite atravesarla con un sentido.

El loco es el que no aprendió la vida, esto da un vuelco copernicano al trabajo terapéutico, no es trabajar con lo reprimido sino con lo no-aprendido, la salud es un aprendizaje. El cambio de enfoque permite explorar, no tanto las funciones reprimidas, sino las no aprendidas, con esto el terapeuta vuelve a la mayéutica socrática. Sospecho que proponer este cambio de paradigma tiene algo que ver con mis diez años al lado de Enrique Pichon Riviere.

Sin el lenguaje, el tiempo deja de existir, porque es la consecuencia del truco de prestidigitación en donde el objeto desaparecido aparece en las manos del mago en forma de su equivalencia en la palabra. La palabra «conejo» vuelve a hacer percibir el conejo desaparecido. Con una ventaja, el concepto «conejo» es más conejo que el que fue perdido, pues representa a «todos» los conejos, es un conejo perfecto.

Si bien la construcción de la realidad es imaginaria, no nos debemos asustar, pues es sumamente estable y en realidad es muy difícil volverse loco porque la cultura tiene recursos homeostáticos, vuelve a organizar formas de coherencia, incluso en situaciones límites.

Lo imaginario es el sentido que se le da a las relaciones entre los objetos concretos, estos son duros, reales y existen, los pensemos o no. La piedra que me puedan tirar por la cabeza es concreta, dura y me va a lastimar, pero lo que va a ser del orden de lo simbólico (imaginario) es qué sentido elijo para leer este hecho.

El poder formular este supuesto, esta hipótesis del estado cero de la

conciencia, me lo dieron varias experiencias vividas por mí y observadas en otras personas. Una aguda crisis psicológica, por una separación muy traumática, me permitió vivir esta destrucción del espacio-tiempo cotidiano. Yo sentía que los espacios habían perdido significación, que cualquier lugar de la ciudad era cualquier lugar, no tenía más mi kilómetro cero desde donde referir adentro-afuera y el tiempo se había detenido, congelado, miraba el reloj y «no entendía» la hora; el instante era insoportable porque era infinito, no sucedía, no dividía «recién» y «enseguida». Yo estaba afuera del mundo significativo, entendí esa frase «todo me da igual» que había escuchado antes. La eternidad no estaba cortada en pedacitos para poder aguantarla, no me protegían las horas, los días o los meses, que dan secuencias, que planifican, todo el tiempo estaba ahí, congelado.

Una experiencia más aguda que la relatada, pero muy breve, me sucedió en el Hospital Psiquiátrico de Nueva York donde trabajaba como residente hace casi treinta años. Con otros profesionales, hicimos una experiencia para poder conocer por dentro un brote psicótico, para luego entender mejor al paciente en crisis de máxima desestructuración de su yo. Elegimos una droga psicoactiva como el hachís, pues se metaboliza en dos horas, y no ofrece riesgos orgánicos. Fue una experiencia única en mi vida, terrorífica, pero me permitió entender «por dentro» una crisis psicótica para poder operar con eficiencia como terapeuta. Paso a relatarla: la experiencia comenzó con una modificación, veía todo con lo que se llama en fotografía el «ojo de pescado» equivalente al reflejo en un espejo esférico. Inicialmente esto me produjo risa, pero el efecto siguiente me comenzó a inquietar, pues mi voz no salía de mí sino que venía hacia mí (salía como del techo). Estaba perdiendo el límite adentro-afuera, yo estaba «afuera de mí mismo». Sentía que toda la realidad se mezclaba, veía objetos por separado, como aislados, descontextuados, por lo tanto perdían significación. Me empecé a asustar realmente y comenzaron a suceder unas experiencias que me son difíciles de recordar con claridad (fueron confusas aún en aquel momento) pues pertenecían a una dimensión que quedaba fuera de la organización de la realidad; ni siquiera eran como sueños o pesadillas porque no había un yo que percibiera qué sucedía. Esto me generó una sensación de despersonalización, de pánico,

pues sólo recordaba oscuramente que había «un tal Alfredo que alguna vez había existido», como si fuera un recuerdo lejano y desdibujado. A esta altura quise salir de la experiencia, seguramente apoyándome en un resto yoico, porque me sucedió lo más angustiante. Quería ir de la sala a una pequeña cocina y cuando me levanté del sillón en que estaba, tenía la vivencia de ya haber llegado, es decir, que cuando pensaba hacer algo ya lo había hecho.

La anticipación que hace la conciencia cuando la mente prevé (pre-ve) hacer algo, se convierte en real. Freud dice que el pensamiento es «ensayo de acción», es decir, anticipo una escena imaginaria para poder concretarla en la acción, en el mundo real. Es decir, «si no imagino, no puedo hacer». Lo real y lo imaginario se superponían, no existía el tiempo-sucesión sino la simultaneidad. Esto me llevó a una disociación, un *splitting* (término psicológico para la disociación del yo), que en el ambiente de los drogadictos se llama un «mal viaje» (*bad trip*); esto pasó porque me asusté y quise salirme de esa vivencia, y no me dejé llevar por ella.

Viví una fragmentación yoica, característica esencial de la esquizofrenia, que me llevó a disociarme. Yo era «una cosa», un cuerpo, sólo sabía que quería salir de esa dimensión y volver a otra que lejanamente recordaba (que era nuestra realidad cotidiana). Lo que me asustaba mucho era que, cuando los otros residentes del Hospital, y especialmente el coordinador, me miraban y me hablaban, yo les reconocía la voz a cada uno, pero no les entendía la cara, el rostro era un borrón sin configuración, no podía integrar la significación de las caras.

Esto después lo analizamos y tiene su explicación: la vista tiene una integración evolutiva más reciente en el cerebro, en cambio, el oído es más antiguo y por lo tanto no se había afectado en el nivel de regresión que produjo la dosis. Finalmente y curiosamente en forma brusca, por eso lo llaman «flash», reconocí el rostro de uno de ellos, sentí un tremendo alivio: ¡había vuelto!, pues la sensación más aterradora era que durante «el viaje» no sabía si se podía volver o no, la sensación era de infinito, de estar para siempre atrapado en ese no-mundo donde no había adentro-afuera ni ayer-mañana, donde no ocurrían los presentes en sucesión, no había historicidad, sino que todo era un eterno presente sin sentido. Pienso que fue una experiencia de muerte, muerte psíquica, estuve dos horas en

la nada, en el vacío existencial.

Gracias a esta experiencia, inesperada para mí, pude entender mejor este punto cero de la mente y por lo tanto los pasos evolutivos de la construcción de la subjetividad a través de la comunicación con los demás, el yo dentro de la cultura.

Creo que estas drogas psicoactivas, como las crisis muy agudas, producen un retorno a las primeras experiencias evolutivas; volvemos a nuestras vivencias caóticas de bebé cuando recibíamos percepciones y no las podíamos integrar desde un yo que todavía no estaba construido pues faltaba el instrumento básico, que es el lenguaje.

Tratando de ayudar al paciente a salir de esta experiencia tan traumática, he observado procesos de regresión a la conciencia originaria. El testimonio clínico habla de presente congelado y de vivirse como afuera de sí mismo, se desarma el espacio y el tiempo. La vivencia de soledad es aguda; se perdió el contacto dialógico y aparece la confusión como principal signo externo. El pánico sobreviene como consecuencia de perder el núcleo yoico que referencia, como sistema de coordenadas, las percepciones de la realidad. El paciente en brote se mira al espejo pero no se reconoce, camina pero no sabe «quién camina», se perdió a sí mismo, por eso se le llama *alienado*, que, etimológicamente, quiere decir extraño, extranjero de sí mismo, está «fuera de sí mismo».

El proceso de Vida

Las cuatro etapas de la vida

Este tema es el eje de nuestra concepción de salud y enfermedad. Nosotros no curamos un aparato psíquico sino un proceso de vida. Insistimos con este principio, paradigma o suposición básica, de que el humano es una historia. Nosotros estamos recorriendo una historia, la podemos desarrollar bien, o se nos puede cortar, o podemos perderla, y si perdemos esa historia, o no tiene argumento ni coherencia, no sabemos adónde vamos, porque no sabemos de dónde venimos. Cada uno de nosotros está dentro de una película, y no podemos salir del cine, a menos que destruyamos el cine (la mente) de un balazo... Si esa película no tiene argumento o no se entiende, nos enfermamos psicológicamente.

La suposición básica es que el humano es un ser arrojado a su futuro, y que tiene el anhelo de seguir existiendo y de realizar su proyecto. La filosofía existencial habla del *ser allá*, el Da Sein, que, como se construye con otro, es un Mit Da Sein (*Mit: con*).

Este futuro se hace con lo que nos pasó, no tenemos otra cosa que un conjunto de recuerdos, de vínculos, de anhelos, de vacíos, de fracasos, de esperanzas y con eso armamos nuestro proyecto de vida. Lo arrojamos hacia adelante y decimos yo quiero *hacer eso*, que en realidad es *ser eso*. La historia de vivir tiene un desarrollo, y etapas nítidas. Nosotros, al existir, atravesamos cuatro razas o humanos distintos. El niño o la niña que fuimos pensaban de una manera, tenían cierta manera de estar en el mundo a través del juego y de lo imaginario. El joven también tuvo otra manera de ver el mundo que incluye la sexualidad, la pareja, la transgresión, el sentirse individuado. Luego nos transformamos en otro, que es el adulto. Son etapas de la vida que, en la medida que las recorramos bien, estaremos sanos. Podemos atrasarnos o adelantarnos en los distintos momentos. Un chico de la calle tiene ocho años y experiencias que nosotros tenemos de adultos, como una sexualidad prematura y traumática, y tiene ausencias y vivencias de muerte que lo hacen adulto en forma temprana. A veces la edad cronológica no coincide con la edad evolutiva, o se puede envejecer antes o quedar joven más tiempo, y también es normal

estar algo desplazado, pero en la medida que aceptemos esas etapas y las podamos pasar, vamos a poder desarrollar una vida. El que se enferma es el que se detiene en ese viaje y no puede superar ciertas etapas.

Niñez

La vida empieza con un episodio bastante traumático, el parto, que es el año cero. Allí empieza una historia humana, que en realidad no comenzó en el parto, sino nueve meses antes, en la concepción. Cuando la pareja queda embarazada, ambos piensan qué destino va a tener ese ser, al nacer ya hay sobre el bebé una expectativa, que después se le hace saber: «vas a ser como tu padre», o «como tu madre», «un campeón», «un fracasado como tu abuela». Ese guión puede ser negativo o positivo, si se le dice «no servís para nada», con ese mandato se está fabricando un depresivo o un minusválido.

El parto es un momento muy conmocionante, el bebé debe atravesar el canal de parto, después se le corta el cordón y ya se separa de esa especie de cápsula espacial que es el vientre materno. Cuando estábamos ahí, no teníamos que preocuparnos por comer o respirar.

Empezamos con un grito, al salir, que nos instala en el mundo, y seguimos con la dependencia simbiótica del pecho materno.

Luego, alrededor del primer año, suceden tres hechos fundamentales: el destete, que genera la primera sensación de pérdida, el primer duelo. Después sucede algo que es muy importante: el bebé deja de ser una *tortuga dada vuelta* y camina (con mi segunda nieta, cuando se largó a caminar, pude percibir la alegría que sienten al recorrer y conquistar el espacio). En ese momento comienza la exploración del mundo. La curiosidad infantil es muy importante, si en esa etapa le prohíben investigar, se inhibe su capacidad de curiosidad exploratoria, muy necesaria luego. Y el tercer momento fundamental, es cuando adquiere la posibilidad de la comunicación simbólica, los padres lo incorporan al mundo de las palabras, o sea de los humanos. Con el aprendizaje de la palabra va a superar el encierro de la conciencia, la separatidad original de la mente. Son tres cosas muy importantes: con el destete aprendemos a despedirnos, al caminar empezamos a investigar el mundo, y haciendo sonidos, los fonemas del lenguaje, aprendemos a comunicarnos.

Todo esto ocurre después del año, y alrededor de los tres años pasamos de bebé a niño. Paso a paso se van adquiriendo más experiencias, más palabras, con lo cuál se enriquece la vinculación con el mundo.

El camino que esa persona va a recorrer está propuesto desde antes del nacimiento, es inevitable que los padres proyecten en el hijo, creen que lo que a ellos les gustó, le va a gustar al hijo también, hay una proyección de frustraciones y de goces.

Todo esto le da al niño un argumento, un primer guión de vida, que no es genético, sino comunicacional. Le van induciendo cosas, un padre violento le va a proyectar miedo, una madre demasiado cuidadosa le va a hacer sentir que el mundo es peligroso.

Hay una primera etapa donde se da el argumento de vida. Cada uno de nosotros lo tiene y es un sentimiento de hacia dónde vamos y qué queremos ser.

Los abuelos son también figuras muy importantes. A veces, en la psicopatología o en la terapia, no se explica una fobia de un paciente por la historia que tuvo, ni siquiera por la historia de la madre, pero resulta que en el abuelo está la clave. A él no le pasó nada, a la madre tampoco, pero al abuelo le pasó algo terrible, a veces hay que buscar en dos generaciones para poder ayudar a la persona.

La gente que venía de la guerra, tenía traumatismos que explotaban, no en la generación más próxima, sino recién en la siguiente. La primera generación tenía que conquistar el país, y no tenía tiempo para elaborar el traumatismo, entonces pasaban el paquete de escenas traumáticas, sin abrir, a la siguiente generación, y le llegaba al nene con el mensaje: «esto te lo manda tu abuelo». Cuando abría el paquete salía un monstruo y se lo quería comer.

Cada etapa de la vida tiene una tarea. En la infancia se aprenden el juego y la creatividad, por eso los chicos que no jugaron lo suficiente tienen problemas de adaptación. Si no conservan la habilidad de jugar, no van a poder resolver luego los problemas de la vida. El mundo del niño es virtual, tiene amigos y lugares imaginarios, en él se ensayan los roles y las tareas que luego tendrán que cumplir.

La escuela genera la primera gran separación de la familia, el primer paso de la exogamia, y además tiene que dejar el rol de hijo para asumir

el de alumno. Es el primer rol que no es familiar sino institucional, luego vendrá el de ciudadano, colectivero, albañil, maestro, etc., que lo incluye en el mundo social.

El niño tiene una manera de ver el mundo que está encuadrada en el juego, la realidad no es tan contundente o tan firme, porque de la realidad se ocupan los padres. Ellos no tienen esa realidad exigente que nos hace estar atentos a la sobrevivencia económica o a los peligros. Los chicos están en el mundo del «como si», del juego, son psicodramatistas, pueden retirarse de la realidad porque tienen a los padres que los contienen. Juegan distintas realidades, ensayan la vida.

Juventud

La juventud comienza con período psicológicamente tormentoso, la **pubertad**, que es la revolución emocional y psicológica más grande que tiene un humano a través de toda su vida. Actualmente se ha adelantado, se da alrededor de los once a trece años. No hay otra similar, porque es biológica y muy abrupta, se entra bruscamente en la genitalidad. Además produce una gran revolución en el sentido de que cambia la ubicación en el mundo y la tarea, porque ¿cuál es la tarea en la niñez?: el juego, que es muy útil en el niño, porque está ensayando conductas futuras. Todos los juegos, incluyendo los eróticos (el viejo «juguemos al doctor»), la consigna «dale que», instala ensayos psicodramáticos, donde van probando cómo van a hacer más adelante, van ensayando al adulto.

Luego del terremoto hormonal, que es la pubertad, el humano se transforma bruscamente en otro. De niño se transforma en joven, si en ese momento la sociedad no permite ese pasaje, entonces quedan los adolescentes en una desprotección psicológica muy grande. A un adolescente le puede ocurrir que no puede pasar de niño a joven por no poder incluirse en el mundo del trabajo por el desempleo, entonces pierde la posibilidad de concretar pareja y de formar una familia, por eso tiene la sensación que la vida se le paró. Ahí aparece lo que nosotros llamamos la población más riesgosa, que son los pospúberes. Ser adolescente en este momento es insalubre, y si además es pobre, está en un encierro trágico.

En el niño la sexualidad es difusa, recién se genitaliza con las hormonas de la pubertad, en las nenas con la menstruación que irrumpe bruscamente,

y en los varones el cambio en el tamaño de los órganos, los pelos, la voz, el cuerpo (tenían un Fiat 600 y en poco tiempo les entregaron un enorme Falcon). Son torpes, porque tienen el esquema corporal mental de antes. Además, a la nena le crecen los senos, se transforma en señorita, es objeto de deseo de los hombres, no sabe cómo responder porque en su mente es todavía es una nena, hay una gran confusión, la pubertad es uno de los momentos de la vida de mayor despersonalización. Tengo la idea que esta etapa está mal diseñada (habría que quejarse, pero ¿a quién?...) tendría que ser más paulatino, como el proceso de la vejez donde te vas volviendo viejo de a poco, tenés tiempo de instalarte en «el viejo».

En este momento del país es la población de mayor riesgo en drogas, accidentes y autoagresiones. Además, se les agrega la gran inquietud que genera la genitalización de la libido. Los vínculos pasaron de imaginarios a reales. Las hormonas sexuales producen la genitalización de la libido, por lo que necesitan a un *otro* real.

En el caso de la nena, pasa del osito al vecinito en muy poco tiempo. El vecinito es un vínculo independiente de ella, al osito le dice: «¿Me querés?» y él le contesta «sí», en cambio el vecinito puede rechazarla, produce el primer diálogo contrastante, además el osito no embaraza, ni contagia HIV. Por otro lado el varón tiene que tener trabajo para conseguir pareja y luego, poder formar una familia, que es lo que sostiene el proyecto de vida en esta etapa. Y lo más grave es que justamente aquí está la mayor desocupación en el país.

La Naturaleza ha dispuesto que con la genitalidad surja la agresividad, que es necesaria para conseguir una pareja, proteger el territorio y defender la cría. Los animales también tienen ese desarrollo, un cachorro no muerde, un perro sí.

Otra cosa que aparece, especialmente en el adolescente varón, es la transgresión. Los adolescentes tienen que ser transgresores por que si no, no pueden inaugurar una nueva historia, tiene que decir «yo voy a hacer el mundo de nuevo». A veces tienen que romper todo para empezar otra cosa. Esto es necesario para mover la rueda de la historia y para poder tener una identidad distinta a la de los padres.

Antes de los once o doce años, los padres son los modelos a imitar, pero si esto sigue, no va poder lograr la singularidad de su identidad, por eso debe confrontar.

Antes la familia era una estructura contenedora porque había miembros con distintos roles, papás, tíos, abuelos, primos, y entonces existía la posibilidad de que si un tema no lo percibía uno de ellos, el tío canchero o la tía confidente (los psicólogos de antes) lo podían resolver. Todavía no se había inventado la psicología. Ahora que no hay más tíos o tías, pagamos para que nos escuchen.

La transgresión es importante en los adolescentes, pero hay un momento en que esta etapa se termina y es necesaria la exogamia. Gamia es familia, exo es afuera. Si se queda con los padres, no hace su vida, está dentro de la película de los padres y es un grandulón sin proyecto. Cuando se casa inaugura su propia película y los padres quedan como abuelos porque se modifican los roles. Es la ley de la vida, realizar su vida, pasar de la dependencia infantil a la autonomía adulta.

En este momento de crisis y de transformación social, hay un problema grave que surge en la pubertad y es que los padres y los hijos están en una crisis mutante. Por eso es muy difícil para los padres entender a los hijos, porque los adolescentes están en un mundo que tiene otras definiciones sobre el amor, la muerte, la locura, la droga, hay otra concepción y lo ven de distintas maneras.

El tema del machismo no existe más entre los jóvenes, una chica y un muchacho son iguales, el muchacho no domina, se ha dado vuelta, la iniciativa sexual la toma tanto uno como otro. Mi hija, cuando tenía catorce años, me dijo algo que me sorprendió: «Ayer en la fiesta, con las chicas, nos apretamos a tres flacos». Dije: «Está bien, se terminó con el machismo». Antes la nena tenía que ir al baile y esperar el cabeceo, si no, *planchaba* toda la noche. Ahora hay una igualdad de sexos, no hay sometimiento, ha cambiado, son pautas distintas. En la sexualidad también, hay cosas que la madre ni se imagina porque tuvo un mundo sexual distinto al que la hija vive hoy. Esto produce una fractura generacional y por eso es difícil hablar con adolescentes, inclusive hasta las palabras son diferentes. Una vez yo levanté el dedo y le quise decir algo a mi hija

adolescente, pero ella me dijo: «Viejo, ya fuiste...» (creo que le estaba por hablar de la virginidad y el ahorro, dos cosas que no se usan más...) A los jóvenes ahora les es más difícil armar un proyecto de vida, nuestro mundo era mucho más estable y seguro. El mundo de ellos es inseguro, hay violencia, hay drogas y ellos están incluidos ahí.

Todo esto perturba esta etapa y aparecen patologías que no son histerias, fobias o neurosis obsesivas como antes, sino que tienen más que ver con el vacío existencial. Dicen: «No sé para qué vivir, no me interesa nada». Es como la paralización de la vida, porque efectivamente están en una situación difícil. Esto a veces los lleva a la adicción al alcohol y las drogas para salir de ese vacío insoportable.

En la niñez, el avión de la vida toma velocidad y en la adolescencia toma vuelo con los proyectos adolescentes, se proyecta la vida: «quiero hacer tal cosa»... Cuando quiere tomar vuelo, en el momento de insertarse en el trabajo, aparece la desocupación, le cortamos el combustible y el avión de la vida se cae.

Los adolescentes están en un período donde la actividad es muy grande, están acostumbrados a un mundo visual y activo. Entonces, el instrumento para comprender y reparar ese mundo es el Psicodrama y también algunas técnicas de juegos dramáticos. En estos casos el adulto o el profesor deben incluirse en ese caos para poder transformarlo.

Me contó una profesora de música, que no podía lograr que sus alumnos la escucharan porque gritaban todo el tiempo. Cuando ella pedía silencio, no le obedecían. Lo que ella hizo fue gritar también, pero en forma acompasada. Los pibes la siguieron y terminaron haciendo un coro. Ellos tenían una energía desorganizada, pero la maestra no se opuso, se insertó en el problema, y logró encausar esa energía en forma de canto. Muchas veces, las técnicas que son efectivas son las de la filosofía oriental, que es no oponerse al problema, sino incluirse en él y modificarlo desde adentro.

Adultez

La etapa de la adultez comienza actualmente alrededor de los 30 o 35 años.

Con el embarazo, la pareja se triangula con el hijo y se invierten los roles, el que era hijo pasa a ser padre y el que era padre pasa a ser abuelo. La transgresión que sirvió para poder zafar de los padres y construir una nueva identidad ya no es necesaria. Ser un adolescente trasgresor es necesario, pero seguir siendo lo mismo como padre de familia, ya es boludez, no es funcional.

Si un muchacho no fue trasgresor en la adolescencia, no va a poder defenderse de adulto, va a ser un sobreadaptado. Si jugó mucho en la niñez, puede ser creativo en la adultez. Son funciones que se aprenden en estas edades, en esas etapas.

Los niños que no pudieron jugar porque tuvieron que trabajar, van a tener problemas después con la creatividad.

La adultez es un largo trecho, son muchos años (¿de los treinta a los sesenta?) Eso también depende de la clase social. Una nena de la villa hace la exogamia a los catorce años. En clase muy popular es prematuro el embarazo y en clase media, que somos sobreprotectores, ocurre más cerca de los treinta años. A veces, se casan, fracasan y vuelven a la casita de los viejos. El embarazo es lo que define la nueva responsabilidad porque la mujer se transforma completamente y la maternidad es una profesión para toda la vida. Es una experiencia psicológica muy intensa porque es una vivencia de simbiosis amorosa que el hombre nunca podrá tener. El hombre es un eterno solitario porque nunca tuvo la experiencia de esa gestación y de ese vínculo tan intenso como una mujer con su hijo, que la deja acompañada psicológicamente para siempre.

En esta etapa sucedió el pasaje de noviazgo a familia y la organización es completamente distinta, aparecen los hijos y se genera el grupo familiar. La actividad de esta etapa es la familia y la producción, el trabajo. Si este falta, se desarma la familia porque las dos piernas con las que andamos la vida son la familia y el trabajo, la familia sirve para lo interno, para los vínculos cercanos, y el trabajo sirve para la realización social.

Si a un hombre lo echan del trabajo queda rengo y, si debido a esto se desarma la familia porque no la puede mantener, queda fuera *de la realidad*, pues ésta se estructura con el trabajo y la familia. Por eso el desocupado no sólo pierde el dinero, sino el rol profesional, los horarios,

los vínculos, etc., se puede decir que *se le desarmó la vida*. Hasta los animales organizan *su realidad* en base a conseguir la comida y aparearse. En clase media se llega a la adultez alrededor de los veinticinco, treinta años, porque los padres lo pueden sostener. En clase popular los padres los mantienen con suerte hasta los dieciocho años, pero en los sectores marginales, por ejemplo en los chicos de la calle, las vivencias de desamparo, los hacen adultos precoces, tuvieron abusos, abusaron, sufrieron e hicieron crueldades, son adultos a los ocho, diez años.

Una vez una paciente, para recuperar recuerdos de su infancia, trajo a su tía, una señora de setenta y seis años. Yo me imaginaba que sería una viejita arrugada, pero vino una mujer con un cutis de porcelana y unas manos como de una chica de veinte. Después, la paciente me explicó que la tía había sido una fóbica grave, y que nunca había salido de la casa ni había tenido pareja, que son dos cosas que producen expectativa y emoción (ahí me di cuenta que salir a la calle y coger es lo que te envejece...). Ella había quedado congelada en el tiempo, no había vivido (yo no le avisé que no había vivido... hubiera sido una crueldad) estaba nuevita, no había sido usada, estaba como la habían entregado, cero kilómetro.

Vejez

La negación de la edad es una tontería. Yo tenía miedo a esta etapa que empieza después de los sesenta años. Ahora, que más o menos estoy instalado en ella (tengo setenta y tres años), me doy cuenta que se me ha simplificado la vida, y la mayor parte de las cosas que antes me preocupaban, ahora creo que son boludeces, pero quedó lo esencial: el amor, los hijos, la justicia social, la solidaridad (y también el dulce de leche y la crema chantilly...)

Esta edad no está tan mal, el tema de la muerte siempre angustia, pero yo creía que iba a ser peor. Es una tontería hacerse el pendejo, fíjense si tuviera que ir al gimnasio, sería todo un laburo y no podría gozar de esto de hacerme el filósofo. Cuando cumplí sesenta años hice una fiesta en la Escuela. Y dije: tengo dos caminos, o me convierto en un viejo sabio, o en un viejo pelotudo. Lo último me pareció aburrido. Cuando no asumís la edad, no gozás ni la una ni la otra.

El temor a la vejez hace que la ocultemos, que sea considerada como algo indigno, a ocultar en un geriátrico porque ya no servimos más.

Acá en la Argentina tenemos la cultura de Mirta Legrand, pobre Mirta, para conservar la juventud debe usar una máscara de cirugía y no está gozando de esa edad.

Cuando estuve en Estados Unidos había una actriz que había sido muy famosa, Bette Davis, que ya estaba muy viejita y tenía el rostro con las arrugas del tiempo. Era conductora y tenía un programa muy respetado, en el que podía decir cosas sabias, porque estaba cómoda en esa edad, era creíble.

También en Italia, estando en una plaza de Roma, pude ver que estaban todos los viejitos (los respetados nonos) jugando a las cartas y tomando Cinzano, con gran dignidad, y la gente iba a preguntarles cosas. El que vio la película casi hasta el final, sabe perfectamente cómo es, y puede avisarle a los otros cómo viene la mano de la vida.

Pero en la Argentina, cuando llegás a esta etapa, te meten en un geriátrico y no aprovechan la historia, que es necesaria para construir el futuro.

En el Amazonas no hay jubilación de viejos. Yo fui hace muchos años, de aventurero, con mochila y bolsa de dormir, y ahí estaban los viejitos de la tribu mirando el río Xingú que desemboca en el Amazonas. Y pensé: «Ahí está la biblioteca nacional»... Uno sabía de partos, otro de canoas, otro de plantas medicinales, a ellos los cuidaban mucho, porque eran los transmisores de la sabiduría, no había transmisión escrita (se moría el de las canoas y tenían que cruzar nadando...) Tenían una dignidad como los que vi en la India. Allí, en el proceso de vida, se respetan todas las etapas. En estos países de la cultura occidental, tecnológica, donde lo que no es nuevo hay que tirarlo, lo mismo se hace con los seres humanos, y eso es una tontería. En la cultura norteamericana todos tienen que ser jóvenes y lindos.

Hay una etapa de la vida en que uno es niño, otra en que es joven, otra donde es adulto y otra donde es viejo. Nosotros atravesamos las cuatro etapas de la vida, si negamos una, vamos a tener problemas. Si se nos niega la infancia vamos a perder la creatividad, si se nos reprimió la adolescencia, vamos a perder la rebeldía.

Lo importante es seguir creciendo, es como pasar por distintas estaciones. En cada una hay que bajarse y tomar el otro tren (son las crisis evolutivas). Algunos se bajan en una y ahí se quedan, no siguen en el viaje de la vida. Cuando no se transita uno de los pasajes evolutivos, se produce una perturbación. Si la niña no puede genitalizarse, queda en un vínculo infantil y no asume sus posibilidades de hacer pareja, es la hija que queda captada por un padre muy sometedor, tiene cuarenta años y vive con el padre. Pero no puede hacer pareja con el padre por el incesto y por la diferencia de edad, son dos mundos distintos. Lo mismo ocurre con el varón, cuando muere el padre, y la madre lo coloca en el rol *del hombre de la casa*. Ese adolescente empieza a desfasarse de su objeto sexual, que es una novia, y es el típico solterón, o se casa y tiene problemas, no se despegó de la madre.

La concentración urbana genera la familia nuclear: papá, mamá y uno o dos hijos, donde es tan pequeño el espacio, que no cabe el abuelo, va al geriátrico, después tienen que mandar al nieto a la guardería, pero ¿quiénes son los mejores cuidadores para el nieto? el abuelo y la abuela. ¿Qué mejor maestra jardinera que un abuelo o una abuela? Ambos están fuera de la producción, fuera de la tensión necesaria para la lucha cotidiana, ambos están en el mundo de lo imaginario...

En Santiago del Estero el tata viejo es un personaje muy importante. Es el que sabe la historia de la familia, transmite la información, los *agüelos* cuidan al *guri*, las dos puntas de la vida se complementan.

En nuestro país la vejez está desvalorizada, los viejos son marginados, el cambio social fue tan brusco que su experiencia habla de una Argentina que perdimos, si terminan en el geriátrico, los tratan como chicos, los retan y los humillan, se deprimen y aparecen todas las enfermedades que tienen que ver con las bajas defensas.

En cambio, en las sociedades más sanas, esta es una época muy rica, porque es la de la reflexión, que es parecida al juego y la creatividad, pero ya después de haber visto la película entera y haberla entendido. Es como el que viajó mucho y ahora puede ver el panorama del viaje.

La última etapa es lo que se llama la senectud, que a veces tiene un deterioro grave, neuronal, de las funciones mentales. De todas maneras, el final del proceso de la vida, que es la muerte, es un tema negado en

nuestra cultura. El final, la agonía, a veces tiene características traumáticas, como algunos partos, al inicio. Los humanos somos todos de la tribu de los «Uterumbas», porque vamos del útero a la tumba.

Se puede estar en cualquier edad, incluso setenta, ochenta años, y el que tiene un proyecto se aleja de la muerte. Eso lo vi en Pichón anciano, él decía: «la muerte está tan lejos como grande sea la esperanza que construimos», el tema es la construcción de la esperanza. ¿Cómo la podés construir?, si esa historia tiene sentido y se arroja adelante como esperanza. Padres que no le tienen miedo a la muerte hacen hijos que no le tienen miedo a la vida.

Psicopatología

Modos de enfermar

En la Terapia de Crisis el interés se centra en la resolución del problema y no en el análisis del diagnóstico. Aquí analizaremos los cuadros de despersonalización, depresiones, fobias y las psicopatologías de acción que aparecen en las épocas de crisis social y en los grupos de riesgo.

De todos modos describiremos brevemente los cuadros estabilizados y crónicos, que no son patologías de crisis, como la histeria y la neurosis obsesiva, en los que nos parece indicada la terapia psicoanalítica pues necesitan desarrollar una neurosis de transferencia y un largo proceso de análisis.

Depresión

Cuando falla el mecanismo que transforma la pérdida en recuerdo se instala el fantasma de la depresión. El depresivo se vincula con un fantasma que es alguien que está y no está. Como queda abrazado a lo perdido y pierde los brazos para vincularse con personas reales, vive en el pasado. Las causas pueden ser de dos tipos: una por pérdida traumática (orfandad, pérdidas importantes que no tuvieron el proceso de duelo, que no pudieron llorarse y compartirse) y la otra es por no haber tenido un hogar donde se le enseñara el deseo, la exploración del mundo, sólo aprendió la desesperanza, son familias grises, escuelas de frustración.

El diálogo es interior y tiene como argumento el reproche o la culpa. El mundo le es ajeno y lejano, su percepción es endo-perceptiva (está dirigida hacia adentro).

Paranoia

En cambio, el vínculo paranoide, es el miedo. Se presenta con alarma, es exo-perceptivo (dirigido hacia afuera). El paranoico está muy atento a lo que va ocurrir. Es un vínculo adelantado en el tiempo. Está controlando qué vas a hacer, pregunta «¿Por qué me estás mirando?», «¿Por qué te pusiste la mano en el bolsillo? ¿Qué vas a sacar?» Está alarmado. El argumento vincular es atacar o huir.

Hoy tenemos en todo Buenos Aires un clima paranoide por los asaltos y la ansiedad del futuro, tenemos un tono muscular de contracción que desgasta porque consume mucha energía, es como trabajar el doble. Contraigo el brazo porque tengo ganas de dar un golpe, y tengo contraídos los músculos para hacerlo. Al mismo tiempo, para no hacerlo, contraigo los músculos contrarios, esto consume doble energía. A este estado se lo denomina estrés.

Cuando el futuro no puede organizarse en base al deseo se genera la estructura del miedo para que no quede el futuro vacío, para tapar este vacío «lo llenamos de miedo», si se nos desvanece el deseo, «la zanahoria» (que es un recuerdo placentero) colgaremos del hilo que hace caminar al burro, una araña (que es un recuerdo doloroso), que configurará un futuro temido que organiza una dirección, aunque luego no la podemos recorrer porque nos da miedo. Por lo tanto el paranoide queda paralizado, el diálogo básico es externo, atacar o huir. El mundo es un campo de batalla.

Fobias

El fóbico es el hermano menor del paranoico, el paranoico siente que todos lo persiguen, percibe el mundo como peligroso, en cambio el fóbico especializa y discrimina al perseguidor, pueden ser los perros, la oscuridad, algún insecto, las mujeres, las alturas, los encierros claustrofóbicos; tienen la fobia ubicada en un lugar y pueden manejarla, evitan eso y van tranquilos, no van donde hay perros, prenden todas las luces y más o menos la controlan. A veces lo logran con un acompañante contrafóbico, salen con determinado objeto o persona y se sienten tranquilos.

Histeria

Es un trastorno usual en la mujer, aunque también se da en el hombre. En ambos casos la estimulación erótica que prometen resulta frustrante a la hora de la resolución sexual (en criollo: «calienta la pava y no toma el mate»). En las crisis histéricas puede presentarse la despersonalización, como también trastornos físicos como desmayos, sensación de frío intenso, paralización. En los cuadros graves se acerca al trastorno esquizofrénico

y en este caso se habla de psicosis histérica. El tratamiento de prescripción es el psicoanálisis, recordemos que la histeria es el cuadro central de la psicopatología freudiana.

Es, más bien, un cuadro de la burguesía. Podemos decir que requiere de un escenario elegante. En la villa el juego histérico, que es escena y seducción, no se puede mantener porque las necesidades son muy concretas y no permiten darse ese lujo: se mueren de hambre o la violan. La histeria era funcional en los grandes salones vieneses o actualmente en shoppings lujosos.

El sexo se representa y no se presenta, no llega a la consumación, porque la seducción histórica es hacia el padre; cuando se acerca la consumación sexual aparece el tabú del incesto que la impide y el juego termina en frustración. Es un cuadro que nace de la represión de la sexualidad como ocurría en la sociedad victoriana.

Aclaramos que la persona no está mintiendo sino que cree en su representación, entra en lo que se llama trance histérico. Por eso Freud, en los primeros tiempos, trató las histerias con técnicas de hipnosis, induciendo el abandono del síntoma.

Tiende a generar conflictos triangulares por sus orígenes edípicos (la seducción al padre y la competencia con la madre).

Neurosis obsesiva

Tiene características opuestas a la histeria, la expresividad es mínima. La patología está centrada en los rituales obsesivos que controlan el entorno. Si en la histeria puede hablarse de una máscara, en la neurosis obsesiva sirve la imagen de la calesita que da vueltas continuamente, parece que avanza pero no va a ningún lado.

El obsesivo ordena pero no organiza su tarea, desarrolla actividades inútiles porque repite estereotipadamente sus maniobras. Están siempre abriendo y cerrando la llave del gas hasta que se quedan con la llave en la mano. Son pacientes angustiados y tensos.

Si la histérica puede resultar estimulante porque necesita seducir a su público o entorno, el obsesivo produce aburrimiento, es inexpresivo, un verdadero plomazo. Los dos cuadros desean retener el tiempo evanescente, la histérica representando su escena una y otra vez y el obsesivo repitiendo

su ritual sistemáticamente. Los dos impiden la sensación existencial de pérdida pero al costo de no vivir vínculos reales.

En su base, son dos mecanismos psicológicos fundamentales para la vida social siempre que no se hipertrofién como enfermedad. El núcleo histérico permite la capacidad de ser expresivos, de demostrar emociones y con el núcleo obsesivo podemos organizar adecuadamente la realidad. Tienen que ver con amor y trabajo que son las dos piernas para el viaje de la vida.

Personalidad confusa

Es el otro extremo de la neurosis obsesiva. Es la persona que vive en medio del caos, donde no puede hacer planes ni ordenar su mundo. En este cuadro todo es imprevisto y desconcierta a los demás. Estas personas viven con un gran monto de angustia por la continua vivencia de una catástrofe incontrolable e imprevisible.

Simbiosis

También es importante en la patología del vínculo, la simbiosis (no nos referimos a las simbiosis funcionales sino a aquellas intensas donde cada uno mutila las funciones del otro). En los casos de simbiosis agudas, entre las dos personas hacen sólo una, pues ninguna de las dos adquirió autonomía yoica, «se puede estar solo de tan cerca».

Un ejemplo son las parejas sado-masoquistas donde el que hace el papel de víctima está utilizando al victimario para cumplir con su propia escena.

Brote psicótico

En el brote psicótico el enfermo habla desde una significación distinta a la nuestra, dice una palabra que para él tiene una significación delirante, por ejemplo: cree que la palabra perro puede morder, no discrimina entre el signo y lo que señala. Esta omnipotencia de la palabra está presente también en la infancia y en los rituales mágicos, donde una palabra secreta puede enfermar o matar.

El brote genera un sentimiento de vacío inaguantable donde el paciente siente que queda cósmicamente solo. Entonces crea su delirio, que le permite vincularse con alguien, que muchas veces es un perseguidor que

puede ser un marciano o un monstruo. En el delirio paranoide, el perseguidor lo controla, con lo cual él se siente mirado y vuelve a existir. Además tiene un otro con el que puede dialogar aunque sea delirantemente. Hacen ensaladas de palabras, las pegan de cualquier manera y resultan creaciones a veces muy hermosas. En el fondo del Borda trabajábamos la poesía psicótica, unen palabras mejor que Neruda, crean neologismos que son nuevas palabras inventadas. Cierta vez estaban describiendo un asesinato, vi en la pared del Hospicio el dibujo de un cuchillo con sangre y abajo decía «cuchangre», me pareció espantosa esa palabra porque sintetizaba las dos cosas en forma de pensamiento primario. ¿Se puede aludir a un asesinato con mayor economía que la palabra «cuchangre»? (cuchillo y sangre).

Esquizofrenia Mensajes paradójales

La madre del esquizofrénico es muy especial. Según la teoría sistémica, que se basa en la teoría comunicacional, para fabricar un esquizofrénico es necesario que la madre le dé mensajes absolutamente paradójales, le interprete la realidad de otra manera y además exija que el niño acepte esa definición. Suelo dar como ejemplo el caso de una madre que trae a la consulta a su hija con un brote esquizofrénico. La hija dice: «Mamá, traeme el saco porque tengo frío», y la madre le contesta: «Vos no tenés frío, tenés hambre». No acepta lo que ella dice. Si dice: «Tengo rabia», la madre contesta: «No, yo sé que vos estás triste, ¿no va a saber tu madre lo que te pasa?» Continuamente la define como otra cosa de lo que es y la chica empieza a decodificar de manera distinta. Si de niña le pregunta: ¿Por qué papá me mira con rabia? (puede ser que el padre realmente se sienta desplazado), la madre le dice: «¿Por qué decís eso? ¿Por qué sos tan mala? Vos no lo querés a papá». Luego, cuando alguien la mire con rabia, ella va a creer que no la quieren. Si la hija pide aclaración, la madre le contesta: «¡No seas insolente con tu madre!» No acepta nunca la rectificación del doble mensaje. En teoría de la comunicación se llama double bind, doble atadura, se dice algo en un nivel y en otro nivel lo contrario y se impide señalar la contradicción. La madre se conduce como si la hija fuera una prótesis suya, no acepta que ese ser es un existente independiente.

Otro ejemplo de mensaje paradójal sería el de una esposa que le dice al marido: «¡Tenés que ser más varonil! ¡Te ordeno que vos seas el que manda acá!» El marido piensa: «Si ella me ordena que yo mande, en realidad está mandando ella». También el caso de un sargento que le dice al soldado: «¡Le ordeno que me desobedezca!». Y si el soldado dice: «Sargento, me está ordenando algo contradictorio», la nueva orden es: «¡Obedezca, soldado!».

En todos los casos el pedido es incongruente en sí mismo. Esto lleva a la paralización porque cualquier cosa que se haga está sancionada, la comunicación es una trampa.

Para que esta modalidad comunicativa, que llamamos doble vínculo, sea patológica y que, acompañada por otros factores, produzca una esquizofrenia, tiene que estar dentro de una relación intensa, de sobrevivencia. Como la relación que tiene el niño con los padres.

Si la madre sonríe y le dice: «Yo te quiero mucho» pero lo empuja y cierra la puerta, el niño no sabe si lo quiere, o lo que quiere es echarlo. La clave está en afirmar algo y en otro canal calificar negativamente lo anterior. En este caso, en canal verbal «te quiero» y en canal gestual «rechazo».

Shock psicológico

A una persona que está en situación de shock psicológico agudo, no le podemos hablar, quedó detrás de las palabras y suelen ponerse en posición fetal, lo que indica que está regresado. Para estos casos hay maniobras corporales como el abrazo de contención. Si está en pánico agudo, debe ser atendido con una técnica corporal llamada «maternaje», que consiste en abrazarlo casi como a un bebé por su regresión aguda. Incluso hasta se mea y se caga, lo que indica que regresó a la etapa anterior al control de esfínteres. Luego irá volviendo a la realidad gracias al proceso terapéutico que, por etapas sucesivas, lo llevará a su edad actual.

Abuso sexual en menores

Las malas experiencias, como un abuso sexual en la niñez, pueden después traer problemas en la sexualidad adulta. Lo curioso de la mente es que se puede reparar lo sucedido, se puede modificar el pasado. Cuando soñamos

podemos volver a la profundidad del inconsciente y con técnicas de ensueño dirigido y psicodrama podemos revivenciar con plena sensación de actualidad aquel hecho doloroso. A través de una catarsis, se externaliza el recuerdo, se pone en palabras y se entiende el traumatismo.

Los abusos sexuales en los niños son muy confusos, ambiguos y paradójales porque el que tiene que proteger es justamente el agresor. Muchas veces la madre es cómplice y dice: «Eso no pasó, mentís», con lo cual la nena cree que está loca, porque la mamá es la que le define la realidad. El mundo, para la criatura, se convierte en algo que no comprende. A veces la madre le dice: «Vos lo provocaste», esto es muy frecuente, y entonces la nena cree que es puta, aunque ella sabe que no sedujo, y entonces se confunde. Por eso, este tipo de experiencias traumáticas a edades muy tempranas, dejan huellas profundas. Es algo que sucede de noche y es ocultado en el día, está inscripto en la nocturnidad y por eso es muy confuso. Durante el hecho, en el niño o niña, hay conciencia crepuscular, no entiende bien si ocurrió o no.

He trabajado en algunos casos en los que, en la cama de la nena, apareció semen, y la madre le hizo creer a ésta que era té con leche.

Cuando la nena víctima del abuso se hace adulta, desarrolla síntomas mutilatorios de su sexualidad como frigidez o vaginismo, que es la contracción espasmódica de la musculatura vaginal que impide la penetración. Para curarlo se debe revivir dolorosamente la escena con técnicas de regresión, ensueño dirigido o psicodrama, para luego poder verbalizarlo. Podemos decir que es algo que no supuró en su momento. Es como un absceso con pus, hay que punzarlo para que salga la infección y se cure.

El síntoma es defensivo

Observamos frecuentemente que en la historia de los chicos adictos no ha habido afecto en sus vínculos infantiles. Tienen la vivencia de vacío existencial, llamado síndrome de vida vacía. Muchas veces la droga da una salida a esa situación, aunque el remedio termina siendo peor que la enfermedad.

Siempre que alguien hace un síntoma, lo hace para protegerse de algo peor, y para modificarle ese mecanismo, antes tenemos que darle otra

cosa en sustitución. Cuando a un chico de la calle, que se llamaba «Huesito» (podemos imaginar la razón) le pregunté por qué se daba con el Poxi, me dijo: «Yo duermo donde vos caminás, ¿querés que me vuelva loco? Dame una casa y yo dejo el Poxi». El pegamento era la defensa ante la vivencia de vacío.

Deprivación social masiva

Si el humano queda totalmente solo deja de existir. Lo de Robinson Crusoe, de estar veinte años solo en una isla desierta, es una ficción. En la vida real, a los seis meses, cualquiera se vuelve loco. Como era inglés, podía haber durado un poco más, si hubiera sido italiano, sobreviviría solo una semana, hubiera hecho un delirio, y como era religioso, un delirio místico. El buzón es un lugar de castigo que tiene toda cárcel, al que los presos temen más que a la paliza. Está muy aislado, a oscuras, no se oye ningún ruido, es un lugar pequeño en el que entra una sola persona. Cuando los presos son metidos allí, sienten que desaparecen. Al poco tiempo de estar solos, sin ver ni oír nada, comienzan a delirar.

El psicópata, la subjetividad vacía

Como marco psicopatológico vamos a describir los tres modos de patologías básicas: neurótico, psicótico y psicópata.

El neurótico pertenece a dos mundos, el mundo subjetivo y el mundo objetivo. Tiene trastornos que no le impiden la inclusión social, se comunica con los demás (el mundo objetivo) y también tiene un diálogo interior (el mundo subjetivo).

El psicótico, por el contrario, no tiene mundo externo, se tragó el mundo, se volcó totalmente hacia su interior, metió el mundo adentro y él quedó encerrado en ese mundo que armó y que nosotros llamamos delirio. El delirio es equivalente a un mundo, porque tiene reglas, personajes y define espacio y tiempo. Con esto obtiene una percepción omnipotente porque puede transmitir pensamientos y manejar ilusoriamente la realidad, interpretándola desde su sistema delirante. No es peligroso, porque su mundo es virtual (a lo sumo, te puede arrojar un *tomate radioactivo...*)

El brote psicótico es el momento en el que a la persona se le desarma la realidad, no sabe quién es ni dónde está, qué época de su vida es, el momento histórico no tiene sentido, tampoco los vínculos, queda aislado y le desaparece la identidad. A este proceso lo vive de forma tan aguda y desolada, que inventa un vínculo con un personaje, o confabulaciones imaginarias que, en el caso de la paranoia, lo persiguen.

La identidad depende de una cantidad de vínculos y de ubicaciones en espacios temporales, de normas, roles, mitos que la cultura asigna, se *es* en función de un entorno que se llama *la realidad*, si la realidad se desarma, se desarma el *yo*.

Muchas veces la esquizofrenia, que en el primer momento es sólo fragmentación, produce mucho desconcierto en los demás, y por eso al loco, al psicótico se lo encierra. Entonces éste percibe que lo van a forzar y se asusta, es decir aparece un componente paranoide, se imagina que hay un complot de los demás, todos son enemigos, inventa un marciano que lo persigue, etc. En general tienen delirios persecutorios, por eso se encierran o se aíslan, no hablan con la gente para no ser vulnerables, y uno se pregunta: «qué tonto ¿por qué se busca un enemigo?» Lo hace para

poder interactuar con alguien, porque ese enemigo, al perseguirlo, le da una estructura de vida, que es huir y defenderse.

De alguna manera reconstruye un mundo, pesadillesco, y empieza a controlar, no lo que dicen los otros, sino los gestos que hacen. Por ejemplo: «se está tocando la boca, está disimulando algo que tiene en la boca, que a lo mejor es un veneno para mí, el otro está anotando lo que digo, aquél hace creer que es ciego pero me ve perfectamente...» Todo el mundo se le convierte en una pesadilla y con eso tiene, de alguna manera, un argumento. No inventa un amor, porque quedó aislado, el amor exige la respuesta del otro, en cambio el miedo no. No me importa si Frankenstein me quiere, lo que me importa es solamente que me persiga. Todo delirio se da por el fracaso del amor, que es un vínculo dialógico con el otro.

El psicópata, en cambio, es muy peligroso porque es una computadora, no pierde el tiempo en emociones, porque no puede sentir las.

Podríamos decir que el psicópata es una persona que está vacía; así como el psicótico está lleno y el mundo queda vacío porque lo metió adentro, el psicópata es exactamente lo inverso, quedó encerrado afuera, su vida es una exterioridad.

Desgraciadamente, psicótico y psicópata son parónimos, suenan parecido, por lo que muchas veces se lee en el diario: «Un psicópata se escapó del Borda...» y en el Borda, sólo hay psicóticos.

Entonces, el esquizofrénico es lo contrario del psicópata. El psicópata es el asesino serial, el estafador, el cana brutal y sin compasión, el torturador, es la persona que tiene un interior completamente vacío y maneja el mundo, él está fuera de sí mismo, está en el mundo, es como un robot y controla a los demás, vive afuera porque adentro no hay nadie.

Esto de que adentro no hay nadie, es una sensación que se tiene con los psicópatas graves, no hablo de los aspectos psicopáticos, un poco manipuladores que tenemos todos. Cuando se es un psicópata grave, su mirada en la interacción, nos da como un escalofrío, nos damos cuenta de que nos está mirando como a un objeto a manipular, no como un sujeto con el que interactuar.

Vi mucho esa mirada, desgraciadamente, en algunos de los pibes del instituto Almafuerte, que estructuraron personalidades psicopáticas, chicos con varios homicidios, a veces homicidios gratuitos. Había uno

especialmente que inspiraba miedo, hasta los guardias le temían porque podía hacer un ataque inesperado. Un día agarró un lápiz y se lo enterró en el ojo a otro compañero sin ningún motivo, sólo para intimidar, porque con eso generaba el terror. En el taller de carpintería estaba «el jefe» que era muy grande (también le dicen el «pesado» o el «poronga»), y como él quería disputarle ese lugar, sin decir nada, sin que medie ninguna provocación, tomó un punzón y se lo clavó, sin que se le moviera un pelo, y así él quedó como jefe.

Lo que también vi ahí es que, el que estaba adentro y el que estaba afuera eran muy parecidos, porque los dos estaban con miedo de que el otro lo agrediera. Los pibes estaban verdugueados, y los guardias estaban esperando que en un motín les pongan al cuello un hueso de pollo afilado. Existe una paranoia mutua, el sistema es loco y produce psicópatas de los dos lados. El sistema judicial condena al chico sin que el juez lo vea, y el edificio se parece más a una perrera que a un lugar de rehabilitación. El psicópata es el manipulador feroz. Esta característica, de tener vacío adentro, está percibida incluso por el lenguaje popular, el self que nosotros llamamos el *núcleo yoico* se puede superponer al término popular de *alma*, el alma es el núcleo más profundo que tenemos, independientemente de lo religioso, es el *yo*, es ese con el que hablamos cuando queremos ir hacia adentro, el lenguaje popular dice *desalmado*, que no tiene alma, y es que realmente da esa sensación, porque en la mirada no tiene ninguna arruga, son esas miradas frías, que producen inquietud.

Esto no tiene nada que ver con la violencia del alcohólico o la del golpeador. El psicópata es el manipulador, por ejemplo, podría ser un psicópata si golpea a la mujer muy cruelmente y la mujer lo sigue, no por miedo, sino por haber quedado fascinada por el sadismo de él, porque ya tenía un núcleo masoquista que el psicópata detectó. Es un juego donde la mujer queda atrapada en la dialéctica sadomasoquista, no es el juego del gato y el ratón, sino el de la serpiente y el pajarito; la serpiente desconcierta al pajarito porque está quieta y de pronto el pajarito se da cuenta que eso que está quieto es una serpiente, lo paraliza y en un instante se lo come.

El golpeador no, el golpeador puede ser una persona epileptoide, alcohólica, violenta, pero no manipula. El que manipula, a lo mejor

golpea y desespera a una mujer y la lleva a que se mate, pero antes logró que pusiera la casa a su nombre porque manipula para delinquir.

El verdadero psicópata es el que hace que la víctima se entregue sola, por eso es tan siniestro, porque manipula, percibe la escena deseada y la fascina con eso.

Un psicópata puede tener un núcleo paranoico, depresivo o histérico. El paranoico, es el militar que conduce a la muerte, como Hitler, o Videla. El histérico, es el gran seductor, que enamora y abandona, y el psicópata depresivo es el que detecta a una mujer depresiva grave y le dice: «quiero hacer con vos un pacto de muerte». Adivina esa escena de amor y muerte de la mujer, pero antes le dice: «pongamos la casita a nombre de los dos». Y cuando están en la cornisa del séptimo piso, le dice: «yo me tiro primero» y ella responde: «no, no, primero me mato yo, porque no soportaría verte muerto...» (que es lo que el psicópata había supuesto) y cuando ella se tira, él se asoma y piensa: «¡ Uy... cómo quedó! bueno... ahora, a vender la casa».

Por eso el psicópata es muy difícil de detectar, porque fundamentalmente es seductor. Cuando una persona es demasiado encantadora los primeros diez minutos, me preocupo, porque casi seguro es un manipulador.

El psicópata es muy interesante de estudiar, porque es un personaje muy importante en épocas de crisis. Cuando fallan las instituciones, el psicópata llega al poder por manipulación, en cambio, cuando los encuadres institucionales funcionan, el psicópata no puede operar.

Por ejemplo, Menem era un psicópata histérico, manipulador, seductor, hay anécdotas de él que lo muestran como un gran tramposo. Fue muy peligroso por el lugar al que llegó, Menem hubiera sido un buen almacenero en La Rioja, un turco almacenero que vende y, a lo sumo, roba en el peso, pero que llegara a presidente y vendiera el país, fue culpa nuestra. En este caso, los argentinos nos comportamos como una mujer golpeada.

En cambio Videla era un psicópata mesiánico y Camps un psicópata sádico, todo torturador es un psicópata sádico.

Nosotros no podríamos ser psicópatas, nos resultaría muy difícil. Si nos obligaran a ser torturadores y empezáramos a cortar con un vidrio roto a una persona, cuando viéramos a la persona ensangrentada nos

desmayaríamos, porque no podemos evitar identificarnos. En cambio el psicópata piensa: «Este vidrio no corta nada» y rompería otra botella.

En el caso de algunos de los pastores evangelistas, el pastor Jiménez, por ejemplo, se trata de un manipulador histérico. Trabaja para un público femenino que él seduce porque les hace caritas y les habla con voz de radioteatro. Los observadores de nuestra escuela que estuvieron en su templo dijeron que sintieron culpa porque estaban observando en forma tramposa y la gente estaba realmente entregada, vieron cómo generaba una histeria colectiva. Él hablaba de Dios y de cómo devolverle a Dios por los milagros concedidos a través de su Iglesia. En ese momento pasaban un sobre para que la gente depositara la plata.

El pastor norteamericano Jim Jones hizo que casi mil personas se suicidaran, ¿cómo lo consiguió? Como la hermandad estaba aislada, no había testigos, el único que hablaba era él y la gente no podía confrontar con la opinión de otros, estaban en un campamento en la mitad de la selva, en la Guyana, y él tenía todos los pasaportes, así que nadie podía irse. En general eran personas marginadas, sin destino, ex drogadictos, población negra. Decía que para aumentar la santidad y demostrar la lealtad, proponía un suicidio simulado. Simulaba poner cianuro en los refrescos y se los hacía tomar, la gente lo hacía porque consideraba que era un ritual religioso y de fidelidad a él.

Repitieron esto varias veces sin que hubiera veneno. Pero como el psicópata no puede admitir perder el control, cuando fue al lugar una inspección de la embajada de EE.UU. para cerrar la Comunidad, Jones prefirió destruir todo a través del exterminio, antes que caer él solo, porque el psicópata se considera el dueño de los demás, para él son objetos, no sujetos.

Para esto, hizo poner cianuro realmente, y como maniobra psicopática, hizo que primero le dieran de beber a los niños. Cuando los padres vieron que los niños morían, ellos, por la desesperación, se mataron. Esa es la habilidad del psicópata, los controló con la culpa.

Hitler era otro psicópata, proveniente de un pueblo que tiene características paranoides. Los alemanes, cada tanto, hacen un delirio guerrero. Hitler creaba una hipnosis colectiva, porque hacía los actos en los bosques, en base al fuego, con miles de banderas al viento, algo que

es ancestral de los pueblos teutones. Lo hacía ante diez mil personas, a los alemanes no les cuesta nada ponerse en formación, bien rígidos. El resto se lograba con reflectores y luces, generaba una hipnosis colectiva, gritaba y gesticulaba, como salido de una ópera de Wagner, hablaba del sionismo internacional, los enemigos que iban a destruir Alemania, y con eso generaba el trance.

¿Cómo se distingue un psicópata de un líder? San Martín, por ejemplo, convenció a tres mil o cuatro mil campesinos de Mendoza que cruzaran Los Andes, con hambre y frío, para ir a pelear al otro lado de la cordillera. Hitler también preparó una guerra, pero, ¿cuál es la diferencia? que el final del juego para Hitler fue Alemania totalmente destruida, perdieron todos, y el final del juego para San Martín fue que consiguieron la independencia, ganaron todos.

El psicópata histérico es el menos peligroso, su secuencia es: seducción, engaño y abandono, después de prometer el amor eterno.

En cambio el psicópata paranoico es el más peligroso, porque puede llegar a ser un asesino. La psicopatía es funcional al sistema, en los cuerpos de seguridad, no podrían pertenecer a esas fuerzas personas que no tuvieran esa característica. Imaginemos que un policía le rompiera la cabeza a alguien y después dijera: «¿qué le hice?... usted no hizo nada y yo le reventé la cabeza, está lleno de sangre, y ahora yo me siento mal...» Si le pasara esto lo echarían, argumentando que no está cumpliendo con su deber.

En el momento actual el psicópata tiene dos destinos: si es pobre va a la cárcel y si es rico va al poder. En las épocas de crisis sociales, ningún político llega al poder sin componentes psicopáticos, pues la guerra por el poder se realiza en base a traiciones y mentiras.

El psicópata no siente culpa debido a que no tiene núcleo yoico, no lo pudo desarrollar, es alguien que desde chico fue tratado como objeto, no le permitieron percibirse como sujeto ni que percibiera la subjetividad ajena, con la cual poder construir su propia subjetividad, no aprendió que no somos objetos, que somos distintos a una piedra o a un animal, porque hay una percepción subjetiva empática que resuena con el otro. Seguramente le decían: «¿Estás triste? Bueno, andá y pegale a ese chico», o: «¿Tenés miedo? Ahora viene papá y te pega». No fue estimulado en

sus sentimientos de empatía, de ponerse en el lugar del otro y suponer que adentro de ese otro hay un ser humano igual al que el tiene en la cabeza, aprendió que los vínculos humanos son una serie de actos y no una serie de emociones.

El psicópata es un personaje difícil de percibir, porque es *nadie* subjetivamente, es parecido a un robot, en las películas americanas aparece mucho el tema del extraterrestre, es el replicante, el que tiene rueditas en la cabeza, que no es una persona, es un aparato, un doble, no hay nadie adentro.

Cuando estuve en el manicomio de Nueva York, ya a punto de volverme, tuve ganas de hacer algo que, de haberlo hecho, seguramente hubiera ido preso, y era abrir un americano para ver «si había alguien adentro».

El poder en EE.UU. tiene características psicopáticas, un imperialismo tiene que tener una personalidad psicopática, es inimaginable un imperialismo con una personalidad melancólica, que tire NAPALM a los vietnamitas y después sienta culpa: «¡Qué barbaridad, todos los pibes quemados...! No, ellos dicen: «dos mil quinientos mayores y quinientos menores muertos, la operación fue un éxito».

Mataron a tres millones de vietnamitas y dijeron que fue para que ellos *aprendieran lo que es la democracia*. Y siguen tan simpáticos y sonrientes (ahora matan iraquíes).

Cuando se estaba por terminar el contrato del Canal de Panamá, decían que Noriega, el presidente, era traficante de drogas y era un delincuente, con esto justificaron la invasión para capturar a Noriega ¿y Pinochet, qué era?, ¿y Videla qué era? ¿y en Colombia, Escobar? No, el malo era Noriega, justamente donde estaba el Canal. Siempre tienen que tener la razón, siempre fueron ellos los agredidos y los buenos, todos criados por Walt Disney...

Rambo, por ejemplo (que es un psicópata oligofrénico) está todo el tiempo asesinando gente, y por supuesto que al final de la película no dice: «¡qué cantidad de gente que maté! a veces siento culpa».

En cambio, en el Martín Fierro, cuando él mata al negro (que incluso lo había provocado), se siente culpable, y, como le contaron que no fue bien enterrado, piensa: «tendría que ir a rezarle un responso...» Fierro se dolió del otro, porque es un héroe épico melancólico, en cambio Rambo,

el héroe de los norteamericanos, es un héroe robot de esa cultura de plástico, que no puede deprimirse ni sentir empatía.

Un psicópata nunca va a buscar terapia, porque le va bien, él manipula a los demás ¿para qué va a ir a terapia? ¿Para enterarse que está vacío adentro?

Por supuesto que hasta aquí estamos hablando de los casos graves, aunque hay psicopatías de distintos grados. Un psicópata puro por ejemplo, es un asesino serial, un torturador, es un Videla, un Massera, que no sólo no se arrepienten, sino que además lo justifican «en defensa de la cultura occidental y cristiana», «pero usted cortó al bebé en pedacitos...», y responden: «sí..., pero fue por la patria».

Por supuesto hay formas intermedias, todos nosotros manipulamos un poco. Si yo no manipulara un poquito... en el año 1971 llevé treinta chicas de la Escuela de Pichón al fondo del Borda, todos los sábados, para hacer La Peña Carlos Gardel, pero, ¿por qué no soy un psicópata y soy más bien un líder? Porque la gente quedó contenta, aprendió, se sintió buena, se enriqueció emocionalmente con los muchachos de adentro; realmente fue una experiencia hermosa de solidaridad. Pero si yo no hubiera tenido alguna capacidad de *enganchar*, no hubiera convencido a nadie de que fueran todos los sábados al fondo de un manicomio... La diferencia con un psicópata, es que éste haría una Peña para enriquecerse él, usando para eso a los pacientes.

El psicótico, en cambio, nos mira y pensamos: «¿a quién está mirando?, ¿al de atrás?» porque no nos mira, nos atraviesa con la mirada, está mirando a otro imaginario, y por eso produce inquietud, porque nos hace desaparecer. El psicópata, en cambio, nos mira y nos capta, nos hace sentir que está calculando cómo nos va a cortar en pedacitos sin que se le mueva un pelo.

El psicópata grave no tiene cura porque no le conviene. Cuando yo atendía en el hospital de Nueva York, algunas veces, vinieron personalidades bastante psicopáticas, y en realidad venían a que yo les hiciera un certificado de locos, para que pudieran quedar impunes las cosas que hacían: «Yo soy enfermo mental, por eso le pego a mi mujer, soy así, eso es lo que pasa, no es que sea culpable». Entonces yo les contestaba: «Ah,

¿usted quiere un certificado de impunidad?... Yo no doy ese certificado, para eso tiene que ir a la policía, ellos se lo dan a sus amigos».

Muchas veces me preguntan: «Si no tiene cura ¿por qué lo explica?»...

La respuesta es: para que nos defendamos de ellos. No lo explico para curarlos sino para defendernos, para no ser manipulados.

Una hipótesis que explica la conducta sádica (pues el sádico muchas veces registra lo que hace, filma el sufrimiento del otro, lo mira) es que, de alguna manera, busca salir de ese estado de ser *cosa* a través del dolor del otro, se comunica emocionalmente de una forma muy primitiva y sin éxito, no es que se conmueva, pero es como si con eso lo intentara.

En las películas aparece muchas veces el prototipo del sádico que lo es, no tanto por lo que hace, sino por la cara de goce que pone cuando lo hace, casi como si fuera un orgasmo.

En general el psicópata tiene que violar, porque no puede producir la emoción amorosa, el psicópata, por su sangre fría, es como un reptil, por eso la violación va muchas veces acompañada de atrocidades. En las películas americanas aparece demasiado, cada cinco películas una es de un sádico, las otras tres son de otro tipo de psicópatas. El delincuente es un psicópata y el policía, cuando lo mata violentamente, lo hace del mismo modo que el psicópata.

Astiz, por ejemplo, es el psicópata perfecto, puede mentir, simular. Para el que no tiene ningún sentimiento, es mucho más fácil simular cualquier cosa, puede ser un gran benefactor, una víctima, etc. Recordemos que cuando se infiltró en Madres lo aceptaron por su aspecto de niño indefenso. Pero si uno está prevenido, puede detectar al psicópata, especialmente por la frialdad intimidante de su mirada, su rostro no tiene ninguna expresión.

Si aprendemos a percibir como terapeutas la mirada de quien vamos a asistir, distinguiremos las patologías y los matices en la histeria, la fobia, la depresión, la psicosis y la psicopatía.

A Astiz no lo he visto de cerca, pero he visto otros psicópatas. Yendo a los programas de televisión, uno a veces se encuentra con ellos, tienen una frialdad amenazante, y cuando se quieren hacer los compasivos es peor todavía, porque es una compasión falsa, dan más miedo que si sacaran

un revólver. Como imagen, al psicópata grave, lo vemos como una mezcla entre un reptil y un robot.

Que el psicótico existe, lo creen todos enseguida, pero el psicópata es más difícil de aceptar como enfermo, porque no delira, maneja la realidad mejor que nosotros, porque justamente, no tiene interferencias provenientes de sus emociones internas, de las proyecciones e introyecciones, no se enamora realmente, no adquiere culpa, no se deprime, tiene grandes ventajas sobre nosotros, los pobres neuróticos (que nos pasamos sintiendo culpas y deprimiéndonos por los dolores de los demás...)

El chico de la calle tiene características psicopáticas, pero como es chico, todavía está en una etapa plástica, todavía puede aprender a empatizar. Al comienzo, el chico de la calle es frío, porque la vez que se entregó le fue mal, cada vez que manifestó emociones le fue mal, lo abusaron o lo abandonaron, entonces se fabricó una coraza. Además ¿se imaginan dormir donde otros caminan, en la calle? Él debe estar siempre hacia afuera, porque está permanentemente en riesgo, pibe que se duerme pibe que pierde, duermen con un ojo cerrado y otro abierto.

Volviendo al psicópata, lo definimos como el que quedó encerrado afuera, no tiene subjetividad, en cambio el psicótico es pura subjetividad, quedó encerrado adentro, por lo tanto es inofensivo.

El Borda es el lugar más seguro, no hay ninguna posibilidad de un ataque, y menos sexual, pero podríamos decir que no es seguro emocionalmente porque te encariñás. Por ejemplo, te dicen: «Hola, el año pasado viniste vos, Marta, y te habías separado de Eduardo...» y vos pensás: «Nunca se acordaron tanto de mí...» y te conmovés.

En cambio el psicópata está en el poder o en las fuerzas de seguridad. A los del servicio penitenciario, por ejemplo, el sistema los hace de piedra y ellos verduguean a los presos, que entonces se transforman en lo mismo, esto es un círculo vicioso. En este sentido es difícil cambiar el juego, porque si fueran todos los psicólogos a Devoto, de un día para otro y con una actitud de contención, se los comerían, o los matarían, porque primero hay que hacer una rehabilitación. Antes, y durante un buen tiempo, habría que ablandar esos corazones (de presos y guardia cárceles) y después sí podrían entrar los psicólogos.

Esta «paronimia» entre *psicópata* y *psicótico*, a veces confunde, se tendrían que llamar de otra manera, porque no sólo no tienen nada que ver, sino que son opuestos. En otros tiempos, el psicópata era llamado loco moral, ese era su diagnóstico psiquiátrico.

El psicópata verdadero, como algunos políticos, no va en cana. Un amigo criminólogo (Elías Neuman) me decía: «A la cárcel van los delincuentes fracasados», los pobres, los que no pudieron aprender a psicopatear, porque el verdadero psicópata se transforma en juez coimero, en jefe de las fuerzas de seguridad, en estafador de bancos... lo hace bien porque es muy hábil.

El psicótico no, se retiró del mundo, se cree omnipotente y maneja el mundo desde su delirio, no tiene estrés, no somatiza. El psicópata tampoco somatiza pero hace somatizar a todos los demás.

Entre los psicópatas de la dictadura ninguno se sintió culpable ni se suicidó, porque tienen una superestructura ideológica: la defensa de la sociedad occidental y cristiana. Para los psicópatas paranoicos, todos los demás son agresores, y ellos mataron para salvar el país.

Hay una obra de Tato Pavlovsky que se llama «El señor Galíndez», en donde el psicópata tortura al prisionero, y después se va a su casa y está con los hijos y les lee el Pato Donald. Está disociado, como ese asesino serial que mató a toda su familia y lo que dice el vecindario es: «Era tan amable, saludaba a todos sonriendo...»

En cambio nuestros bandidos rurales, Bairoletto, Mate Cocido, delincuentes grandes, no eran psicópatas, eran chorros, robaban a Bunge y Born pero repartían con los pobres. Bairoletto y el Gauchito Gil llegaron a ser santos populares, eran justicieros sociales.

El proceso terapéutico

La Escena Cero: deseo y temor

La teoría de la Escena Cero es un artefacto simbólico, una suposición teórica que permite formular preguntas, resolver el tema de la identidad, de la permanencia de algo que se transforma. La escena cero sería el núcleo invariante que permite que el sujeto se transforme porque hay algo que no se transforma, que es la escena cero, la representación de una matriz vincular. Es lo equivalente a lo que en música se llama el leit-motiv. Esta escena cero sería la escena arcaica, sería nuestro modo fundamental de estar en el mundo, es nuestra verdad frente a la muerte. Nosotros la tomamos como escena porque desde ahí es más fácil trabajarla con Psicodrama o Ensueño Dirigido. Además todos los recuerdos y anticipaciones tienen forma de escena. Cualquier droga psicoactiva que estimule la regresión es un camino a ella. La escena cero es también una situación inconclusa, y por eso es dinámica. Contiene el deseo y el miedo, contiene energía, contiene una contradicción, es difícil de trabajar, es regresiva y ambivalente. Deseamos y tememos, es una moneda de dos caras, en una está el deseo y en la otra el temor.

La Escena Cero: el argumento básico

El tema básico de una vida es equivalente a la escena cero. ¿Qué es lo que me mantiene vivo? El argumento básico: ¿con qué armo la máquina de andar la vida? Puede ser con personas, un rol social, ser héroe, poderoso o santo. También puede ser una escena, un juego, la perversión, la aventura, un drama, la venganza, la revolución, el viajar. Esos serían los temas del vivir. Pero también hay vidas que se organizan desde un vegetal, en base a sensaciones orgánicas, como comer, coger, beber. Esto también vale y llena una vida (más: es un modo muy usado). Otras veces, el tema básico es un síntoma, el asma, las fobias, los rituales obsesivos o la fórmula más común que es la rutina, el burocratizar la vida cotidiana, y tener un empleo municipal. (Yo fui municipal tres veces y me echaron tres veces.)

O sólo drogas o sólo palabras

Hay dos planteos psicoterapéuticos que evitan la emoción y toda la temática existencial. Uno es el organicista, que viene de la medicina, con los psiquiatras, y en base a psicofármacos, o sea, el chaleco químico; esto es estimulado por las multinacionales de la psicofarmacología. En él, se trabaja sólo sobre los cuerpos.

Otro es el de los psicoanalistas lacanianos, que vienen de la Literatura, no de la Medicina, y manejan sólo palabras, desde un concepto de inconsciente universal y abstracto donde quedan encerrados en palabras que explican otras palabras. Estos, trabajan sólo con símbolos.

¿Y quiénes curan a las personas concretas que deben recorrer el difícil y angustiante camino de la vida, en este mundo bastante loco?

«Ventajas» del psicofármaco

Razones ocultas, no confesadas del uso exclusivo de los psicofármacos: ¿cuál es el verdadero mecanismo socio-psicológico de los psicofármacos, especialmente a impregnación, a dosis masivas? Primero, que produce una conmoción psicológica del paciente, lo descoloca, lo desorienta y queda tan boludo que abandona los síntomas; luego, la droga tiene capacidad punitiva por las consecuencias físicas desagradables. Además, antes los ojos de la familia, se está haciendo algo científico frente al misterio de la locura, y el paciente, al quedar enchalecado, no jode más, y todos contentos. El médico también, porque la terapia fue tan corta como escribir la receta.

El tema de la hipnosis clínica.

El concepto de estabilización emocional, de homeostasis, es también el «holding» de Winnicott; esto se establece en la relación materno infantil y es vital para el bebé para que pueda neutralizar las repercusiones viscerales desorganizadoras, debidas a traumas externos. Las alteraciones ligeras son estimulantes de las funciones pero las bruscas y masivas producen estrés; luego, el niño en el juego tiene la oportunidad de estados auto-hipnóticos estabilizadores. El adulto recrea esto luego y lo logra con lo que llama actividades de descanso, como, por ejemplo: pescar en aguas tranquilas, o tejer junto al fogón, o escuchar música, o en la religión,

con las ceremonias repetitivas. Esta estabilización -emocional no significa falta de estímulos, sino alternancias estimulantes. Todo esto es la temática, dentro de la hipnosis clínica, de la utilización de las matrices logradas por una buena madre, como diría Winnicott, de acunamientos, de cantos, caricias que permiten una estabilización de los estímulos caóticos que produce la realidad. Todo esto queda en el territorio de la hipnosis.

La poesía como mensaje paralelo

Una paciente con cáncer que no es informada de su enfermedad dice: «Tengo miedo de no entender lo que la gente me dice». Esto no le pasaba antes. Analicemos esto: la comunicación con la paciente está estructurada en base a una información central evitada, lo que le produce mensajes crípticos, con partes vacías. En este sentido hay un recurso en donde se puede comenzar a entregar la verdad y es la poesía con que, como código paralelo, se comunica algo que no se podía comunicar. El tema era la paciente cancerosa y las poesías eran isomórficas con el tema del cáncer, es decir que hablaban metafóricamente del «fin del camino», a «misterios por develar», etc. Ella podía elegir, o no, darse cuenta de lo que le estaba pasando para poder elaborarlo, porque toda metáfora dice y no dice.

Quitarle no, engancharlo en la vida

Oído en el hospicio: «Doctor... ¡no me quite la tristeza porque es lo único que tengo!» El melancólico no puede quedar sin nada. La dificultad de la curación reside en que, para quitarle al paciente un síntoma, (que es lo que hace la psiquiatría oficial), siendo que el síntoma es una defensa contra el vacío (la enfermedad), hay que hacerle encontrar otra más conveniente, más creativa, que, en lo posible, le genere vínculos en el mundo real.

Al depresivo no se le puede quitar su depresión porque es lo único que tiene. Debe pasar primero al otro lado del presente, es decir, al futuro, y poder desear algo, tener una nueva relación, para avanzar. A veces, al no poder hacer eso, y porque no tiene recursos para desear, adquiere un temor, un perseguidor, y sale de la retención del objeto (la depresión) y pasa a la agresión o evitación del objeto.

Incluir los baches

La posibilidad de realizar un plan (proyecto) largo - grande (extenso) depende de la capacidad de que este sea sostenido en los períodos de desaliento (que se acepten baches o agujeros que queden contenidos en el proceso). Es importante que esto sea aceptado (los baches) en el proceso terapéutico, de modo tal que los momentos (períodos) de desesperanza queden aceptados como parte del tratamiento, porque si no, estos vacíos pueden romper la continuidad del proceso de curación.

En pocas palabras: algo es completo cuando puede contener lo contrario. Hay que aceptar el odio dentro del amor, el cansancio dentro de la marcha, etc.

Los chinos dicen: «La noche empieza al mediodía» (porque el sol comienza a bajar), y también: «El jarro está hecho de arcilla, pero la utilidad del jarro está allí donde la arcilla no está».

El proyecto en la cultura

Para la terapia prospectiva, el proceso terapéutico consiste en re-colocar en la cultura (el espacio de las explicaciones compartidas) lo que se salió de ella y quedó atrapado en la subjetividad. Y eso que falta es el sentido prospectivo, la clave que lee la realidad desde un yo. En el caso de la crisis, ese yo no puede vincularse más a través de su proyecto, pues éste es subjetivo, y la clave de lectura no está en el espacio intermedio entre él y el otro (la cultura y el lenguaje) y, por lo tanto, el otro no lo entiende. La tarea consiste en convertir un trozo de subjetividad aterradora (solitaria y confusa) en algo compartido, transmisible por el lenguaje (verbal, gestual, etc.) y, por tanto, transformado en no-loco, pues permite compartir expectativas y hacer algo en común. Este re-colocar se lleva a cabo mediante las técnicas de contacto y explicación. Esto no es una tarea fácil, pues en la subjetividad están los terrores infantiles y la desesperación de las preguntas fundamentales que no tienen respuesta, para las cuales la cultura inventa «respuestas-muletas» como recurso ortopédico con las cuales nos calmarnos unos a otros. El loco queda solo porque habla de algo que está escondido en todos nosotros, se «agarró la lepra» que todos tenemos latente (las vivencias de desintegración) y se convierte en leproso y por lo tanto todos le disparan (y lo tratan de aislar).

El terapeuta es el que está inmunizado contra esa lepra porque la tuvo y se curó. Sintetizando de otra manera nuestro pensamiento, pensamos que el paciente enfermó porque «su pasado está peleado con su futuro». A esta mala síntesis la llamamos síntoma y los terapeutas debemos ayudarlo a sintetizar sanamente esa contradicción ayer-mañana por medio de un proyecto, donde construye uno con elementos del otro (futura-recuerdos) y así puede saltar de uno al otro. A ese salto que se repite eternamente lo llamamos el presente.

Lo imaginario

El pasaje en que consiste la terapia debe llevarse a cabo en un espacio muy definido: el lugar de lo imaginario, de lo que no está, de lo que fue o lo que será. Como primera medida debemos crear las condiciones para encontrarnos con el paciente en ese «otro espacio». Al diálogo terapéutico le es necesario contar con un encuentro «enrarecido»; el **aquí y ahora** debe dar lugar al **allá y entonces**, y esto se logra mediante «máquinas del tiempo», a saber, la dramatización, los diálogos guesálticos, el ensueño dirigido, etcétera. Con estas técnicas iremos junto con el paciente al encuentro de sus objetos perdidos o temidos, de lo que fue y de lo que será. Preferimos situar lo imaginario doloroso en términos lineales de temporalidad (en un antes y un después) y no como en la concepción freudiana, en términos de lo inconsciente, de un estrato «por debajo» de la conciencia.

Concepto de triálogo

El terapeuta para hacer su trabajo debe incluirse como un tercero en el diálogo interno del paciente, entre las dos partes que están en contradicción, porque sólo un tercero puede ser el testigo de un diálogo que está en la subjetividad, campo lábil y a veces caótico. Sólo el tercero puede objetivar, es decir crear el espacio de la cultura. Pues en todo diálogo cada término es una parte del vínculo y por lo tanto no puede «ver» cuáles son realmente los términos y cuál es el tema de lo que constituyen entre los dos. Por esto vemos a la tarea terapéutica como el esclarecimiento de ese diálogo confuso por medio de un triálogo que define la contradicción interna desde la cultura, y hace posible que el

diálogo interno se haga externo, es decir, se haga comunicación con los otros.

Enfoque regresivo y progresivo

En las técnicas psicodramática y gestáltica que son usualmente grupales, se puede trabajar hacia adelante, hacia el futuro, con lo cual es posible analizar en su espacio específico, el miedo, que siempre es anticipación. En el psicoanálisis se trabaja siempre hacia atrás, tratando de armar el rompecabezas arqueológico. En los grupos es posible representar (conjurar, evocar) el pasado, que se hace presente, pues esté ocurriendo en la escena conjurada y, de esta forma, continuar ese pasado, al que la neurosis había vuelto rígido, y representar un nuevo desenlace (futuro), con lo cual se le permite al paciente la construcción de la imagen anticipatoria de una solución sana. Y sabemos por la teoría temporal que sólo si se conoce (se proyecta) el yo-por-ser, puede la persona instalarse en ese otro que va a ser él, pues de lo contrario se discontinúa la sucesión histórica del yo. Esta actitud más dinámica que atraviesa el presente, desde el pasado al futuro, es muy clara en la manera que Fritz Perls analiza los sueños. En el psicoanálisis el sueño es un enigma propuesto por el paciente en la sesión como cosa pasada cerrada y terminada; en cambio Perls hace que el paciente lo relate en tiempo presente, que lo reviva con los ojos cerrados, que en lugar de decir «yo me estaba cayendo», diga «yo me estoy cayendo». De modo que cuando el paciente llega al final del sueño por haber despertado, Perls le pide que lo continúe: «¿Y ahora qué? ¿Qué ves?...». Así el paciente puede enfrentar el final temido del sueño (por eso había despertado justo en ese momento) debido a estar acompañado por otro, que es una figura protectora como aparece el terapeuta. De este modo se puede saber qué hay más adelante, cuál es la escena temida que paralizó al paciente.

Respecto a la prospectiva, en el tratamiento, el apuro por clasificar al paciente mental, en diagnosticarlo, tiene que ver más con la necesidad de controlar lo imprevisible, misterioso y azaroso que son las perturbaciones psicológicas, que con una necesidad operativa (que sí es útil en la medicina del cuerpo). Pero sucede que en un proceso terapéutico la relativa verdad entre paciente y terapeuta se logra recién al final del tratamiento, pues

ésta reside en lo profundo de la historia de la persona. Encontrar rápidamente un diagnóstico casi siempre lleva a adecuar el camino posterior a ese diagnóstico y que la terapia consista sólo en confirmarlo. Pero debemos tener en cuenta que a todos nos da tentación ser definidos por un terapeuta, padre, poderoso, así nos ahorramos el trabajo y las angustias de recorrer el camino interno para encontrarnos (por esto son a veces exitosos los diagnosticadores, los que otorgan la verdad enseguida). Veremos ahora dos oposiciones que tienen importancia para la clasificación de las técnicas terapéuticas: las terapias de mutación y las de evolución (la catarsis y la rehabilitación) por una parte y, por la otra, la oposición que, más que a las técnicas, se refiere a las actitudes: la identificación y la confrontación. A lo largo de todo el libro se habrá advertido que preferimos pensar recurriendo a esquemas dialécticos; es decir, señalamos los extremos de una gama que se oponen, pero que encierran todas las posibilidades de síntesis. Indicamos los extremos estables del sistema de contradicción y consideramos que la situación sana, esto es, la más eficaz, debe encontrarse en alguna de las síntesis contenida entre los opuestos. Por ejemplo, respecto a las maniobras de identificación y las de confrontación con el paciente, debemos determinar hasta qué punto conviene acompañar a un paciente dado en su delirio y hasta qué punto debe confrontárselo con la realidad. Siempre resulta más fácil (más primitivo) manejarse con los extremos, por ejemplo, aceptar el delirio del paciente o negarle toda veracidad; en cambio, los puntos medios en la maniobra terapéutica, que corresponderán a su necesidad de negar sólo parte de lo que sucede, son de más difícil manejo, pues toda contradicción tiende a estabilizarse en los extremos.

Mutación - evolución

Las terapias de mutación son las que conducen a un desenlace catártico con alta carga emocional. El psicodrama y especialmente el laboratorio gestáltico son instrumentos de profundidad, verdaderas «máquinas de tiempo» que le permiten al paciente revivir la escena temida con toda la carga emocional de la escena original». Podríamos llamarlas técnicas mutacionales, pues el insight que provocan constituye una verdadera fractura (mutación) en el sistema de la enfermedad; dan brusco acceso a

la concepción de otras estrategias para el enfrentamiento con las angustias arcaicas del paciente. Muchas psicoterapias folklóricas, por ejemplo, la macumba brasileña, crean con el ritmo del baile, la cashasha (bebida) y el charuto (cigarro), un estado de trance que permite reconectarse con vivencias muy arcaicas y descargar el llanto, la rabia o la alegría, que estaban bloqueadas, con gran intensidad emocional. (A veces el conjunto tiene la belleza y la dramaticidad de un verdadero «ballet terapéutico»). En general puede decirse que todas las terapias grupales tienen algo de shamánicas, de ritos primitivos para conjurar fantasmas comunes. Aún una terapia individual tan escrupulosamente científica como el psicoanálisis tiene algo de operación shamánica cuando la neurosis de transferencia conjura a un padre ya muerto, pero proyectado en la figura del analista; así se crea el clima psicológico como para que una interpretación clave produzca la «visión interior» (insight) con toda la carga emocional que produce una mutación en la percepción de sí mismo. La otra gran categoría son las terapias de evolución: así llamamos al lento trabajo de condicionamiento en las rehabilitaciones. Si las terapias catárticas sirven sobre todo para los niveles neuróticos, éstas sirven más específicamente para resolver el lento reaprendizaje de vínculos y estructuras en las psicosis. Las llamamos de evolución para subrayar de ese modo su gradual recorrido de un lento camino de transformaciones que impide la despersonalización que puede provocar un cambio brusco. Para aclarar la diferencia entre unas y otras, puede decirse que las mutacionales se relacionan más estrechamente con la estructura histérica, que admite la movilización emocional, pues existe por debajo un yo más consolidado; y las evolutivas se relacionan sobre todo con las estructuras obsesivas que tienen por debajo un yo más cercano a la fragmentación. Por tanto, el pasaje terapéutico tiene que recorrerse como una suma de pequeños escalones para evitar las discontinuidades temporales que llevan a la fragmentación del yo del tipo del extrañamiento de sí mismo. En esta vertiente la terapia se define como un adiestramiento, como un enseñar a: poder ponerse triste, superar el miedo, sentir placer, etcétera, lo que debe percibir el terapeuta en los pacientes es lo que les falta hacer (lo que no pudieron) y ayudarles a hacerlo para completarse. En esta tarea a veces se parece a un adiestrador, un entrenador.

En general se trata de reaprender la función psicológica que fue mal enseñada en la infancia. En casos extremos, como el de la terapia conductista, por ejemplo, la desensibilización sistemática de Wolpe constituye un condicionamiento mecánico y progresivo para desacondicionar el síntoma. En realidad, pensamos que esta terapia más que de una transformación de la persona, condiciona el armado de una neurosis obsesiva funcional que permite controlar la vivencia de fragmentación, de esquizofrenización; pero no tiene nada que ver con las terapias de maduración, que elaboran los niveles profundos del proceso de vida.

Por último, respecto a toda transformación psicológica, diremos que para que algo cambie en el proceso terapéutico, deben existir otras partes que no cambien; por esto en toda terapia deben asegurarse puntos fijos. Por ejemplo, en el psicoanálisis ortodoxo, se estabilizan varios elementos: el encuadre (lugar, diván, honorarios, etc.) y también la dependencia transferencial. De acuerdo con nuestro planteo, lo que debe quedar finalmente igual a sí mismo es el núcleo del yo, el proyecto básico de vida. Este es el núcleo de identidad que debe atravesar las metamorfosis de los sucesivos personajes a través de la historia vital, reconociéndose siempre como algo original y único.

El tratamiento como modelo de proceso

El tratamiento es también un modelo de cómo armar estructuras de continuidad que nos permitan vivir el presente como salto entre lo que dejamos y lo que obtenemos. Por eso, en él tiene que constituirse el giro del tiempo: algo debe ser anticipado, luego vivido y, por último, recordado. Debe darse como consecuencia y tener etapas progresivas para evitar la vuelta a los síntomas, pues cuando el cambio ha sido demasiado rápido puede producirse la vivencia de despersonalización y, al no reconocerse, el paciente suele volver atrás sufriendo una recaída. Debemos lograr primero que se anticipe como «el otro» que quiere ser y una vez que lo conozca bien, ayudarlo a que se instale en ese yo- por-ser para que pueda reconocerse como el mismo que se anticipó de esa manera. Esta necesidad es la que determina que el proceso terapéutico no pueda ser muy rápido. Las curas bruscas son inestables, pues al no autopercibirse

el paciente como el mismo que era, recurre a su «querida y vieja» neurosis para volver a ponérsela y reconocerse como él mismo en el espejo de la mirada ajena.

Recordemos que cuando el tratamiento tiene buen éxito suele provocar también el síndrome de la crisis. Lo que caracteriza a esta crisis es que se presenta en el camino de vuelta de la enfermedad. En general puede decirse que la terapia consiste en incluir al paciente en un proceso por el que se admite, se explica y también se inventa otro proceso: el de su historia vital, se acepta recorriendo una vida, la suya.

El alta

Para terminar el tema del encuadre o del contrato terapéutico, definiremos cómo concebimos el alta. Es el momento en que ambos, paciente y terapeuta, perciben que lo inexplicable logró una explicación, que ya no hay confusión y que sólo quedan las circunstancias dolorosas y placenteras reales. También se concibe que el paciente pueda vivir el presente como parte de una historia comprensible.

En adelante es capaz de «recorrer su vida», pues en general el paciente recurrió a la terapia porque había algo que no era capaz de hacer: salir a la calle, devolver agresión, permitirse el placer sexual, llorar a un muerto querido, etcétera. El criterio de alta más seguro es que el mismo paciente sienta sus posibilidades de vida. Continuar la terapia más allá de este punto sería entrar en el juego del «terapeuta-muleta». Según nosotros lo concebimos, esto no es ya terapia, sino una rama de la ortopedia. Claro que este no es trabajo fácil, pues se hace necesario enfrentar otra separación, pero lo que hace posible que el paciente abandone al terapeuta es conocer y finalmente hacerse amigo de alguien muy importante en su vida: él mismo.

Terapia situacional

Cuando la operación terapéutica no puede llevarse a cabo en el marco de un consultorio, el encuadre de la tarea debe adaptarse al campo real en que se pueda operar. La urgencia que implica el desencadenamiento de una crisis hace necesaria la intervención *in situ* (en el campo) que, si se la maneja con eficacia, puede ser más operativa y certera que la operación

desarrollada en el contexto del consultorio. Como primera ventaja, la situación ambiental, el hábitat familiar, contiene mucha información útil para entender la sintomatología del miembro enfermo. Puede decirse, con Pichon Riviere, que el paciente expresa y sintetiza como un vaciado en yeso lo que está aconteciendo en el grupo familiar, pues sus síntomas son lo negado por la estructura familiar, lo que falta.

La técnica del tratamiento domiciliario (o en la calle) depende de la posibilidad de instrumentar la estructura del campo. Se diría que nos es posible manejar el proceso grupal en curso si podemos «encabalar la situación», para lo cual debemos utilizar, funcionalizar terapéuticamente, una parte nuestra que no goza de buena reputación entre los psicoterapeutas de consultorio: el núcleo psicopático. En el psicoanálisis ortodoxo sólo se admite la funcionalización del núcleo fóbico-melancólico (por la paralización corporal y la regresión), pero no la capacidad de conducir situaciones, de operar terapéuticamente procesos reales. Todo proceso real tiene una escena imaginaria montada sobre él. En el caso en que el miembro de un grupo (familiar, de trabajo, etc.) padece una crisis psicológica, la escena imaginaria es tan intensa que gobierna las acciones reales: el tiempo invade el presente en la escena grupal.

En ese momento la escena cotidiana se transforma en un psicodrama espontáneo; los gritos, los gestos y las palabras corresponden a la escena temida del grupo. El terapeuta se debe transformar entonces en un director de psicodrama que induce maniobras que llevan al cierre de la situación en dirección de la salud, del esclarecimiento de esa escena tan temida que «enloqueció» al grupo (aunque el rol de «enfermo» se le asigne a uno solo de sus componentes).

La tradición terapéutica de consultorio creó reglas de encuadre que sólo se adaptan a la situación de un paciente individual autocontrolado; por eso deben revisarse las reglas de encuadre con criterio creativo para curar la locura «en vivo». Son necesarias las maniobras del psicodrama e, incluso más allá, del teatro de vanguardia (especialmente útiles son las técnicas del teatro de calle y teatro invisible del brasilero Augusto Boal).

Otra disciplina que aportó maniobras es la antropología de campo con las técnicas de observador participante, donde el antropólogo debe

incluirse en el grupo cultural que investiga a través de un rol existente en esa cultura, para evitar que al ser sólo observador desde afuera modifique el campo. Las que llamamos técnicas de auxilio en crisis, que describiremos más adelante, son específicas para intervenciones callejeras o domiciliarias en cuadros de suicidios, brotes psicóticos o conmociones traumáticas (accidentes, emergencias sociales, etc.), que son ocasión de los cuadros de catástrofe del yo, ya descritos en el capítulo de la psicopatología.

Soluciones alternativas

Una terapia situacional es una tecnología psicológica imprescindible si se desea una cobertura asistencial de las crisis en las que la resolución terapéutica debe ser inmediata y realizada en el contexto ambiental donde está sucediendo, porque llevarla al consultorio (en el caso que ello fuera posible) podría resultar una disección paralizadora de la dinámica dramática que impidiera su comprensión.

En los Estados Unidos tuve ocasión de trabajar en un Centro de Crisis (el Maimonides Community Mental Health Center), en el que pude ser testigo de (y yo mismo ejercitar) la libertad técnica y la posibilidad creadora de que gozan los terapeutas norteamericanos respecto a soluciones alternativas. Por otra parte, esto era imprescindible por las modalidades de acción de los cuadros psicopatológicos de los neoyorkinos. Resultaba interesante y emocionante a la vez ver cómo la terapia se mezclaba con la vida en el planteo de la «street clinic» (clínica de la calle).

Para utilizar una metáfora ilustrativa, si el psicoanálisis convencional es el boxeo con sus reglas, guantes, rounds, cuadrilátero, etc., el auxilio en crisis es el karate callejero con toda la creatividad de lo imprevisto. Proponemos, pues, dos formas de encuadre: el de consultorio (cerrado) y el situacional (abierto). De acuerdo con este último se opera fuera del encuadre terapéutico convencional de consultorio, donde el terapeuta es quien controla la situación espacio temporal. En el encuadre abierto (situacional) el terapeuta debe incluirse en un campo de fuerza psicológico, y operar instrumentando el proceso en curso e intentar que cierre en dirección de la salud.

Los cuatro pasos

Esquema operatorio

En la perturbación mental hay una vivencia fundamental, que es el sentimiento de soledad y de paralización del tiempo, que es cuando la persona en crisis dice «no sé qué hacer, cómo sigue mi historia», porque yo estoy arrojado a *ese que va a ser*, que es el concepto fundamental de la filosofía existencial, el hombre como proyecto, el Da Sein, *ser ahí*, hacia adelante. Si no tengo proyecto, tampoco me puedo vincular, porque me vinculo en función de un futuro, de un proyecto, por eso el proyecto es *con otro*, y por eso se habla de un Mit Da Sein, que en alemán significa que «yo me realizo a través del vínculo con el otro».

Continuamente, en el proceso de existir, hay cosas que se van y cosas que vienen, por ejemplo: los padres se van, los hijos vienen; la juventud se va, la vejez viene.

Siempre estamos en ese no querer abandonar el objeto conocido, lo que se llama «ansiedad de pérdida», y al mismo tiempo, estamos temerosos del objeto que viene porque es desconocido, lo que llamamos «la ansiedad de ataque», que son las dos ansiedades básicas que configuran la tristeza y el miedo.

Los cuatro pasos ¿para qué sirven? Son un ordenador para saber qué maniobras tenemos que hacer y en qué orden. Vamos a ver que, si no las hacemos en ese orden, podemos dañar en vez de ayudar. Es una guía que nos permite meternos en lo confuso y caótico que es toda crisis para poder operar reparatoriamente.

Primer paso Contención

Consiste en conectarse con la otra persona. No sólo por estar cerca, estamos conectados psicológicamente con la otra persona: podemos estar cerca y no estar conectados, o podemos estar lejos y estar conectados. Esto tiene que ver con una presencia que le ofrecemos al otro, y que está expresada en una mirada y una actitud de escucha que el operador debe conseguir. Esta mirada debe ser aceptadora y atenta, ni persecutoria ni distante, debe crear un clima de confianza en el que el paciente pueda

sentirse sostenido, y por lo tanto pueda acercarse a las zona traumáticas de su pasado, pero esta vez acompañado por el terapeuta, ya que no puede hacerlo solo por tratarse de lugares muy lastimados de su historia.

En el caso de la mirada, un operador puede tener una mirada, a lo mejor, melancólica, otro puede tener una mirada más ordenadora, otro una mirada mas seductora, y todas valen.

Las únicas que no sirven son las miradas controladoras e inquisidoras, como las de algunos psiquiatras que, fijando la vista, le dicen: «¿Desde cuándo usted escucha voces persecutorias...?» (mientras lo mira fijo y prepara la jeringa con el calmante)

La mirada es una forma de aceptarlo al otro, y también es muy importante la escucha, porque se puede oír pero no escuchar, y se puede mirar pero no ver.

Son dos sentidos los que usamos, pero al operador puede faltarle uno de ellos, puede ser ciego, e incluso en algunos casos, hasta es ventajoso que el terapeuta sea ciego, por ejemplo, cuando se trata de personalidades paranoides que temen la mirada, o de fóbicos, porque éstos se relacionan mejor con una persona que no los pueda ver, pero que, con la calidez de su voz y su escucha, consiguen que el paciente confíe en ellos. En ese caso podemos decir que el operador *ve con su escucha*.

También usamos las técnicas gestálticas, que nos permiten mirar al otro sin escudriñarlo, y en la distancia que el otro necesita: una mirada atenta y aceptadora de que el otro es como es.

Incluso, si vienen pacientes delirando, este terapeuta que proponemos «les cree» el delirio, se mete en él. Lo único que no les cree es que eso pasa *aquí y ahora*, pero si el paciente dice que lo persiguen con un cuchillo, para él eso es real, porque el algún momento lo persiguieron, tal vez en su infancia, con algo parecido a un cuchillo (pudo ser, por ejemplo, un abuso sexual infantil, que el paciente metaforiza, y el cuchillo en realidad es un pene).

Por eso el terapeuta pregunta cómo lo persiguen, en que posición estaba el cuchillo. Si dice que el ataque con el cuchillo viene desde arriba, es muy probable que haya sido un cuchillo real, pero, si lo recuerda desde abajo hacia arriba, es muy probable que lo que está simbolizando sea el recuerdo de un abuso sexual. En casos como éste, lo más adecuado para

descifrarlo, es usar técnicas psicodramáticas, donde se busca recrear la escena original, para así entenderla.

Este primer paso llamado contención tiene que ver con contenerlo al otro, con aceptarlo, con producir el encuentro profundo entre dos personas, que no es nada fácil. Es todo lo contrario de la asepsia psicoanalítica, porque se trabaja con la persona en crisis, que está muy necesitada de ser percibida, porque a eso la llevó el no serlo, ya que siente que desapareció para el mundo, y el mundo le desapareció a ella, y aparece entonces una sensación de soledad que, en casos muy graves, puede ser muy aguda, de carácter existencial, profundísima e insoportable. El paciente está ahí solo y paralizado, y nosotros tenemos que rescatarlo de ese lugar.

Muchas veces, especialmente en las familias con padres que no son muy hábiles o tienen problemas, el chico dice una cosa y la madre le contesta algo diferente, por ejemplo: «¡Mamá tengo miedo!», y la madre le contesta: «¡Comé!» (resultado: un obeso). O, en otro caso, la mamá contesta: «No seas malo con mamá» (resultado: un culposo). Ella no percibe que el chico está inseguro y no pregunta lo que debería preguntar: «¿Por qué tenés miedo?»

En ese fenómeno humano de intercambio de símbolos que transmite imágenes internas, yo quedo comunicado con el otro por ese recurso tan sencillo y potente que es sustituir un objeto por un sonido, que llamamos fonema, palabra; y eso es lo que nos salva de la soledad, la palabra, que es lo que construye la realidad. La realidad es la mirada del otro, porque no podemos definirnos a nosotros mismos. Yo puedo decir: «Soy Napoleón», y si todos lo aceptan, entonces soy Napoleón, y si no lo aceptan, me meten en un manicomio o me dicen: «Mirá, Alfredo, me parece que estás muy cansado o con la autoestima muy baja...»

No es tan fácil aceptar al otro, porque a veces hay fobia al encuentro, el otro nos puede cuestionar, nos puede ignorar, nos puede culpar (el otro puede ser percibido como peligroso...)

En el compromiso terapéutico hay que meterse en el profundo pozo donde está el paciente, pero con una soga (la soga es el método o la técnica) y entonces ayudarlo a subir, en lugar de gritarle desde arriba: «salga del pozo, que afuera brilla el sol...»

La primera etapa de contención es, entonces, la resonancia emocional, y se llama **empatía**. Es el momento de la identificación con el otro, para que el otro se sienta que uno está resonando con él. Uno se conmueve, se pone en el lugar del otro. Si el otro tiene miedo, uno evoca sus propios miedos para comprender los miedos del otro, y si está triste, las propias tristezas.

El buen terapeuta no es sano ni es un loco, sino que es un *loco curado*. Si hemos vivido deferentes experiencias, desde ellas podemos hacer el ejercicio de ponernos en los zapatos del otro. Si el terapeuta es un terapeuta sólo alimentado de libros, el otro siente que lo que está haciendo es mirar el mapa de los diagnósticos, pero no percibe la calidad de su depresión; por que hay depresiones suaves, otras agudas, y hay depresiones peligrosas que pueden conducir a una acción suicida, así como hay depresiones crónicas y otras histéricas que exageran el sentimiento, que solo las distinguiremos desde los matices de nuestras propias tristezas.

Las personas tienen un modo de deprimirse, un modo de tener miedo, un modo de sentir culpa; nosotros, los terapeutas, somos nuestro propio instrumento. Nuestro instrumento para curar son las propias experiencias que tenemos que poner al servicio de esa tarea tan delicada que es el proceso de ayudar a otro.

Hablamos de terapia, para hablar de un concepto más amplio, pero puede ser también la escucha de un tío experimentado o una tía solterona, de los que había antes y que ahora no hay, y que eran los psicólogos familiares. ¿Saben por qué existen los psicólogos? Porque la familia se achicó de tal modo que ya no contienen a esos personajes. Ya no hay más tíos o tías, al menos, cercanos y convivientes. Las familias se han reducido y entonces, tuvo que aparecer el tío o la tía ortopédica, que es el psicólogo. Tanto es así que, en los momentos agudos de angustia, hay una técnica que se ha usado por ejemplo, en la explosión en la AMIA, el avión de LAPA, la noche de Cromañon, etc., que se llama «maternaje», que consiste en abrazar a la persona en crisis para que reconstruya los límites corporales, ya que en cualquier experiencia traumática muy aguda, la persona regresa tanto psicológicamente, que incluso, puede llegar a perder el control de los esfínteres, o se coloca en posición fetal. El traumatismo

se puede percibir gráficamente por la posición de la persona, y ahí se lo puede abrazar como a un bebé.

Yo he abrazado a adultos, mujeres, hombres... Con cierto adiestramiento, se puede hacer sin sentir lo que usualmente sentiría un hombre, por ejemplo, abrazando a una mujer, donde habría cierto erotismo, o con otro hombre, con miedo por las ansiedades homosexuales. El terapeuta debe ser como los ángeles, que no tienen sexo (mientras trabaja como terapeuta, por supuesto). Uno percibe que esa persona no es un adulto, que está abrazando en ese momento a una nena o un nene, ese maternaje lo conecta, lo va trayendo al aquí y ahora, lo va conteniendo para que pueda reorganizar su percepción de realidad.

Para la contención debemos operar desde dos modalidades vinculares, el momento A, que es la **identificación**, en el cuál resonamos emocionalmente con la persona, diríamos que «nos metemos en los zapatos del otro». Pero esto implica el peligro de quedar captados y encerrados en el otro: seríamos dos llorando en el pozo. Entonces hay que hacer algo que es bastante difícil: después de ese movimiento de identificación, hay que saber salir y tomar una actitud totalmente distinta. Este es el momento B, que es la **disociación instrumental**, donde el operador se dice: «¿Qué hago ahora?, ¿qué estrategias utilizo?, ¿lo abrazo o no lo abrazo?, ¿está muy regresado?, ¿está es una depresión aguda con riesgo de suicidio?, ¿es una histeria pasajera?...». En ese momento se toma una distancia científica.

Esto se resume en una frase: «corazón caliente para entender, y cabeza fría para operar». Es un trabajo agotador, porque hay que hacer un movimiento para entrar y otro para salir, meterse para entender y salir para operar, dos operaciones opuestas.

Tato Pavlovsky decía: «Yo te comprendo desde mi desesperación y te curo desde mi esperanza». Por lo tanto, tengo que haber tenido desesperación y haber tenido esperanza. Y después hay que empezar a hacer el otro trabajo, ya que este es un ejercicio doble: primero te conmovés y después te disociás. ¿Y con qué te conmovés o favorecés esa empatía? Con lo que llamamos el núcleo depresivo, que es un núcleo en relación con la identificación y permite el encuentro emocional, y también con el núcleo histérico que tiene que ver con la expresión de las emociones,

para que la persona perciba que uno lo entiende. Esto debe hacerse también a través del lenguaje corporal y gestual, lo que podemos llamar *poner el cuerpo*. Los animales tienen acrobacias, danzas, gruñidos, sonidos, que definen la naturaleza del encuentro.

Entonces, con el núcleo histérico yo me comunico. Y ¿con qué me disocio? Con otro núcleo que tenemos todos, un núcleo esquizoide, que tiene que ver con la distancia. En síntesis, debemos ser inicialmente «italianos», y luego «ingleses»...

En los cursos que doy a las maestras, yo no tengo que enseñarles la empatía, ni la transferencia, porque es lo que mejor saben hacer, eso de estar pegadas con el nene, o llorar con la nena. A las maestras tenemos que enseñarles la disociación instrumental, a separarse porque si no, se contaminan y quedan pegadas. El caso de los psiquiatras es lo opuesto, ya que, desde el comienzo de sus estudios en la facultad, tienen asegurada la disociación profesional con el paciente (el primer ser humano que estudian en la disección anatómica es un muerto), por lo que manejan bien la distancia. El terapeuta ideal, entonces, sería una *cruza* entre una maestra y un psiquiatra...

Tenemos momentos en los que nos retiramos hacia adentro, y usamos eso como protección, a veces, es muy sano ser tortuga; en algunas familias muy patológicas, se salvan los hijos que se hacen tortugas esquizoides, porque se retiran hacia adentro (siempre que después puedan salir del caparazón).

Como egresado de la UBA en Arquitectura, pude cursar una de las últimas materias de la carrera de psicología (ahí me di cuenta de que no necesitaba esa formación marcadamente psicoanalítica). En esa corta experiencia, recuerdo al adjunto de la cátedra de Psicología Clínica II de Fernando Ulloa, que se llamaba López. El explicaba los cuadros psicopatológicos, pero los explicaba desde la vivencia de cada cuadro, por ejemplo, cuando explicó la paranoia, recuerdo que mientras iba explicando, miraba insistentemente la puerta del fondo, y generó un clima persecutorio, que era congruente con lo que él decía, y con el modo en que lo transmitía, y miraba para un lado y para el otro, y generó un clima de ansiedad (era la época en que la policía de Onganía, podía entrar a la Universidad, en 1964). Cuando explicó la neurosis obsesiva fue una clase perfecta: dibujó

en el pizarrón un gráfico impecable, y a cada rato nos preguntaba si habíamos entendido bien (en esa clase, era un verdadero obsesivo). Luego, cuando explicó la histeria fue una clase brillante, todos salieron encantados: ¡qué hermosa clase! Y cuando explicó la depresión, un compañero, Jorge Franco, me dijo al salir de la clase: «Che, sigámoslo, que éste se nos mata...». Finalmente, cuando explicó la esquizofrenia puedo asegurar que no se entendió nada, fue una clase fragmentada, quedamos todos confundidos, se disgregaba, se iba del tema, hacía neologismos. López fue sumamente didáctico. (Yo a veces, dando clase, uso ese recurso...).

En el proceso terapéutico, no hay que ser omnipotente ni impotente; en el medio está la potencia que uno tiene. En la vida profesional hay cosas que se pueden hacer y cosas que no, y es bueno darse cuenta de eso. Hay patologías con las que uno puede operar y otras en que no puede, en ese caso conviene derivar. Y a algunas personas puede resultarles difícil trabajar con grupos de riesgo, como chicos de la calle, esquizofrénicos, adictos o pacientes en crisis agudas o con enfermedades terminales.

Cada uno de nosotros, tiene un punto débil, un talón de Aquiles, y es mejor conocerlo antes para poder manejar o evitar esa situación, que enterarse en mitad de ella.

Segundo paso Regresión

Luego de la contención, sigue el paso de la regresión, que se da cuando la persona, al sentirse contenida, puede abrir su interioridad, y puede enfrentar los fantasmas internos.

No podemos entrar a esta etapa sin haber pasado antes por la contención. Cuando nos metemos adentro, estamos yendo hacia atrás; cuanto más adentro nos metemos, cuanto más profundo vamos, más antiguos son los recuerdos. Es como en el árbol, que va creciendo por anillos desde adentro hacia afuera. La historia del árbol está en el interior.

Generalmente la regresión produce una abreacción que se denomina **catarsis**. Hay dos tipos de catarsis: el llanto, que al ser convulsivo descontractura y relaja, y la ira.

A veces los chicos hacen catarsis de ira, y esto es lo más difícil de controlar en las escuelas. Nosotros, con Paulo Freire en Brasil, hicimos una

experiencia con los niños de las escuelas de las favelas, les dimos almohadones donde pintaban caras que ellos temían, para que sacaran la bronca a través de golpear estos almohadones, y una vez que lo hacían, podían prestar atención y escuchar a la maestra, porque habían descargado en una catarsis de ira.

No se puede operar sin anestesia porque es muy cruel. Una nenita que fue abusada sexualmente es un caso paradigmático de este tipo de situaciones, porque no se puede, de pronto, preguntarle: «¿Qué te hicieron...?» porque es violarla por segunda vez, a menos que se genere antes una situación de confianza en la que ella pueda enfrentar esa escena angustiante.

A veces, algunos pacientes sienten que con el terapeuta han contratado a un guardaespaldas para que los acompañe a su «bosque fantasmal interno», oscuro, desconocido, donde hay muchos fantasmas. Y el guardaespaldas tiene que ir allí e increpar a los victimarios: «¿qué le hicieron a la nena...?», es decir, hacer lo que no se hizo en ese momento, lo que a lo mejor no pudo hacer el padre porque no existió, o por que él mismo fue el abusador.

La contención es como la preparación del campo operatorio para después hacer la incisión. De la contención podemos pasar a la regresión si aquella fue efectiva, pero si no se produce, no podemos entrar, y a veces, lleva mucho tiempo porque depende del *timing*, del tiempo que necesita la persona lastimada.

Para que un chico de la calle se entregue, suelen pasar meses, porque tuvo muy malas experiencias cada vez que se entregó. A veces, cuando uno va a acariciarlos «te muerden la mano», porque saben que después de la caricia viene algo malo; los primeros tiempos son tormentosos, hay que aguantar que nos pongan a prueba, antes de bajar las defensas. La contención tiene que ver con un compromiso, en que el otro sienta que uno va a mantener ese sostén, y para eso no hay que asustarse, y para no asustarse hay que conocer las propias escenas temidas del terapeuta.

De todas maneras, la teoría es muy sencilla, lo complicado es, a veces, su buena ejecución. ¿Qué hacer? Es fácil. ¿Cómo hacerlo? Es un poco más difícil, pero este esquema ayuda.

Estando en Cuba, en el Neuropsiquiátrico de La Habana, comencé a explicarles a los psiquiatras mi teoría de la temporalidad del psiquismo.

Les era muy difícil de entender, porque están en un conductismo-pavloviano, pero cuando les expliqué los cuatro pasos, los entendieron y les pareció muy útil.

Entonces, si hay contención, se produce en la persona a nivel corporal, la relajación, incluso, a veces, con un baño caliente, se afloja muscularmente. Se puede relajar sin fármacos (aunque el fármaco se usa, a veces, solo como un miorrelajante). Imaginen tener miedo, o asustarse mientras están en la bañera tomando un baño de agua caliente, y verán como no se puede tener miedo, porque hay una concomitancia músculo-emoción instalada ancestralmente en la evolución: siempre que nosotros tenemos miedo estamos tensos, porque nuestra parte animal, frente al peligro, se tensa (esto se llama estrés agudo y sirve para prepararse para atacar o huir), en cambio, cuando estamos deprimidos, estamos hipotónicos.

El brote psicótico tiene un momento donde el paciente tiene una vivencia terrorífica de soledad infinita y de paralización total. Entonces hace el delirio, inventa al marciano para salir de la soledad; si lo llevan al hospicio lo aíslan, lo dejan solo y lo medican, entonces la persona no tiene otro recurso que crear y perfeccionar su delirio para salir mágicamente de allí. En el hospicio tienen una terapia opuesta a la que el paciente en brote necesita, es como si a una persona accidentada, con hemorragia, la llevaran a un hospital y le extrajeran sangre.

Pichon decía que, en las primeras veinticuatro horas, se define el destino del paciente, pues si es contenido y acompañado en el delirio por un terapeuta de crisis, el paciente sale del brote y vuelve a la realidad.

Cualquier crisis, aunque sea neurótica, tiene dos síntomas que son fundamentales: soledad y paralización de la temporalidad. Veamos un caso: nos separamos traumáticamente de nuestra pareja, es domingo, son las seis de la tarde, entra esa melancólica luz amarillenta... y tenemos esa sensación de que el tiempo se ha paralizado y estamos absolutamente solos. Ese es el momento en que perdemos el contacto con el otro, ya que no podemos hacer un proyecto si no es con otro, no podemos hacer proyectos con nosotros mismos, sino en una tarea con otro, el único proyecto con nosotros mismos es el delirio psicótico.

Por eso, la pareja es el primer proyecto, y la separación es esa sensación de vacío, porque el otro se fue con la otra mitad del proyecto.

Respecto a la depresión, nuestro tango transforma en poesía esa situación. El pobre malevo está abrazado al recuerdo de la mina que se fue. Estuvo solo quince días con la mina y hace dos años que está sufriendo, abrazado a la guitarra, y en el conventillo pasa cada minón al lado de él, y el tipo no las ve porque es un depresivo.

Con Pichón estudiamos esto del tango y vimos que la mina, en realidad, era la madre, porque en la época en que apareció el tango, la generación anterior de los principales letristas había sido de inmigrantes, que habían soñado con «hacer la América», pero se quedaron pegados en los conventillos, donde había tuberculosis, prostitución, y eran muchos los casos de los chicos cuya madre tenía que trabajar y no podía estar con ellos. Había un abandono materno, y este era reeditado cuando la mina se iba, y esto daba lugar a un duelo patológico (el tango no es otra cosa que esto), porque habían sido abandonados por la madre, la única mina que no se puede sustituir.

También pesaba el destierro, para aquellos inmigrantes que habían dejado la patria, familia y amigos muy lejos. La enorme epopeya del tango es la elaboración de la pérdida del terruño y de la separación con la madre. Entonces ¿cómo se hace la regresión? Se hace con técnicas, como por ejemplo, el ensueño dirigido, que es una pequeña hipnosis en que la persona puede visualizar cosas muy viejas, porque tiene la protección del terapeuta y además lo realiza lentamente.

Este estado se obtiene por la relajación muscular, usando técnicas como el Entrenamiento Autógeno de Shultz. Esto se realiza sobre una cama, un diván, un lugar cálido y silencioso, y se logra un estado crepuscular de la conciencia, que quiere decir que se va relajando paulatinamente y llega a quedar en un estado de conciencia pre-onírico, cuando se está entre la vigilia y el sueño. El paciente está entre-dormido, pero como el terapeuta va acompañándolo, diciéndole por ejemplo, «¿qué recuerdos vienen de tus cinco años?», él puede decir: «Me acuerdo cuando iba con mi hermanita por una calle oscura y muy angosta, y había un nene que nos quería pegar y comenzamos a correr...» El terapeuta recurre a sus propias experiencias, para vivenciar una escena propia equivalente e identificarse con eso, y le va diciendo: «Tratá de detenerte, date vuelta, enfrentá al nene que te amenaza y preguntáale qué le pasa...» Con eso, el terapeuta le está

proponiendo que enfrente una situación. Seguro que este paciente consulta porque, siempre frente a una dificultad, tiende a huir. En realidad, el terapeuta, le da el coraje que no le dio su padre en la infancia.

Una vez tuve una pareja que me consultó, una situación casi absurda, en que él era impotente y ella tenía mucho temor a la penetración, una histeria con vaginismo. Venían a resolver la situación, pero en la segunda reunión decidieron no volver, y yo pensé que tenía algo de sensato no modificar las cosas, porque en realidad, lo mejor para un impotente, es una histeria con temor a la penetración, él no puede y ella no quiere. Esa pareja dura años, a veces hay una funcionalidad, si él resolvía la impotencia ella iba a estar en problemas, y si ella lo resolvía, peor.

Trabajando en un manicomio de Nueva York (el Brooklyn State Hospital), presencié las terapias de regresión, que por supuesto, se hacían con una droga, el pentotal, que era un recurso no subjetivo, sino químico; la psicoterapia norteamericana está basada en la conducta (conductismo) o en psicofármacos. A los soldados de Vietnam que se enloquecían porque habían matado población civil en una guerra muy sucia, y que venían sintiéndose asesinos, con permiso de matar, se les inyectaba pentotal para que hicieran la regresión al hecho traumático en el campo de batalla, y pudieran hacer la catarsis, especialmente en los casos de neurosis de guerra. Las terapias debían ser rápidas porque el soldado debía volver a Vietnam.

El síntoma es consecuencia de un traumatismo, que al no ser explicado, surge como una conducta conflictiva, como somatización o fobias. Porque el traumatismo, aunque lo neguemos, igual existió.

Imaginemos que tenemos un pescado podrido y decimos: «Yo lo voy a negar», levanto la alfombra y lo mando abajo; después hay una baranda espantosa, que sigue hasta que levantamos la alfombra, y lo sacamos... El síntoma es el olor de lo escondido, y nos indica que hay algo reprimido que hay que destapar (hay pescado podrido...)

Tercer paso Explicación

La explicación es organizar el Proyecto de Vida. Con la regresión, se encuentra la situación traumática y al sacarla a la luz, ponerla en palabras, se organiza el inconsciente, la imagen confusa. Si al tener una pesadilla y despertarnos angustiados la contamos a otro, se baja el nivel de angustia, porque al ponerla en palabras se domesticó la pesadilla, se la colocó en el circuito semántico de la cultura.

Una nena abusada está confundida porque el abuso generalmente es nocturno, en una zona corporal muy íntima y además muchas veces la madre es cómplice del abusador y le puede decir dos cosas: ¡Vos te lo imaginaste, no es así!, con lo que la nena queda confundida, o: «¡Vos lo provocaste!», con lo que la nena queda culpable. Entonces, si ella vivió una cosa y la madre le dice que es otra, entra en un estado confusional, por eso es muy importante que pueda relatar el hecho y quién lo escucha pueda ponerle en palabras lo que ella sufre, así organiza esta confusión. Si la chiquita no lo pone en palabras puede llevarla a actos auto agresivos, o en la edad adulta, tener perturbaciones sexuales invalidantes (como la frigidez o el vaginismo) o fobias.

La explicación es el tercer paso, se basa en que debido a que nos fuimos al fondo de nuestra historia, entendemos qué nos pasó. Cualquier síntoma siempre tiene una explicación histórica, quiere decir que algo pasó. ¿Por qué le tengo miedo a la oscuridad?, quiere decir que algo pasaba cuando era chico y mis padres apagaban la luz (tal vez discusiones ásperas, o una sexualidad violenta...) Con otras situaciones traumáticas aparecen otros síntomas, como impotencia, fobia o alergia.

Respecto del sentido de la historia, las preguntas son: ¿De dónde venís? y ¿adonde vas? Nosotros proponemos la estructura de la mente como un transcurrir entre ayer y mañana. Podemos pensar la vida como un viaje o, si no, como una película. Estamos dentro de una película que se llama «Mi vida»; en la que tenemos que actuarla, verla y dirigirla, y, además, hay algo bastante angustiante que es no poder salir del cine, a menos que destruyamos el cine (la mente) de un balazo.

Hice la prueba de empezar a ver una película de video desde la mitad; había una pareja que se estaba besando, pero yo no sabía qué sentido

tenía ese beso. ¿Era el beso de despedida, era el primer beso, o era un incesto? La imagen es la misma, y, sin embargo su significación tiene que ver con la historia anterior, porque la historia anterior define el acto. A lo mejor es el beso de Romeo y Julieta antes de morir, que es distinto al primer beso de una pareja, o es un beso adúltero, o un beso de traición. Para saber el significado debemos ver la película desde el principio y cuando llega a ese punto se puede decir: «¡Ahora entendí!» «¡Qué desgraciado, ese tipo, es un incestuoso!» o «¡Que boludo, no se da cuenta de que se va a ensartar con esa mina!», o «me enternece ese beso de despedida». Entonces, el tema es de dónde vengo y adónde voy, que son las dos grandes preguntas. El enunciado es sencillo, pero, a veces, para el paciente es difícil de encontrar de dónde viene y elegir a dónde ir. Ninguna operación terapéutica quita la desgracia, pero sí quita la confusión. Si a alguien se le muere un padre, puede creer que se va a morir también, pero hay que explicar que no, que va a sufrir dolor por el que murió, pero él quedó vivo. Cuando a un nene chiquito se le muere la mamá es muy útil que sepa que *ella* murió, pero que él quedó vivo, por que si no, él se confunde y puede suceder que se caiga por una ventana porque quiere acompañarla.

En la confusión aparecen caras de los monstruos infantiles. Siempre tienen algo que ver con papá y mamá, pero no es porque hayan sido malos, sino porque la responsabilidad es muy grande, y no todos podemos ser excelentes padres. Es muy difícil ser buen padre, porque a lo mejor el padre no se da cuenta, se va, apaga la luz y deja solo al niño, y éste entra en pánico.

Pero no es en términos de culpa que debe entenderse esto, sino en términos de que papá y mamá tenían que ir a trabajar y por eso el chico quedaba solo, y a veces no había luz, pero no era por abandono, sino por pobreza. A un paciente su padre le pegaba con un látigo. Entonces le dije: «Andá y preguntá a tu papá con qué le pegaba tu abuelo», y se entera de que le pegaban con una cadena, entonces puede entender qué le pasó al padre, con esos abuelos inmigrantes que venían de la guerra, que venían mal, y no podían ser excelentes padres, porque tenían miedo, porque se embrutecían trabajando demasiado o bebiendo...

Y al comprender se puede perdonar, diciéndole: «Mirá, papá, te perdono, pero yo voy a ser diferente de lo que vos querías. Yo voy a tener mi sexualidad y voy a realizar mis deseos. Yo comprendo lo tuyo, pero dejame hacer mi vida».

La explicación, permite organizar el proyecto de vida, y hacer un proceso en sentido opuesto al de la regresión, hacia la progresión, y que consiste en generar un futuro, para continuar esa historia que me empuja desde el pasado.

Pero, ¿con la explicación sola nos curamos? No. Hace falta un cuarto paso que es el cambio, llevar a la realidad ese proyecto. Si entendiste y no cambiás, sos un paciente esclarecido. «Sé todo sobre mi Edipo» (después de diez años de terapia) «y ¿te casaste?». «No, vivo con mi mamá». Entendió todo, se explicó todo, pero no creció, no pudo cambiar. Entonces es muy importante que tenga un proyecto de vida. La depresión es falta de un sentido de la vida. Decía Pichon que: «La muerte está tan lejos como grande es mi proyecto». Si el proyecto es pequeño, la muerte está ahí cerca. Hay gente anciana que percibe lejos a la muerte, porque está comprometida con el mundo, y hay adolescentes de veinte años que se quieren matar porque se perciben sin futuro.

El tema es que la esperanza de vida te aleja de la muerte, pero el proyecto no se puede hacer si no se arreglan los fantasmas. Se hace con lo que a uno le pasó; hay que deshollar la chimenea, para que después tire y remover esto que duele, como dolió cuando sucedió.

La comprensión del pasado sólo sirve si permite construir el futuro.

Cuarto paso Cambio

El último paso, el cambio, es: ¿Cómo lo hacemos? El paciente ya eligió el sentido de su vida y construyó su proyecto de vida. El paso siguiente es comenzar a realizarlo, es efectuar un cambio en su vida, que es salir de la paralización que genera toda perturbación psicológica. El proyecto siempre es con otro, porque esa trama en la que tiene que realizar su vida es una trama social, que fundamentalmente está sostenida por dos tareas, amar y trabajar, que se concretan en una estructura familiar y en una inserción o rol laboral. Pero como en toda perturbación psicológica hay distintos grados de desvinculación con la realidad, hay que ayudarlo en

su reingreso a lo real, a lo social, y acá es importante estudiar lo que podemos llamar las «estrategias posibles». Cada uno tiene recursos para organizar su vida cotidiana, su estructura familiar, y su habilidad para insertarse en la producción.

La enfermedad mutila el amor y el trabajo. La persona pide ayuda porque no puede hacer algo, y eso lo mutila en alguna función: no puede amar, no puede dormir, no puede tener una buena sexualidad, no puede despedirse de algo que perdió, algo pasa que nos paraliza y nos deja solos.

«Está bien, te pasó esto, ya entendimos todo y elegiste el sentido de tu vida. Pero ahora ¿cómo lo vas a concretar?, ¿cuáles son tus recursos de acción?, ¿cuál es tu escena deseada y cuál tu escena temida?». Los humanos podemos recorrer este universo buscando lo que deseamos y evitando lo que tememos. Esto es complejo, porque muchas veces, lo que deseamos, está impedido por lo que tememos, y a menudo, para complicar las cosas, lo bueno está debajo de lo malo y se generan conductas que se llaman *ambivalentes*, se ama y se odia a la misma cosa o a la misma persona.

Este último paso tiene que ver con la creatividad, el paciente debe encontrar nuevos modos de vincularse, de formar pareja y familia, nuevas estrategias para insertarse en lo laboral, en su rol social, y superar sus antiguos modos ineficaces de recorrer la vida.

Relaciones entre los cuatro pasos

El orden de los cuatro pasos obedece a un proceso, supongamos que eliminamos el primer paso, la contención: la exposición a las zonas dolorosas va a ser sin anestesia, sin protección del terapeuta.

Si también salteamos la regresión, vamos a obtener una explicación que no surge de su historia, estamos inventando nosotros la explicación de su vida, y no la historia vivida por él.

Si nos salteamos la contención, la regresión y la explicación y solo exigimos el cambio, es la imposición del conductismo, que es «adiestrar» al paciente a la salud prescripta, o lo más brutal de las terapias represivas: «Vos cambiás o te rompo la cabeza...», que son las terapias manicomiales. El precio de la salud es la exposición al dolor. Pichón decía que a la enfermedad se entra y se sale con lágrimas. Cuando vamos al dentista y nos duele una muela, le decimos: «Hágame sufrir para dejar de sufrir»

porque el dentista va justo a la muela que nos duele... Nos angustiamos para entender y dejar de angustiarnos.

La explicación se refiere a que la historia es comprendida, y se crea la expectativa de cómo seguirla.

El paso siguiente, la última etapa, el cambio, es seguir esa historia en el mundo real. Hay momentos en que, si la terapia no lleva a la realidad, el paciente está esclarecido pero sigue siendo paciente.

Toda terapia debe terminar en sesiones familiares, donde se presenta al nuevo «Pepito», que ya no es «el que se va a matar». Porque esta familia de depresivos había depositado toda la depresión en él y cuando le preguntan «Pepito, ¿cómo estás?», y él responde «La verdad es que estoy bien. ¿Y vos, mamá, cómo estás, que te pasás, semana tras semana, deprimida en la cama? ¿Y vos, papá, que sos un alcohólico...?» Y lo que hace Pepito es repartir la depresión familiar que le fue asignada sólo a él como chivo emisario. Además quiere ir a trabajar, para desconcierto de todos, ahí es donde el terapeuta tiene que apoyarlo, y ayudarlo a encontrar su reinserción en el trabajo, que es el camino para el amor y la familia. Cuando soñamos algo, no lo hacemos arbitrariamente, tiene que ver con lo que no resolvimos, lo que reprimimos. Si aparece un muerto, es por algo, tenés que conversar con él, mandarlo a la mierda o pedirle disculpas, según el personaje que representó en tu vida. Son los dos grandes temas que se tienen con los muertos: «Me cagaste la vida» o «Perdoname por lo que te hice». Con los muertos quedan cuentas pendientes. Los sueños son intentos de resolución, pero sin un terapeuta al lado que nos ayude, por lo que se está tan solo como cuando se lo vivió.

Lo que enferma es lo que no se entiende. En una película de terror, todos se asustan cuando hay bultos ambiguos en la oscuridad, pero cuando aparece la cara, por más horrible que sea, dicen: «¡Es Frankenstein!». Feo, pero conocido. Lo malo es no saber quién es, pero después, hasta nos podemos hacer amigos y tal vez conversar con él: «Vení, Frankenstein, a tomar un cafecito...», y seguramente, él pensaría: «¡No huye de mí!, no soy tan espantoso, a lo mejor quiere hablar conmigo...» entonces le das el cafecito y Frankenstein se pone a llorar, porque nunca le ofrecieron un cafecito para conversar.

Frankenstein, en realidad, es nuestro perseguidor, lo creamos nosotros, es el que cada uno tiene adentro de su historia. El paciente no puede hacerse amigo de sus monstruos estando solo, necesita al terapeuta para que acompañe, entonces él conversa con el monstruo interno y le dice: «Sos malo, me asustaste», o: «Me abandonaste...», y cuando lo ve de cerca, ve que tiene algo de papá o mamá. Y no es porque ellos fueron malos, sino que los padres tienen una enorme responsabilidad. Cuando somos chiquitos somos tan indefensos, tan dependientes, que cualquier maltrato nos crea un Frankenstein.

Cuando uno se cura, solamente se transforma en alguien más adaptado a la vida. Un obsesivo se transforma en un muchacho ordenado, una depresiva se transforma en una chica profunda y reflexiva, un paranoico, en un muchacho precavido; no cambiamos totalmente, la terapia no hace milagros, disminuye un poco lo que hace sufrir, lo que enferma, el exceso. Cada uno de nosotros tiene una locura distinta. La enfermedad es la exageración de la salud, es especializarse en algo: en miedo, en tristeza, en orden, etc. Y transformarnos en fóbicos, en depresivos, en obsesivos. La salud no es la perfección, una cara perfecta es lo más aburrido que hay, siempre la cara tiene imperfecciones, asimetrías, pequeños gestos extraños, y esa es la gracia, la singularidad, una cara perfecta sería una Barbie aburridísima. La salud no es planchar al otro, es sacarle sólo las arrugas más importantes.

Pero también las frustraciones en nuestra historia son necesarias porque crean vacíos en nuestro pasado que nos permite un proyecto, que es llenar esos vacíos.

A Adán y Eva les dijeron: «Pueden comer de todos los frutos, menos el del manzano» y empezaron: «¿Qué gusto tendrá, qué gusto tendrá...?», y entonces comieron la manzana y nos cagaron a todos nosotros (inventaron el pecado original...).

La prohibición genera el deseo, si el sexo fuera obligatorio, arruinaría todo el placer, sería como un trabajo.

De hecho... ya la vida nos frustra, nos deja agujeros, y esos agujeros nos llevan a recorrer la vida tratando de taparlos. Si una mujer de familia rica tuvo de todo, menos el cariño de su padre, va a buscar como marido a un hombre cariñoso aunque sea pobre; en cambio, una mujer que se

crió en la pobreza va a buscar un marido rico, aunque él no sea cariñoso, pero la saca de las humillaciones de su pobreza infantil.

A veces no es tan fácil que se produzca el cambio, en ese caso hay que ayudar un poco, buscar la estrategia posible para que la persona pueda salir. Tuve como paciente a un hombre gordo que era completamente fóbico: tenía cerca de 40 años y había salido pocas veces a la calle, la madre lo retenía diciéndole que afuera era peligroso. Trabajamos su historia y descubrimos que al padre lo habían traído muerto de la calle, por una pelea política, y la madre había quedado pegada a esa escena... En el trabajo terapéutico él entendió el origen de su fobia, pero a pesar de eso, no se animaba a salir. Como tenía una casa vieja en planta baja, le dije: «¿Por qué no ponés un kiosquito? Te quedás en tu casa, pero atendés el negocio». Así fue cómo empezó a relacionarse con los vecinos, aunque estaba siempre como una vizcacha, asomando sólo la cabeza, y ante cualquier cosa rara cerraba el kiosco. Seguro que nunca iba a ser un vendedor callejero, pero, al final, se casó con una clienta del kiosco, y llevaba una vida casi normal, charlando con uno y con otro... Era bueno el gordo... Pudo armarse una vida mejor cuando vio que el mundo no era tan peligroso como le había dicho su mamá, que no mataban a toda la gente, pero viviendo desde allí, la mitad adentro, la mitad afuera.

Después de casado, empezó a salir, pasó de ser un fóbico grave, a ser un hombre «muy casero», y eso fue el progreso que pudo hacer, hasta ahí lo pude ayudar.

Aún en patologías muy graves, siempre es posible encontrar modalidades de inserción en grupos con carácter familiar, que nosotros llamamos *familias ortopédicas* (en chicos de la calle, psicóticos externados).

En la otra función, el trabajo, para una reinserción laboral alternativa usamos el concepto de *funcionalización de la perturbación remanente*, que es, que en toda enfermedad grave, después del proceso terapéutico, hay un monto de perturbación que no se soluciona totalmente, y esto tendrá que resolverse creativamente. Para ilustrar esto, citaremos como ejemplos, un poco absurdos, el insomne como sereno, el claustrofóbico como vendedor ambulante o cartero (y el mitómano como político...)

La muerte y los duelos

Este tema es muy delicado, porque en nuestra cultura occidental es temido y negado. La muerte es considerada sólo un accidente inesperado que es necesario ocultar. Pero sin embargo es la que condiciona toda la vida, la creatividad, el arte, todo lo que hace soportable la circunstancia ineludible de la finitud.

Otro tema ligado a la muerte es el duelo de quien se queda, porque cuando alguien muere estamos obligados a elaborarlo. Recordar todas las circunstancias vividas con aquel que ya no está y reconstruir la historia del ausente. En adelante, a esa persona la guardaremos en nuestra mente y a esto se llama introyectar al muerto.

El pasado y el futuro son los dos espacios de lo imaginario. El pasado siempre es añoranza porque se nos va lo que conocemos, como por ejemplo, nuestro cuerpo chiquito de la infancia o nuestros padres. Siempre estamos perdiendo algo y tenemos que acostumbrarnos a ello y a despedirnos, o sea, a elaborar duelos, no sólo de las personas, sino de las cosas. El trabajo de duelo es una función básica. Un depresivo se puede definir como la persona que no aprendió a despedirse, a decir «Chau, mi cuerpo infantil» o «Chau, mamá». También hay despedidas extremadamente dolorosas, como ese chau que viene a contramano: «Chau, hijo mío». Tenemos que aprender esta ceremonia de la despedida, que es el duelo. He viajado mucho y a lugares extraños, he estado con indios en el Amazonas, en Estados Unidos, en lugares muy marginales como el Bronx y más tarde en la India. En estos lugares percibí las distintas formas de resolver los duelos.

El duelo principal es el de un vínculo y tal vez, el más doloroso, sea el de la pareja, que es muy difícil porque quedamos reducidos a la mitad, ya que nosotros existimos dentro del vínculo como una mitad. El vínculo es lo que da sentido a las cosas, por ejemplo, la casa donde vivíamos con la otra persona, el barrio, la confitería donde íbamos, todo pierde sentido sin esa persona. En los primeros momentos, el duelo se convierte en motivo de consulta al pedir ayuda psicológica, la muerte también es un momento agudo para el que queda vivo.

Conceptualmente, hay dos tipos de muerte: la inesperada y la anunciada. La muerte anunciada como es el caso de una enfermedad terminal, ayuda a la elaboración del duelo, la muerte inesperada, como un ataque cardíaco, por ejemplo, deja pendientes muchos diálogos y explicaciones que no se pudieron resolver y cuantos más sean éstos, más difícil será el duelo. En este caso, una forma de ayudar en terapia, al que hace el duelo, es evocar imaginariamente a la otra persona, generar las condiciones para que pueda dialogar con ese otro que tiene adentro, el que está introyectado en él. Así, podemos hablar con un padre muerto, un esposo o una esposa, porque los llevamos adentro.

Hay instrumentos para ayudar a hacer eso, como el «ensueño dirigido», donde el paciente está relajado, con los ojos cerrados, en un lugar muy silencioso y se le induce a que aparezca la imagen del ser querido desaparecido, entonces comienza un diálogo, a veces, con voz entrecortada, mientras el terapeuta acompaña, ayudando en ese difícil encuentro con el que ya no está, esto existe en todas las culturas, en todas hay rituales para hablar con los muertos, de una manera u otra.

Insisto: la elaboración de un duelo es la elaboración de una despedida, ya que siempre tenemos pendientes cuentas, reproches o perdones que no nos dijimos. Y si eso no se resuelve, el que murió queda vivo, como «fantasma», porque «está y no está».

Entonces, lo que hace el duelo es enterrarlo, ya que los muertos se entierran con palabras en el corazón, sólo el cuerpo se deja en la tierra. Simbólicamente, la losa del sepulcro tiene un significado antropológico, es algo pesado que impide que el muerto vuelva, porque en lo interno, el muerto vuelve si uno no lo elabora. Los cementerios sirven para que nosotros vayamos a visitar a nuestros muertos, si no, los muertos nos vendrían a visitar a nosotros.

Después de la muerte, el que queda, pasa por varias etapas. Primero viene la sorpresa o el desconcierto y luego la negación. Y esa negación termina recién cuando uno, dentro de sí, hace el trabajo de duelo, se despidе y construye imaginariamente a esa persona interna.

Por eso, todas las culturas tienen una ceremonia que es el funeral, en especial las culturas primitivas, más sabias y ecológicas, que tienen una buena relación con la muerte, mientras que las tecnológicas, como la

nuestra, tienen ceremonias muy pobres, muy breves, como para terminar pronto y olvidarse. Antes, el velatorio se hacía en la misma casa donde había vivido el muerto, eso era importante, porque era en esa casa donde no iba a estar más, esa escenografía permitía que la despedida fuera honda, permitía el llanto y que cada uno contara algo del «finadito», es decir, que se hiciera un *constructo* imaginario de esa persona.

Pichón daba mucha importancia a este tema de la muerte, era un «enamorado de la muerte», un melancólico grave, pero murió en paz, porque tenía muy buena relación con la muerte, cosa que tengo yo también, gracias a él (espero seguir teniéndola cuando ella esté más cerca...).

Actualmente, la familia va a una funeraria, y les dan, por ejemplo, el «3º B», un departamento anónimo (casi como un albergue transitorio para muertos). Los deudos no hacen nada, no participan como los de antes, que cavaban, construían el cajón, o tenían alguna tarea en la preparación del cadáver, como vestirlo o amortajarlo.

Aquí y ahora, todo lo hacen empleados que ni conocieron al muerto, luego los deudos están diez minutos, toman un cafecito y se van.

A causa de haber querido «hacerse el vivo» con la muerte, el que se queda no la elabora, y pasa años en el diván de un psicoanalista trabajando el tema en larguísimas cuotas.

En cambio, los llamados salvajes del Amazonas, cuando muere alguien, hacen unas ceremonias hermosas llenas de sentimiento y respeto. Hacen un lío bárbaro, se pintan con cenizas, se tiran al suelo, lloran días enteros, algo muy profundo. Antes de la semana, levantan al muerto, lo ponen en una canoa y lo empujan por el río, con comida y cubiertos, para que vaya a la ciudad de los muertos y al finalizar la semana terminan, se bañan y quedan en paz, porque pagaron al contado.

Esa es una cultura que elabora correctamente el tema de la muerte, mientras que la nuestra no lo hace bien. En realidad, los salvajes somos nosotros.

En la India, donde la vida y la muerte están muy mezcladas, he visto una elaboración muy importante. Dicen ellos que cuando uno muere en realidad empieza a vivir de otra manera. Un hindú me dijo (en un inglés hinduizado): «Ustedes los occidentales son ricos y nosotros somos pobres, pero ustedes tienen una vida, mientras nosotros tenemos muchas.» (y yo,

como occidental, me sentí pobrísimo). Y es cierto, porque nosotros, con toda nuestra riqueza, no elaboramos el tema más importante, ya que si uno mantiene los brazos abrazando a ese muerto-fantasma, que está y no está, no puede abrazar al vínculo que viene después. Y esto vale aunque no haya muerte, porque si la niña que se hace grande no puede despedirse de papá, no puede recibir al marido, que será su nuevo vínculo profundo. Por eso, en algún momento, tiene que poder decir:»Chau, papá... hola, marido...».

Como se ve, los duelos están continuamente presentes en nuestra vida y si aprendemos a perder, aprendemos a adquirir. Este es un país que no aprendió eso, lo cual se ve claramente en nuestro tango, que es un duelo eterno, un duelo patológico con música. La mina se fue y el tipo está con la guitarra: «Percanta que me amuraste...» sin poder ver todas las percantas nuevas que lo rodean en el conventillo, porque tiene los ojos ocupados con la que lo dejó, de la que él todavía no aprendió a despedirse. El duelo normal, en algún momento se elabora, se deja de llorar, se retoma la vida y se supera la tristeza.

Pichón fue médico personal de Discépolo, que le contaba los secretos de cada tango que había compuesto, y con Pichón habían llegado a darse cuenta que el duelo de los tangos no es con «la mina que se piantó», sino con la madre que no tuvo en su infancia. En aquella época, en los conventillos, donde vivía la gente muy pobre, había mucha tuberculosis, desnutrición y muchos elementos que contribuían a dejar a los niños solos, es decir, era muy común el traumatismo infantil por abandono prematuro, que es muy difícil de elaborar, porque cuando se produce la pérdida muy temprana de una madre, ese duelo deja una experiencia de tristeza que no se termina de elaborar nunca.

En una institución psiquiátrica donde trabajé conocí a un paciente cuya madre se había muerto cuando él tenía cuatro años, su padre se había deprimido y él había quedado en un duelo congelado, lo cual le había acarreado trastornos de miedo patológico a la muerte, porque el padre no había podido ayudarlo a llorar. Uno de los instrumentos valiosos que la naturaleza nos dio es el llanto, que al ser convulsivo, relaja la musculatura, porque la muerte produce miedo-contracción, y como el

llanto afloja, lo que hay que hacer es llorar plenamente para aflojar la contracción muscular y disminuir la angustia.

Si no se elabora el duelo, es probable que se produzca una somatización, lo colocamos en un órgano del cuerpo, o sea que lo depositamos psicológicamente. Por ejemplo, alguien que tiene una madre agresiva, cuando ella muere, puede comenzar a sufrir de úlcera, porque puso a la madre en el estómago (madre-alimento), es decir que la introyecta sin elaboración dialógica. En este caso la terapia es ayudarlo a ir hacia atrás, al momento de la separación, para poder resolver las situaciones conflictivas con esa madre, y lo curioso es que esto se puede hacer aún después de mucho tiempo, con instrumentos que nosotros llamamos «máquinas del tiempo», que son el psicodrama y el ensueño dirigido, que permiten revivenciar con toda la conmoción emotiva, aquel traumatismo de desencuentro, de preguntas, de reproches y poder «pagar» aquella cuenta de dolor que teníamos pendiente.

Cuando yo era chico, la ceremonia que rodeaba a la muerte era imponente, siniestra, como siniestra es la muerte: se realizaba en la casa, inundada de coronas que daban ese inconfundible olor a velorio, se usaban carrozas enormes con caballos negros y participaba todo el barrio. «¡Se murió doña Pepa...!» y todos iban y los deudos lloraban abiertamente con los demás en una ceremonia de llanto y abrazos compartidos. Luego se llevaban el muerto, se hacía el entierro, se limpiaba la casa y con esta ceremonia grupal se había exorcizado a la muerte.

En cambio, nosotros, como ya dije, en las grandes ciudades, vamos a esas casas velatorias asépticas y burocráticas y en un ratito liquidamos todo, y volvemos a nuestro departamento donde el muerto va a estar presente en cada rincón que compartimos con él, porque no hubo una ceremonia que permitiera la despedida en el escenario de la vida cotidiana. Engañar a la muerte sale caro.

Otra situación siniestra que solía darse antiguamente: moría un niño y el médico recomendaba a la madre que tuviera otro hijo y a éste, muchas veces, le ponían el mismo nombre, con lo cual el niño debía cargar con el fantasma del hermanito muerto.

Trabajando en EE.UU. con mi profesor, el doctor Angel Fiasché, me contó el caso de un niño que decía que, de noche, veía un esqueleto que

se le acercaba, con lo cuál se pensaba en un proceso esquizofrénico. Investigando a la familia, había descubierto que era el caso que mencioné antes, y que la familia había querido sustituir al muerto con ese niño, creyendo así, engañar a la muerte. Entonces, Fiasché les dijo a los padres que tenían dos caminos: o elaboraban el duelo de ellos con aquel nene muerto, sin hacer la trampa de usar al niño vivo como sustituto, como un clon, o tendrían un hijo esquizofrénico. Y lo que el niño decía con esa alucinación del esqueleto que veía a la noche era «Ese cadáver no soy yo», o sea que, con la alucinación, se sacaba el esqueleto de encima. En última instancia, el niño «deschavaba» la trampa de los padres.

Un pueblo que resuelve bien el tema de los duelos es un pueblo más sano, pero para eso tienen que estar todos juntos. En Bolivia, las ceremonias son fuertes, con esa concepción indígena que es mucho más sabia que esta cultura nuestra tan injusta, tan enferma y que produce tanta soledad. En ciudades como Buenos Aires, hay millones de personas solas en la selva de cemento, encerradas en sus departamentos, absorbiendo la papilla virtual de la televisión.

Tenemos que recobrar la cultura criolla que es más sabia. En el campo, cuando alguien muere, de entrada, le dicen cariñosamente «el finadito» y hablan durante un tiempo de que el finadito hizo esto, hizo lo otro. En los velorios, siempre «el finadito era bueno», porque el duelo consiste en introyectar al muerto, es decir comérselo según Freud, y nadie quiere comerse un finado malo que luego «le retuerza las tripas». Esto es exactamente lo que pasa cuando los conflictos pendientes, no elaborados con el muerto (culpas, reproches, rencores, etc.) producen somatizaciones gástricas (úlceras), genitales (impotencia), respiratorias (asma), etc.

Hay un tema que nos defiende de la muerte, y es el amor, es lo único que puede enfrentar a la muerte. La muerte y el amor son antagónicos, lo cual tiene que ver con que yo existo porque otro me mira, y si ya no me mira yo no existo más. Además, yo no muero del todo, si alguien me recuerda. En Madrid leí el lema de un escudo que decía: «Vivir se debe de tal suerte, que vivo se permanezca en la muerte.»

Recuerdo que, una vez, unos alumnos me trajeron a su madre, viuda recientemente. Era una señora muy razonable, pero que en ese momento, se había obstinado en que no quería enterrar a su marido fallecido

repentinamente (de un ataque cardíaco en la calle). Quería conservarlo con el cajón sobre su cama haciéndole una ventanita en la tapa para poder verlo. Charlé con ella, muy calmadamente, y le dije:» ¿Para qué querés tenerlo en el cajón? No te va a servir para nada, porque enseguida se va a empañar el vidrio por dentro y ni siquiera vas a poder verle la cara. Además, va a ser todo un engorro administrativo». La clave de esta necesidad extraña, me la develó ella misma: «Durante treinta años, nosotros hablábamos largamente antes de dormir. Y ahora, ¿cómo hago?». Entonces le pregunté: «¿Tenés un buen retrato de él? Bueno, hacele un lindo portarretrato y ponelo sobre la mesita de luz, y todas las noches podés hablar con él. Al cabo de un tiempo, ni vas a necesitar el retrato, porque lo vas a tener adentro de tu corazón». Es decir, que lo iba a introyectar (parece que la terapia fue demasiado exitosa, porque al cabo de un año, se volvió a casar...).

Algunos dicen que al producirse un vacío, sobre todo en una separación no deseada, como la muerte, es necesario tapar de algún modo ese agujero. Yo pienso que sí, pero primero resolver el duelo, despedirse del que se fue y estar preparado para recibir al que viene.

Es muy peligroso sustituir, porque se le va a pedir al nuevo que sea el otro, y como no es el otro, esto va a llevar a la frustración del «no sos el que yo pensaba...». Esto pasa muchas veces en las sucesivas parejas.

En la infancia, los duelos son muy difíciles para los niños pequeños. Cuando a los cuatro o cinco años queda sin padre o sin madre, si el que quedó le permite hacer el duelo, abrazándolo, haciéndolo llorar, no es tan patológico. Pero sí lo es, cuando el que quedó no puede contenerlo, el niño no puede llorar solo, necesita la contención de un adulto para apoyarse, para no desarmarse en el desconcierto.

Hay que llorar con otro, el duelo es un fenómeno grupal. En Estados Unidos la muerte está muy negada, y así les va... La despedida es mínima: van, espían de lejos y se van. Está mal vista cualquier expresión corporal y el llanto. Por eso las series norteamericanas están llenas de muerte, pero eso no sirve para elaborarla, porque en las películas siempre se mata al otro, nunca muere el protagonista, lo cual sí sería una elaboración, porque el espectador se identifica con el protagonista y con eso se

conectaría con su propia muerte. Pero en nuestra cultura occidental, negadora de la finitud, el tema de la muerte no vende.

Recuerdo que en una profunda crisis mía, en la que me sentía solo y viejísimo, de pronto me di cuenta que la muerte, en realidad, es una despedida de uno mismo, es «Chau, Alfredito..., tantos años acá adentro, hablando entre los dos... nos vamos a separar para siempre». Morirse es separarse de sí mismo.

Pero la vida es tan insolente, tan potente, que vuelve otra vez, porque el psiquismo tiene recursos de la cultura para asegurar le sobrevivencia del yo. La vida y la muerte deben coexistir, porque si no pensamos en la muerte no sabemos que estamos vivos y nadie está más contento y más vivo que el que alguna vez casi se murió.

Pichón Riviére cada tanto se moría, tenía un ataque y después resucitaba. Una vez me contó que los alumnos de su escuela le reprochaban el hecho de que no se muriera, que parecía que se moría y no se moría, y después volvía a la escuela y no les dejaba hacer el duelo. En uno de esos ataques en el que yo lo acompañé, estaba todo entubado, en el Hospital de Clínicas y le dije, repitiendo una broma frecuente entre nosotros: «Dale, Enrique, decí tus últimas palabras». El se corrió los tubos de la boca y dijo: «La vida... vale la pena vivirla». Ese día, que era de sol, yo salí a la calle y sentí que si él, que estaba allí, en ese estado, decía eso, yo debía agradecer el estar vivo.

Otra frase fundamental de Pichón era: «La muerte está tan lejos como grande sea mi proyecto». O sea, si yo no tengo una esperanza, un proyecto de vida, estoy muerto. Trabajo mucho con pibes muy pesados, pibes chorros, quienes dicen: «Yo sigo hasta que me bajen, porque estoy jugado». Es decir, yo ya morí, no tengo posibilidades de laburo, no tengo nada, estoy destrozado, la cana me busca, no me importa morir porque no tengo un por qué vivir. Y Pichón murió a los setenta años, joven como un muchacho, claro que a él la vida le había dado oportunidades y a estos pibes no.

En el fondo del manicomio habíamos hecho una comunidad con los compañeros internados, fue una experiencia muy combativa, en el tiempo de Cámpora y una vez, casi tomamos el hospicio. Era la República de los Locos, donde había dignidad para ellos. Al empezar la reunión

izábamos la bandera, cantábamos el himno, éramos ciudadanos y había que redefinir quién estaba loco y quién no, porque ya el guardapolvo blanco (el que usaba el psiquiatra) no servía para distinguir loco-sano. Por ello, los psiquiatras nunca llegaban al fondo, porque era *territorio liberado*. Y los locos, que antes parecían zombies, allí estaban vivos, habían revivido porque habían comenzado a dialogar y tenían un proyecto, que era construir el pueblito de la República de los Locos. Fue una experiencia hermosa, pero cuando vino la dictadura militar inmediatamente nos disolvimos, éramos considerados *subversivos psiquiátricos*. Cuando terminaba el proceso volvimos con la Cooperanza. Después hicimos el Bancapibes, con pibes de la calle, que llegaban con el alma congelada, y al construir entre todos una comunidad de tareas y afectos comenzaron a descongelarse, a querer la vida y ya no esperaban la bala policial como algo inevitable.

Haciendo el análisis del tango «Malevaje», vemos que habla del guapo que no tiene miedo de morir, que se juega todo. Pero que cuando conoció a una mina que «pasaba con un compás tan hondo y sensual...» el tipo se enamoró. Y luego se queja porque después de eso, había cambiado tanto que un día en que lo habían desafiado a pelear, había huido, no había querido arriesgarse a caer preso o morir, ya que eso le hubiera impedido vivir su amor. O sea, el amor nos hace querer la vida porque nos erotiza el futuro.

Víctor Frankl, un psicólogo que estuvo en campos de concentración, creador de la Logoterapia, una terapia de enfoque existencial, lo primero que les preguntaba a los pacientes que iban a su consulta era: «Usted, ¿por qué no se mataría...?» Y con eso lo obligaba a reflexionar y a enfrentarse con lo que le impedía querer morir, o sea con lo que lo ataba a la vida. Es decir, al paciente le hacía oponer la vida a la muerte.

Allá en la India creí adivinar que la muerte está incluida en la vida, tal como aquí en el campo, porque tienen una concepción circular de la existencia, mientras que nosotros tenemos un concepto lineal que niega el final, y por lo tanto nos aparece, a veces, la profunda inquietud frente a ese final ineludible.

Con el amor y el trabajo enfrentamos la muerte. Una vez le preguntaron a Freud qué era la salud y respondió: «Amar y trabajar». Con esas dos

piernas, yo puedo recorrer ese camino tan extraño que es el existir. Pero si me quitan el trabajo, como sucede con la desocupación actual, yo quedo rengo, y si con eso pierdo la familia, quedo tirado, entro en depresión y no quiero vivir.

Cuando hago un grupo con desocupados y me dicen «¿Qué hacemos, Alfredo?», yo digo: «Vayan a pelear, a protestar, a quemar... ¡Armen lío, muchachos!» Y eso les sirve porque les da un proyecto, aunque sea desde la bronca, porque si se quedan quietos se deprimen.

En el tiempo en que los jubilados iban a protestar al Congreso, yo estaba en relación con PAMI, y veíamos que los viejitos que se quedaban en casa tenían más problemas psicológicos que los que iban a pelear al Congreso, porque la pelea es vida, y la pelea puede ser de amor o de odio, que es *amor podrido*. Mi hijo, que es biólogo, dice que en biología hay una ley fundamental: «todo organismo que no está en conflicto con su medio, está muerto». O sea que la vida es conflicto, si peleo estoy vivo. No se puede hablar de la muerte sin hablar de lo contrario. Sabemos que el día es el día porque existe la noche, y sabemos que la vida es lo contrario de la muerte, a tal punto que podríamos decir que la muerte no existe, que es sólo la ausencia de vida. Si no fabrico la vida, sucede lo que hay detrás, la muerte. La vida es figura, la muerte es fondo, como en la termodinámica, que tampoco existe el frío, sino sólo la falta de calor. A veces, desgraciadamente, cuando el vínculo no es amoroso, la gente se une a través de la pelea. Si no nos amamos, nos odiamos porque lo que más tememos es quedar solos.

Las drogas y el alcohol son formas tecnológicas de tapar la muerte artificialmente. Yo he hecho la experiencia de consumir una droga psicoactiva que se llama «wachuma», en Perú, que los indios toman juntos y hacen un viaje hasta el principio de la vida, y también a los extremos de la muerte, allí me di cuenta de que estaba en el medio de algo, del existir.

En cambio, la droga que se está dando a los jóvenes es terrible. La cocaína es muerte, ya que induce sólo a la acción pero no abre la cabeza. Para los muy pobres, el Poxi-Ran o ahora el paco que les quema las neuronas y los mata en seis meses. Una vez le pregunté a uno de los chicos por qué se drogaba y me dijo:» ¿Qué querés, que me vuelva loco?... yo duermo

donde vos caminás». Era casi como decirme: «dame una casa y yo dejo el Poxi.».

Fui Director del Asilo de Mendigos de la Municipalidad de Buenos Aires. Claro, la única vez que acepte un cargo público fue en el lugar más marginal, como corresponde, ya que la marginalidad me atrae. Hay mucha vida dentro de esa muerte, hay mucha riqueza existencial. Un croto viejo me dijo: «Señor Director, usted habla de la psicología, pero, ¿usted sabe cuál es el diván de los pobres?: el cartón de vino, porque nos quita el hambre, el frío y la tristeza». Entonces, yo, ¿cómo puedo decirle a uno que está tirado bajo el puente «No tomés», si no le estoy dando comida, calor y contención? Y los pibes ¿por qué se drogan? Porque no tienen destino. Estamos haciendo un genocidio a futuro, porque los pibes son el futuro.

En la Argentina actual, estamos rodeados de muerte. El hambre y la miseria no se pueden aguantar, no se puede llevar la desesperación de un pueblo hasta tal punto, sin que suceda una explosión social, que termine con la injusticia. En los sectores pobres, donde el hambre hace estragos, sin embargo, hay solidaridad.

Estamos rodeados de muerte, sí, y por eso yo imagino que si la situación llega a ser totalmente inaguantable, esta etapa histórica tan dolorosa, de nuestra Argentina, puede terminar para dar lugar a un nacimiento. Pero el parto siempre tiene algo de sangre, que ojalá sea poca. Entonces, algo tiene que pasar, porque el hambre lleva a extremar los mecanismos de sobrevivencia y por eso no hay nada más peligroso, para un sistema corrupto, que un pueblo desesperado. Los pobres no van a aceptar su destino de marginalidad extrema, sino que van a dar batalla como históricamente lo hicieron pueblos como el de Francia, en la Revolución Francesa, que produjo tres hermosas palabras: libertad, igualdad y fraternidad, con las que se *quiso* fundar nuestro país.

Volviendo al tema de la muerte, cuando se muere un abuelo «tano», con toda la familia alrededor, es un mentiroso si dice que está angustiado, porque está rodeado de todos sus seres queridos, acompañado con abrazos y llantos. En cambio, en Estados Unidos, la muerte es espantosa, en terapia intensiva, solo, en medio de toda esa tecnología deshumanizada.

Quiero terminar con algunas recomendaciones para operar frente a una propuesta suicida.

Recuerdo un suicida, en una institución donde yo trabajaba, que quería tirarse desde el décimo piso y yo no sabía cómo hacer para que tomara conciencia de lo que se proponía. Entonces le dije «Mirá, si vos te tirás desde el décimo ¿qué pasa si en el quinto te arrepentís?» y allí vaciló porque se enfrentó a una duda, tomó conciencia de lo irreversible de lo que quería hacer y al dudar, me dio tiempo para engancharlo y tironearlo nuevamente hacia la vida.

Siempre que una persona, especialmente un adolescente, dice: «Me quiero matar» hay que escuchar otra cosa: «Ayúdenme a vivir, que solo no puedo». No es que *quiere irse* de la vida, lo que no puede *es quedarse*. Cuando alguien se quiere suicidar le dicen «No te matés», y lo que hay que hacer es preguntarle por qué, porque así se le da la oportunidad de contar lo que le pasa, y al contarlo se vincula, y al vincularse se engancha en la vida otra vez. Decirle «No te matés» es una orden negativa, de rechazo, pero en cambio, preguntarle «¿Por qué te querés matar?» es una propuesta positiva, que lleva al diálogo, al encuentro.

El tema es qué hacemos con lo que perdemos y no podemos recuperar, pero que queda como fantasma. ¿Qué hacer con los fantasmas? Cada uno tiene sus fantasmas. *Las ceremonias del adiós*, son las que permiten transformar el conjunto de experiencias vitales que tuvo con otra persona en su historia. Esa historia compartida, es lo que hay que incorporar. Cuando uno pierde a alguien, lo que queda es el conjunto de recuerdos que tiene con esa persona, se va el cuerpo pero la historia queda.

Quedan los recuerdos y también los conflictos de los recuerdos. En las muertes que dan tiempo para que, por ejemplo, el padre enfermo y el hijo dialoguen en el marco de una terapia, en la que se puedan resolver las culpas y los reproches, se evitará que posteriormente los conflictos no resueltos produzcan patologías en el hijo. Es un trabajo conjunto de «ajuste de cuentas», pues todo vínculo es conflictivo. Esos diálogos de puestas al día de las cuentas, el pasado de facturas mutuas, son muy convenientes para que el moribundo haga el tránsito hacia su muerte con cierta paz, y la persona que queda viva lo recuerde mejor. Es el gran tema de las terapias terminales que ayudan a elaborar ese pasaje tan difícil que es

despedirse de uno mismo, que en los últimos tramos es de mucha soledad, porque se muere como se nace: absolutamente solo.

Lo que sucede comúnmente es que la persona muere sola en terapia intensiva rodeada de aparatos. Muere solo, sin una mano, una mirada que humanice ese espanto. Es de una crueldad increíble que a una persona se le postergue artificialmente la muerte, muchas veces sólo por rédito económico.

Si alguien tiene un accidente, es correcto que se lo ponga en terapia intensiva. Pero a veces a algunos ancianos los ponen ahí y mueren solos, no en su casa rodeada de su familia, como es el planteo de la filosofía de *cuidados paliativos*, que es acompañar y humanizar la muerte.

Violencia juvenil

El mundo cotidiano se está convirtiendo en violento, esta es una sensación que nos invade y nos causa inseguridad. Además, vemos que los jóvenes son más violentos que en generaciones anteriores.

Este estudio que vamos a desarrollar analiza las causas que permitirán entender este momento histórico, este cambio de valores, normas, mitos, que en conjunto, llamamos la crisis del fin del milenio. Sabemos que toda transformación profunda genera un período de anomia, una confusión de normas. Vamos a tratar de buscar las causas, para que resulten menos confusos estos tiempos que nos toca vivir.

Primero, comenzaremos describiendo las modalidades de violencia en los jóvenes. Vemos que es una cultura de acción, del movimiento, de la transgresión, los festivales rockeros son extenuantes, en el fútbol las barras bravas enfrentan a la policía, en el robo la nueva modalidad es el arrebato, cada vez es más común el uso de armas, la destrucción, en las escuelas irrumpe la violencia. A veces la agresión se vuelve sobre sí mismo y tenemos casos de suicidios, velocidades suicidas con motos y automóviles, y la droga es usada para la autodestrucción.

Nuestra hipótesis psicosocial es que todas estas conductas fueron aprendidas del mundo de los adultos y son consecuencia de factores condicionantes. Si recorremos los diarios podemos ver casos concretos: «...un chico de 14 años se tiroteó con la policía», «...pateó a su profesora en la cabeza porque no quiso tomarle examen», «...joven asesinó a su novia de 113 puñaladas», «...destrozados después de un festival de rock», «...la banda de SOPAPITA, un delincuente de 20 años con cuatro muertes, se enfrenta a la policía»... y así podríamos seguir leyendo los diarios, que cada día traen crímenes más primitivos e irracionales, muchos de ellos, protagonizados por adolescentes.

Con frecuencia descubrimos la violencia de los jóvenes, pero si ahora invertimos la mirada, vemos que los casos de agresión sobre los jóvenes igualan o superan la violencia de ellos: el gatillo fácil, el maltrato, el abuso infantil, los crímenes filicidas, como durante el proceso militar (la

mayoría de los desaparecidos eran jóvenes), y los chicos de la guerra de Malvinas, casi adolescentes, que pagaron con su sangre el error militar. En nuestra investigación hemos encontrado básicamente 8 factores que implicarían lo que condicionó que la juventud actual esté atravesada por la violencia y también por modelos de corrupción e impunidad que la llevan a la transgresión delincuencia:

1º) La crisis social: Toda crisis, o sea el pasaje de un tipo de sociedad a otra, genera confusión. A esta la podemos llamar crisis mutante porque se están modificando las normas y mitos básicos de la cultura en relación al sexo, la locura, la muerte, el tiempo, la familia y todo lo que organiza el sentido de la vida de cada persona. Esta cultura actual propone un modelo individualista competitivo, la identidad se define por el poder y el consumo. Es la ley de la selva y triunfa el más fuerte, los mitos son Rambo y los policías violentos. La soledad es consecuencia de la incomunicación, cayeron las ideologías, cayeron las ilusiones. Es difícil la configuración del futuro, es como una mudanza, todo está patas para arriba, pero esperamos que cuando lleguemos a la nueva casa (ojalá sea un mundo más justo y solidario) todo se vuelva a acomodar nuevamente.

2º) La historia reciente: La dictadura militar con el terror de Estado introdujo en la sociedad Argentina niveles de violencia y crueldad que impregnaron las fuerzas de seguridad. Las principales víctimas fueron los jóvenes (La noche de los lápices y Los chicos de la guerra). El abuso de la autoridad generó el deterioro de toda autoridad, completado luego por el indulto, que generó la impunidad para todo delito. En una de nuestras comunidades terapéuticas, un joven delincuente me decía: «Yo maté a uno solo y ellos (los militares) mataron a treinta mil, si ellos están sueltos, ¿por qué yo voy a ir preso?»

3º) La Desocupación: Los adolescentes tienen el mayor índice de desocupación, y sabemos que conseguir un trabajo significa poder luego formar una pareja, una familia. Si al adolescente se le impide entrar a la sociedad por la puerta, va a entrar por la ventana, es decir que la juventud, especialmente la de los sectores más pobres que no pueden estudiar, van

a buscar oficios alternativos de supervivencia, como puede ser el robo o la prostitución.

4º) La Corrupción: La delincuencia encubierta: negociados, estafas, corrupción policial, política y jurídica. Todo esto genera la frase «si todos roban, y además roban los que mandan, por qué no voy a robar yo...» Pensemos en el incentivo que tiene para los jóvenes la impunidad generalizada donde nadie va preso.

5º) Violencia en cine y televisión: En un estudio estadístico que realizamos, encontramos que haciendo zapping en televisión por cable, en una hora se podían aprender 32 maneras distintas de golpear, humillar, destrozar y asesinar a un ser humano (lo más grave es que el héroe triunfador no muestra ningún gesto de culpa). Algo que define claramente como es percibida la televisión por los jóvenes es una frase de un chico de la calle que nos dijo en el Bancapibes: «la televisión me enseña todo, en la tanda comercial me dice lo que tengo que tener para ser alguien y en la serie me enseña como conseguirlo...»

6º) Negocio de las drogas: La oferta de drogas comienza en la familia con los psicofármacos (la droga legal). El modelo cultural muestra que cuando mamá o el abuelo están angustiados les recetan un tranquilizante que tapa el síntoma pero no elabora las causas. Estos psicofármacos legales son los componentes de los cócteles (junto con el alcohol) en los primeros pasos de la adicción. Cuando la angustia a resolver por el adolescente crece, porque no encuentra salida a su vida, pasa a las drogas ilegales y queda atrapado por el proveedor, último eslabón de un multimillonario negocio que enriquece a poderosos personajes, policías y traficantes menores, a costa de la destrucción psíquica y orgánica del adolescente, principal consumidor. La droga compensa su sentimiento de indefensión y soledad en este mundo incomunicado e insolidario.

7º) Estructura familiar en crisis: Las imágenes de madre y especialmente de padre son fundamentales en la configuración de la

identidad del adolescente. Ese terremoto en la evolución humana que es la adolescencia, produce despersonalización, soledad y angustia.

Ya no es fácil la transmisión de experiencia de vida, no hay figuras de identificación. Cada vez es más común en las familias disgregadas el alcoholismo y la violencia sobre los niños como descarga de frustraciones de los padres. El niño violentado se convertirá en un violento, pues aprende que ese es el modo de relacionarse.

8º) La etapa evolutiva: El ser humano pasa cuatro etapas evolutivas en su proceso de vida. En la adolescencia debe transgredir, debe ingresar a la realidad con energía, con acciones, debe comenzar a cambiar el mundo heredado, realizar la transformación generacional. Ya no es una época activa de la vida, y si le agregamos frustraciones, drogas, modelos de comportamiento agresivos, impunidad, etc., no nos podemos asombrar de que esta generación tienda a ser, especialmente en los sectores más agredidos económicamente, transgresora y violenta.

A veces en la historia, en las grandes crisis sociales, las generaciones quedan en distintas dimensiones culturales. Vamos a comparar el mundo actual de los adultos, nuestra cultura tradicional, con la cultura joven que irrumpe en esta época de fin de milenio (los dueños del 2000). Primero vemos que en el lenguaje adolescente ya se expresa algo respecto del corte de la historicidad, nos referimos al *ya fue...* que significa algo así como «borrón y cuenta nueva» con la herencia de la cultura por ellos llamada *careta*, denominación bien ganada por nuestro mundo de hipocresías y simulaciones. La lealtad al amigo y al grupo es imposible de quebrar, para ellos ser *botón* es el peor de los delitos.

La vieja lucha del feminismo es innecesaria, las costumbres, la ropa, los roles son equivalentes entre chicos y chicas; a veces, inclusive, la iniciativa erótica que antes era reservada para el varón, ahora es femenina. Las formas reprimidas de nuestra sexualidad tradicional son resueltas por los jóvenes mediante cierta espontaneidad en sus vínculos amorosos. Me acuerdo de un gracioso diálogo entre la madre y su hija adolescente:

- Hija, tenemos que hablar de sexualidad, pues ya tenés la edad suficiente.
- Bueno, mamá... ¿qué querés aprender?

Por último, hay una expresión de su lenguaje que para mí tiene que ver con la tolerancia hacia el otro: *si te cabe...hacé la tuya...*

No hay duda de que, a los tumbos y desprolijamente, están buscando crear ese nuevo mundo en el que van a vivir en el siglo que viene. Seamos honestos, aunque nos causen espanto y reprobación algunas de sus conductas, aceptemos que no son más que las que aprendieron de este mundo que termina su ciclo, hagámonos cargo de que lo que les entregamos a los jóvenes contiene bastante estupidez, crueldad, individualismo, corrupción y muy poco amor.

Las sociedades son como organismos vivos, que cuando se enferman, reorganizan sus defensas y se adaptan a las nuevas condiciones. La historia es pendular, toda crisis es oportunidad de crecimiento. Los adultos debemos aceptar que los jóvenes van a ser siempre los dueños de inventar la casa del futuro en la que vivirán.

La droga como síntoma social

La drogadicción como problema masivo aparece en un momento especial, luego de una secuencia histórica en la que los argentinos pasamos por una etapa de euforia, cuando el retorno de una figura idealizada de un líder popular iba a comenzar una era de grandes proyectos. Pero luego, comienza una época de violencia social que permite el golpe militar, con el que se abre una etapa de represión y terror. Al no poder éste sostenerse más, se llega a las elecciones, las que después de una corta euforia democrática, nos empantan en un país empobrecido y sin proyecto.

Pero este proceso histórico argentino se dio sobre otro proceso mundial que fue el proceso de masificación y tecnificación de la cultura mundial, especialmente de los países altamente industrializados.

La tesis de este artículo es vincular la solución drogadicta del adolescente, como salida de evasión a su angustia y confusión, que está incluida en la concepción tecnológica-farmacológica de la vida de la sociedad de masas. Y señalar que, especialmente el adolescente, no hace sino llevar más lejos una opción negadora de la problemática psicológica y existencial, donde una pastilla, un psicofármaco, sustituye un diálogo con otro. Es la estrategia del atontamiento químico para no enfrentar la superación de etapas vitales, las naturales angustias y contradicciones que permiten la maduración de un proceso de vida, es decir de un proceso de individuación que da sentido a la vida.

Existe todo un enorme aparato multinacional de los psicofármacos, de las bebidas alcohólicas y del cigarrillo, que induce al consumo de evasión, que lleva al encierro.

Decimos esto, pues cualquier droga no es ni buena ni mala en sí misma. Los pueblos ecológicos (mal llamados primitivos) incluyen drogas en sus ceremonias rituales de socialización, pero las usan como facilitadoras del acercamiento amoroso y solidario de la tribu y para enfrentar las incógnitas existenciales del hombre. Todo lo contrario es su uso en las sociedades tecnológicas, donde es un instrumento de evasión individual para quedar más solo y confundido, pues las

ceremonias dialogantes y solidarias están destruidas por el modelo social de competitividad individual, el anonimato de las masas urbanas, la fragmentación de roles y la comunicación intermediada por los canales masivos, que sustituyen el diálogo por la recepción pasiva de información.

El proceso de tecnificación de la cultura urbana va estructurando todos los niveles de la realidad, el hábitat, los instrumentos, el uso del cuerpo, los modos de comunicación, las normas de relación, de modo tal que va haciendo cada vez más difícil las interacciones cara a cara, donde una persona se compromete corporal, emotiva y dialógicamente con otra. Las interacciones son en la familia reducida, lo cual determina relaciones demasiado superpuestas, o en la calle con la masa anónima, donde siempre se testimonian como desconocidos, se ven mutuamente como anónimos.

La cultura tecnológica de masas, donde el estado va controlando cada vez más aspectos del individuo, ha perdido el espacio social intermedio entre el hogar (la familia) y la calle (el estado), que es el espacio comunitario de las instituciones de base, que son desarrolladas creativamente desde las personas. Solo existen las instituciones formales que son dirigidas y organizadas desde el estado, o grandes empresas anónimas donde no hay participación de sus miembros, por ejemplo: Escuelas, universidades, grandes clubes, etc. Ninguna de ellas permite expresar la singularidad de los grupos y las particularidades de ese momento social, con las preocupaciones y proyectos específicos de los que se compone el espacio comunitario de esa institución.

La identidad de una persona depende de su integración activa y dialógica en un grupo comunitario que supere su grupo interno (su familia). Este pasaje de la familia donde tuvo el rol de hijo, al grupo de pares donde va a encontrar su pareja y realizar su proceso de individuación, se llama el proceso de exogamia. Este proceso, en la sociedad tecnológica, está perturbado, pues el tejido social está destruido o controlado verticalmente por el Estado o por grandes empresas (donde quien decide, no forma parte de la comunidad). Esto

va creando el habitante-robot, que piensa y hace pasivamente lo que pensaron o decidieron otros, es el hombre programado.

La escuela, la universidad, la televisión, los medios, las grandes empresas de «diversiones», están sustituyendo los antiguos espacios de socialización: la cuadra del barrio (la solidaridad vecinal), las sociedades de fomento, y todos los grupos de creatividad, la «barra de la esquina», el café de barrio, las murgas carnavales, la parroquia y todas las ceremonias espontáneas (actualmente diríamos autogestivas) de los ibes, los adolescentes, los adultos.

En los jóvenes que tuvieron su socialización en los últimos veinte años, este proceso de lavado de cerebro fue más grave, durante el terror de estado. Los grupos de toda clase estaban controlados o prohibidos, y luego de la corta euforia de la apertura democrática se agudizó otra imposibilidad, la de encontrar inserción laboral, la desocupación, resultado del empobrecimiento (deuda externa, recesión) dejó una gran masa de adolescentes en situación de ocio forzado.

Cuando a Sigmund Freud le preguntaron: «Maestro, ¿qué es la salud mental?», contestó: «poder amar y trabajar»... esto es, poder tener vínculos de empatía e insertarse laboralmente. Pero ¿cuándo se puede cumplir con estas dos funciones? Cuando podemos dialogar, es decir, hablar, escuchar y contestar; cuando se cierra el circuito de la comunicación; no sólo cuando escuchamos sino fundamentalmente cuando nos escuchan y nos contestan, pues como dice Jean P. Sartre: «mi identidad es la contestación del otro, el otro es el testigo de mi singularidad». ¿Por qué decimos esto en un artículo sobre la drogadicción? Porque este tipo de sociedad tecnológica no asegura espacios dialogantes, la persona es bombardeada por miles de mensajes que se constituyen en una programación, pero la persona no tiene la posibilidad de contestar esos mensajes, los medios masivos no tienen vuelta, el televisor (como también la radio, el cine y la prensa) no tiene oídos, es como un manipulador que induce ideas y conductas pero que no recibe lo que cada mente procesa con cada mensaje, y sabemos que la identidad, la singularidad de un individuo, tiene que ver con su oposición dialéctica con el modo de contradecir,

transgredir creativamente el mandato dado. *Yo soy* porque opto por algo nuevo que me singulariza.

Y para finalizar este análisis, debemos dar la última etapa de este proceso de manipular, de programar habitantes anónimos, porque el resultado es la dificultad de crear un núcleo de identidad, un proyecto vital propio que dé un sentido a cada vida.

Los jóvenes, especialmente, pueden tener dificultades para organizar prospectivamente su percepción de la realidad. En cualquier momento el sentimiento de existencia pierde sentido y cae en la vivencia de vacío, de presente continuo, y esta sensación de conciencia detenida es productora de un gran monto de angustia, pues se configura como angustia de muerte. Este sentimiento de soledad es insoportable y cualquier cosa para salir de él es útil. Aquí, finalmente aparece la solución química-tecnológica, un procedimiento artificial para sentir que todo vuelve a moverse, lo que asegura la corriente de conciencia por la estimulación farmacológica, y con esto llegamos por fin a lo que queríamos señalar, que la misma sociedad produce la enfermedad: el anonimato angustiante, y la pseudo-solución: las drogas legales e ilegales.

Además cuando las condiciones sociales fueron de frustración e incomunicación menores, la adicción propuesta fue el alcoholismo (especialmente de los sectores marginados y empobrecidos). La droga (la cocaína) era una necesidad de los artistas, para estimular la creación, y en algunos niños bien hastiados de tanto ocio opulento. Pero cuando la situación social se torna desesperada (desesperada, sin esperar un futuro, un proyecto), la pseudo solución química-tecnológica se transforma primero en el «inocente» psicofármaco recetado por el médico (detrás están las multinacionales de la farmacología) y luego, como la crisis social aumenta, aparecen las ilegales (las multinacionales del narcotráfico) que tienen sus «tandas publicitarias» en las series policiales americanas donde el drogadicto es muchas veces un protagonista. O las empresas discográficas que especulan con violencia, sexo, droga y rock and roll y crean una cultura de idealización de la estimulación electrónica basada en el trance y la intensidad del sonido.

Si ahora agregamos otro factor que potencia lo anterior, que es el empobrecimiento y la desocupación, aparecen nuevos elementos. Uno, el no-proyecto individual, familiar y nacional que condiciona la inseguridad económica; otro, la destrucción familiar que produce la desocupación, especialmente en las clases marginadas (niños en la calle que recurren a los inhalantes de tolueno). Y finalmente, las formas marginales de combatir el hambre, que son el robo, la prostitución, y la mendicidad.

Nuestra experiencia clínica nos lleva a proponer una psicopatología mutante, es decir, cuadros nuevos que no son categorizables desde la psicopatología clásica (histerias, neurosis, melancolías, etc.) y que se emparentan con los antiguos cuadros borderline (los trastornos narcisísticos), pero que tienen características distintas. Las llamamos síndrome de la vida vacía, donde se vivencia una paralización del sentimiento de existencia. Y pensamos que muchas adicciones graves son un intento de salir de este estado de psiquismo.

Por último, haremos una aclaración respecto a la asociación droga-violencia que hacen los medios periodísticos (y que constituye también una «verdad policial»).

Nosotros pensamos que otra de las salidas del sentimiento de conciencia vacía (el síndrome de la vida vacía) es la acción, el movimiento; pero como el diálogo, el ida y vuelta de la comunicación, está roto, la única posibilidad de interacción es la acción en base a una proyección. Es decir, si no hay posibilidad de amor, pues para amar hay que conocer al otro, tener el placer de ser también reconocido y querido, entonces se consagra el odio como emoción (que es mejor que la soledad abrumadora) y aparece el espacio paranoide. Es decir, la violencia como salida del encierro paralizante. Si ataco, se me configura nuevamente un argumento vincular con el otro, ya que no estoy solo, existo frente a mi víctima.

¿Por qué decíamos que la violencia es otra salida bastarda de la conciencia vacía? Porque el tipo de personalidad básica que escoge la salida de la droga, es distinta a la que escoge la violencia. El joven que se droga generalmente tiene una personalidad esquizoide (se ve para adentro de sí mismo); en cambio, el que puede recurrir a la acción

violenta, tiene características epileptoides y psicopáticas, tiene el yo organizado hacia afuera y dificultades en la simbolización: no piensa, actúa, es el candidato a la página policial, muchas veces con agravantes sádicas y conductas irracionales. El otro, el esquizoide, es el adolescente que se «manda el gran viaje» con percepciones auditivas y visuales.

En comparación con esto, está el mundo de los alcohólicos (yo, como director del Hogar Félix Lora de la Municipalidad de Buenos Aires, tuve bastante experiencia con «grandes curdas»), donde se dice que alguien tiene «mal vino» y «buen vino». El primero, es el curda peleador, violento y peligroso, y el segundo es el curda charlatán, divertido, que termina dormido. Estas dos especies de alcohólicos no se superponen, se van a la violencia (hacia afuera), o se van a los recuerdos (hacia adentro).

Tampoco pensamos que se puede asociar siempre droga con violencia. Pero también aclaramos que en los violentos, en los delincuentes, la droga es un facilitador del asalto o del homicidio y aquí sí que corresponde la asociación violencia-droga.

En el otro tema del drogadicto que queda dirigido hacia sus fantasías y sensaciones (el que llamamos esquizoide), si sigue la escalada de la droga, llega una etapa en que transgrede (delinque), y es cuando se transforma en pasador de droga, al recibir como pago, parte de la droga que distribuye.

El docente en riesgo

El mundo ha perdido posibilidades de simbolización, es decir de acuerdos, de proyectos, que es lo que hace que el hombre sea distinto del animal. Es un mundo dessimbolizado, en el sentido de que vale más la acción que la palabra. La palabra está devaluada, nadie cree en ella, entonces lo que sucede son acciones agresivas, desconcertantes.

El humano pertenece a dos sistemas. Uno es el sistema del cuerpo y sus acciones, como pelearse, hacer el amor, el trabajo físico, son cosas que tienen que ver con los movimientos.

Las situaciones angustiantes muchas veces dan lugar, especialmente en la adolescencia, a un comportamiento donde esa angustia sale, se expresa a través del mundo corporal, sobre todo como violencia. La otra naturaleza del hombre es que tiene mente, capacidad de simbolización, son naturalezas, sistemas distintos.

Por ejemplo, el soldado está adiestrado para la acción: se le dice que no piense, es jodido pensar en un cuartel, no discute, no piensa, sólo hace.

En cambio la escuela es lo contrario al cuartel, es el lugar de lo simbólico, de la palabra. La palabra pertenece a ese otro aspecto humano que es la capacidad de intercambiar símbolos, de dialogar, de trabajar con abstracciones. A los maestros los mandan a la escuela como mandaban a los chicos a Malvinas, a pelear con borceguíes de cartón. La escuela está organizada para la transmisión y el aprendizaje de la palabra. Es un lugar donde la gente tiene que estar con el cuerpo quieto y la mente atenta, incorporando el mundo simbólico, el del pensamiento. En ese mundo organizado para lo simbólico aparece una población muy incluida en el mundo violento, cargada de acción, donde la palabra está devaluada, tiene otro tipo de interacción, como es la acción y expresa su frustración con la violencia. Al docente se le plantea una situación bastante difícil. Se me ocurre como broma escribir un artículo cuyo título sea «Técnicas defensivas de karate para defenderse de los alumnos».

El maestro se ve hoy incluido en un mundo desconcertante, un mundo que no maneja, porque está entrenado para el símbolo y no para la acción. Si en la escuela, que es el lugar de transmisión de lo simbólico aparece la acción, es algo que rompe. La acción en una escuela es como un zorro en un gallinero, se puede resolver, pero ya es un destrozo, porque hoy la escuela no usa los controles convencionales, por ejemplo tantas amonestaciones si el alumno contesta mal o tira una tiza al pizarrón. Las transgresiones más graves de antes, hoy serían inimputables: patear a una profesora en la cabeza, pelearse con cuchillos, matarse entre ellos, o no tomar ninguna de las instrucciones del profesor, él explica y ellos están conversando o haciendo otra cosa.

El docente está formado para una realidad en la que la escuela existe como espacio pedagógico, es decir, donde alguien viene deseoso de aprender los símbolos. Esa formación no ha sido cambiada, no le han enseñado karate psicológico como para poder manejar esto que pasa hoy. Llegan desarmados a la escuela, como los chicos que fue-ron a las Malvinas. Iban al frío a pelear con borceguíes de cartón.

Los maestros actuales están en una situación así. Están formados con unas normativas operacionales de 30 ó 40 años de antigüedad, donde las blancas palomitas llamadas por una campanita, entraban a la escuela para recibir el amor de la maestra. Bueno, hoy, las palomitas están todas revolcadas, sin plumas, la campana se la afanaron, y la maestra está con los pelos parados, desesperada. Creo que hay que ser medio héroe para ser maestro en estos momentos.

Si la institución escolar no modifica algunos de sus «modus operandi», no va a poder contener a una población de chicos que vienen violentos porque la sociedad se ha convertido en violenta. La sociedad entera ha perdido las ideologías y los ideales. Que se pierdan las ideologías en última instancia no es tan grave, pero cuando se pierden los ideales sí, porque son los que organizan el mundo simbólico, en donde hay metas. Si no hay metas no hay más que presente, y en el presente solo hay acción. La presentidad menemista era justamente muy eficiente, porque podía cambiar de un día para otro cualquier cosa que dijera,

porque «era pragmático». En realidad era una presentidad animal, sin recuerdos ni proyectos, que desorientaba a todos.

Ahora todo está armado en base a la especulación, al individualismo competitivo, que impide lo grupal, que impide lo esperanzado. Porque la ganancia no tiene historicidad, un billete de 100 dólares no es un proyecto, es una capacidad de canjearlo por un objeto pero no tiene que ver con la esperanza.

En este contexto, el Estado no toma en cuenta lo que significan estas condiciones difíciles y hace una reforma. Es el peor momento. Es como si en un buque en medio de una tempestad empiezan a cambiar los mástiles de lugar. Es absurdo pero le sirve al gobierno como una fantasía de que están haciendo algo.

Los chicos viven a los 12 años una época muy difícil, que es la irrupción del terremoto hormonal de la pubertad. De golpe el mundo imaginario infantil pasa a ser el mundo de lo real, de lo concreto; aparece la sexualidad como exigencia energética concreta. Antes de ese momento la sexualidad estaba a nivel de la libido, de lo imaginario, es decir, con el osito la nena se arreglaba, pero después de la pubertad aparece la presencia de lo real. En pocos meses el humano cambia de ese mundo mágico infantil, de lo imaginativo, del juego, al mundo de lo concreto, donde la sexualidad y las hormonas le exigen el contacto con otros. Es un momento de despersonalización, entra en el mundo de acción de la vida, es una situación muy brusca, que a veces los adultos olvidamos, porque fue muy traumática. Esa sensación de desconcierto, de haber aprendido todas las respuestas a las preguntas de la infancia y de pronto en dos, tres meses, nos cambiaron todas las preguntas, y con estas respuestas de niño, ¿qué hago?

Cuando estos chicos, inmersos en un país donde la palabra es devaluada y la acción valorada, atravesando el momento de despersonalización más traumatizante de toda su vida, entran a un lugar con un congelamiento de técnicas de hace 40 años, se les hace muy difícil de sostener esto, y los maestros no tienen defensas, a menos que se cambien algunas cosas. La escuela está indefensa, y el gobierno no lo quiere reconocer por una cosa muy sencilla, porque es el gobierno el que produce esa «presentidad» agresiva. No puede existir un estudio

honesto sobre esto desde el Estado, como no lo puede haber sobre los chicos de la calle, porque si se van a buscar las causas, éstas se encuentran en el sistema económico que destruye las familias, sistema económico que impone este gobierno. Entonces, Atilio Alvarez, el Secretario de Minoridad y Familia, sale diciendo que los chicos de la calle son consecuencia de las chicas de la calle que quedan embarazadas; es genial: nacieron de un repollo y se siguen reproduciendo, nada tiene que ver el sistema económico.

Sin embargo siempre se puede hacer algo. Lo principal es tomar conciencia de esto. No es algo que le pasa al docente sino que está metido en una trampa.

Lo primero que tiene que hacer es trabajar lo que se llama la contra-transferencia. Es decir, qué le pasa con la violencia. Le pueden pasar muchas cosas: quedar paralizado, volverse violento él también, se controla porque no les puede pegar al los alumnos, pero queda contraído; puede producirle tristeza, sensación de impotencia, de desvalorización por quedar desautorizado y deprimirse; quizás ponerse paranoico en el sentido de que lo van a agredir (por ejemplo tiene mucho miedo de que un chico lleve un cuchillo y eso condiciona toda la clase, llevándolo a ponerle notas altas a ese niño que lo puede agredir con una navaja), pero eso está en su mente más que nada.

Le pueden pasar muchas cosas. Lo que seguro le va a pasar es una situación de contracción crónica que se llama estrés, que le va a hacer reventar algún órgano, posiblemente la garganta. O le puede producir una situación de frustración grande, de confusión y hace lo que se llamaba antes un «surmenage». Ser consciente no significa que se modifique, pero permite ver cómo se trabaja eso. Además cuando se concientiza, eso que a uno le pasa, baja; no tomar conciencia de ello, hace que el síntoma crudo aumente su malignidad psicológica.

En síntesis que se dé cuenta qué le pasa con lo que pasa, para que no haga la misma estrategia que hace otra maestra, porque a ella le pasa otra cosa. Es tratar de saber qué me pasa al ver un chico drogado, por ejemplo, porque también puedo sentir impotencia exagerada. El consejo es tomar distancia, y evitar lo que se llama quedar pegado. Por ejemplo: hay una situación de violencia y de pronto siente que quiere retorcerle

el cuello. Darse cuenta, tomar distancia en el momento, se puede hacer y esto se llama disociación. Al mirarse a sí mismo pensar: «éste me está sacando». Verlo impide que se convierta en síntoma. Uno hace consciente lo que le pasa y aunque después sigue pasando, es de otra manera.

Recomiendo también que el docente vea la clase como un grupo, porque los que están en una clase actúan en estructura. Hay un niño que se porta mal pero hay alrededor quienes le proponen eso, o ese chico haciendo tal cosa consigue cierto prestigio en el grupo. El problema es que al docente le han enseñado a leer caso por caso. Caso por caso, manejándose con palabras, y buscando la conservación de lo dicho. Pero el aprendizaje es lo dicho, más lo que el chico propone, no repetición de lo dicho y sólo palabra. Los paradigmas tienen que ser grupales, incluyendo el cuerpo y la acción, más lo ya existente en el alumno. Claro... una maestra me va a decir «yo no soy especialista en grupos», pero hay que tratar de ver más el fenómeno grupal, ver cómo interactúan entre ellos, porque por allí hay líderes, que si se los capta, todos los demás van detrás.

Y después, por supuesto hacer interesante el tema de estudio. La idea es que responda a alguna necesidad de los chicos, sería pescar y trabajar con el deseo del alumno. Claro, es difícil, porque a lo mejor uno les pregunta ¿qué quieren hacer? y ellos dicen «nada...». Es trabajar con lo que le pasa al otro, no con lo que uno va a imponer, sino con lo que va a escuchar. Es verdad que los chicos están apáticos, es que están sorprendidos. Creo que ser adolescente en este momento es insalubre. Ser adolescente es entrar a un mundo que uno respeta. Pero este mundo no se respeta a sí mismo. Estamos en una crisis pero tampoco hay que desesperarse demasiado. Esto es importante decirlo porque una crisis es también un momento de cambio y yo apuesto a que el cambio sea para mejor.

El lenguaje de los chicos es la acción, yo lo he visto con chicos de la calle, que tienen muy exagerado ese modo de comunicación. Una patada según como sea dada quiere decir «andate», «quereme» o «esperá un cachito». El maestro ve sólo una patada, pero entre los chicos son acciones significantes. Entonces, es empezar a aprender también qué

quiere decir lo que hace, porque si sólo estamos atentos a la palabra, nos quedamos fuera del mundo simbolizante del chico, que son las acciones simbolizantes. Los primitivos, los delincuentes y los locos, tienen mucha interacción es base a actos. En cambio la maestra tiene una atención en la palabra, de pronto ve todo un precaos -donde hay, en realidad, formas muy primitivas de comunicación.

Es difícil pero por lo menos la maestra tiene que saber que eso tendría que saberlo y no lo sabe. Tendría que saber trabajar grupalmente, tendría que saber trabajar con lo que se llama su contra-transferencia, con lo que le pasa, tendría que saber trabajar con algo que tenga que ver con el mundo del chico, tendría que saber leer lo gestual. Y no lo sabe. Por lo menos saber todo lo que no le han enseñado y es específico para eso. La mandaron a pelear a las Malvinas con un rifle sin mira telescópica, de modo que tiene que acercarse a 5 metros para darle al inglés, con botas de cartón en un lugar de trincheras y agua. Que sea conciente que está peleando en muy malas condiciones desde la estructura y las consignas de las autoridades educativas, que son absolutamente inadecuadas, a-históricas, estereotipadas. Que sepa esto ya es importante, porque puede en algún momento sentir que es ella la que no puede. La situación que se está viviendo no es una alucinación del docente. Es una trampa real.

En una situación confusional como la actual es muy peligroso retirarse de la obligación de la escuela, que es generar un universo normativo. Exagerando, yo volvería a las amonestaciones correctas, la fila, el orden, porque eso genera como un universo ordenado en un momento de mucha confusión y desorganización. Es como un paciente, que cuando está en confusión se le dice «usted va a venir de tal hora a tal hora, va a hacer tal o cual cosa». Y no es autoritarismo sino que es reinstalar el mundo de la organización, porque la no organización es locura. En ese sentido estoy de acuerdo con que la escuela tenga una estructura normativa, flexible, interesante, que no sea antigua, con acuerdos de normas a cumplir, porque es psicológicamente protector, lo contrario genera mucha angustia. Lo que pasa es que la dictadura militar fue tan autoritaria y tan cruel que hizo confundir autoridad con autoritarismo. La autoridad es una cosa que organiza la vida, todo

organismo vivo, y una escuela es un organismo vivo, tiene que tener normas que hagan posible su funcionamiento. Lo que sucede es que después del proceso militar fue tan loco el poder, que quedó desprestigiado y desvalorizado todo lo que sea norma. Eso permitió toda la impunidad que sucedió después. Que se puedan matar a 30.000 personas y no ir presos hace que nadie más pueda ir preso por nada. Hasta que no vayan presos esos que mataron a 30.000, un tipo puede decir: «yo maté a 4 personas nada más, ¿me van a meter preso a mí?». Y entonces apareció la corrupción que es la de-sintegración social. Si cada tanto un juez es puesto preso, o la policía roba y mata, eso es algo paradójal; si me asalta la policía ¿a quién voy a llamar para que me defienda? ¿a los ladrones?. La escuela tiene que reorganizar. Reorganizar jerarquías que son, no por autoritarismo, sino por responsabilidad de experiencia. El que tiene más experiencia debe tener más responsabilidad en la conducción. Cualquier tipo de «laissez-faire» en este momento es muy peligroso.

Terapia y socioterapia en Cromañón

Este tema tiene mucho que ver con todo lo que yo he trabajado durante toda mi vida: la intersección de la locura con la pobreza. Porque más de la mitad de los pibes que murieron o quedaron afectados, los que quedaron desamparados, son de extracción popular. Recordemos que lo que pasó, pasó en Once, no en Puerto Madero, y los chicos no eran rubios de ojos azules. Sólo la enorme magnitud de lo sucedido los hizo visibles, a ellos y a la clase a la que pertenecen. Si hubieran sido unos pocos, no hubieran sido noticia.

El tema de los chicos secuestrados y muertos es también muy doloroso, pero en eso ya está Juan Carlos Blumberg para los chicos rubios, pero para los morochos no hay la misma sensibilidad ciudadana, a pesar de que hay muchos chicos que quedaron con lesiones delicadas. En esto se parecen a los chicos de Malvinas.

En noviembre y diciembre yo había sido convocado para trabajar con los familiares y sobrevivientes del incendio de un supermercado de Paraguay, el Ycua Bolaños. Realicé allá, para profesionales involucrados en salud mental, seminarios de terapias de emergencias, de crisis, y utilización de psicodrama, entre otras técnicas, para ayudar a los afectados en la elaboración de esas escenas tan traumáticas, esas vivencias desgarradoras. A pedido de ellos, volví a Paraguay para pasar Navidad con los familiares. Y, al día siguiente de mi regreso, por la noche, sucedió lo de Cromañón, a cuatro cuadras de mi casa. Me avisaron, fui enseguida, y allí ya estaba Carlos Sica, con el equipo EPS (Emergencias Psicosociales). Me dieron un guardapolvo blanco con la sigla del EPS, como el que usan ellos, ya que con eso teníamos acceso a todo, como los policías y los médicos. Trabajamos toda la noche, con todo el equipo del EPS.

Yo me quedé cerca de los treinta primeros cadáveres, porque era allí donde se producían las situaciones más dramáticas, ya que, el pariente, al reconocer el cuerpo de un ser querido, sufre el primer impacto, el shock, con una regresión tan aguda que presenta características casi psicóticas, y es allí donde se puede ser más útil, aplicando una técnica que nosotros desarrollamos, y que llamamos maternaje. En ese lugar, vi a

Carlos Sica y a su gente trabajar con muchísima eficacia en la maniobra de contención corporal, que es muy difícil, porque debe ser realizado en el momento justo, ya que si se hace un instante demasiado tarde, o demasiado pronto, puede ser rechazado. Casi podríamos hablar de la precisión de un «karate psicológico».

Esa noche aguanté hasta las 4 de la mañana, cansado como estaba por haber llegado hacía poco de Paraguay, donde había dirigido talleres de psicodramas de 8 horas, hasta con 20 familiares, especialmente de desaparecidos, porque los cuerpos no habían podido ser recuperados. Allá, yo no había estado en el momento mismo del horror, pero aquí sí. Al día siguiente, el 31 de diciembre, no paré en todo el tiempo, y mis amigos tuvieron que obligarme a descansar por temor a que me enfermara por mi edad. (Ya me alcanzaron los 73 años...)

Organizamos un equipo de ayuda al que llamamos Bancavida, y quisimos llevar ayuda a los que vivían en Villa Celina y Villa Lugano, pero la gente no se acercó. Esto constituye lo que los psicólogos sociales llamamos un emergente: suponemos que la imagen de un psicólogo clínico está asociada con la de alguien que interroga, y lo que menos quieren los chicos es andar respondiendo cuestionarios. Sus experiencias anteriores tienen que ver, generalmente, con interrogatorios policiales. También funciona en ellos un mecanismo de negación razonable: desvían la angustia y el dolor hacia la bronca y la exigencia de justicia. Pero si esto se prolonga en el tiempo, y no se elaboran adecuadamente el dolor y el duelo, las consecuencias pueden ser fobias, pesadillas, somatizaciones, etc.

En Paraguay, como el incendio ocurrió en un supermercado, y casi todas las víctimas pertenecían al mismo barrio, el apoyo mutuo funcionó mucho mejor, porque todos se conocían y ya existía una estructura comunitaria, lo que permitió organizar rápidamente la ayuda, entre los psiquiatras y psicólogos del Instituto Nacional de Salud Mental de Paraguay, y los coordinadores de las organizaciones de los familiares. Lamentablemente, aquí no se da esto porque las víctimas están diseminadas por todo el Conurbano.

Los chicos que siguen a Callejeros pertenecen a distintas clases sociales, pero los que ese día estaban allí, casi en un 60%, eran de clase popular.

Además, los chicos de nivel social y económico más alto ya tienen contención y apoyo psicológico, mientras que los otros no.

El Gobierno de la Ciudad ofreció ayuda psicológica en los consultorios de los hospitales, pero la imagen del psicólogo clínico o del psiquiatra, como ya dijimos, en general, es la de alguien que interroga o medica. No existe el «psicólogo contenedor» que les permita elaborar el duelo desde la cultura adolescente, y dentro de una estructura grupal. Tampoco está el cura, como está en Brasil o Paraguay, que llena el espacio de la contención. La Iglesia Católica en Argentina está separada del pueblo, lo que no sucede en otros países de Latinoamérica. Estos chicos quedaron solos, tan marginados como siempre. Y tampoco, aparecieron los organismos de Derechos Humanos (esto me dolió...)

Los chicos que hacen «la vigilia», para cuidar el Santuario, un altar donde las remeras y las zapatillas de los chicos, sacadas del boliche, se alternan con sus fotos, poemas, imágenes religiosas, dedicatorias y recordatorios de sus amigos y sus familias, están armando la Organización Autogestiva Popular, en Once. Son 20 ó 30 muchachos (algunos son voluntarios, aunque no estuvieron esa noche) que cuidan el lugar, y ayudan a los que van, porque allí se sienten más cerca de los que perdieron, se ayudan entre ellos. Pasan los días y las noches en carpas que ellos llevaron.

Ellos tienen bien en claro tres misiones, tres tareas fundamentales: una, cuidar la memoria de los chicos muertos, a través de organizar el Santuario, enriquecerlo con nuevas fotos, flores, ofrendas, objetos que traen los padres, dos, exigir justicia y castigo a los responsables de esta tragedia-masacre, y tres, contener emocionalmente a los familiares y sobrevivientes que se quiebran al llegar al Santuario.

En nuestra Escuela, que queda a 4 cuadras de allí, vienen a bañarse, a descansar un poco, a comer, a veces. Son chicos excelentes, que «curten un look hippie-cartonero», como dicen ellos.

La gran tarea del familiar y también del sobreviviente es realizar el duelo. Esto es imprescindible, porque «el que evita el llanto, después deja de reír», porque para no llorar hay que endurecer la cara, que luego te queda dura y no podés reír.

Si se niega la muerte, se niega la vida, y si no se elabora la pérdida, el muerto se convierte en un fantasma, se fantasmaliza. Y pueden aparecer

síntomas como fobias, somatizaciones, depresiones patológicas, y el mayor riesgo es que pueden darse conductas que a veces son riesgosas, como por ejemplo actitudes suicidas, como una forma de acompañar al que se fue, o bien quedarse congelado, que es como empobrecerse emocionalmente. Pero si se supera el tema de la muerte, el ser querido que se ha ido se convierte en un recuerdo profundo, que sigue vivo en el corazón.

Yo pienso que el duelo es simétrico y opuesto al parto: el parto, que es doloroso, es el pasaje de una persona, que está adentro, hacia la realidad, hacia afuera, y la operación contraria también es dolorosa, porque es hacer que alguien que está afuera, en la realidad, entre y se quede en nuestro corazón. Muchas veces, para esto se requiere ayuda terapéutica, porque tal vez entre el que quedó y el que murió existió algún conflicto que quedó sin resolver. Entonces, después del shock, es preciso lograr que el que se queda sostenga, en su mente, el diálogo de despedida en el que queden resueltas las diferencias que pudieron separarlos, situación ésta que es muy frecuente entre hijos y padres adolescentes.

En ese diálogo imaginario, el que quedó debe poder decir lo que no había podido decir antes, y también debe escuchar lo que no escuchó, en una despedida que no existió por lo brutal e inesperado de la tragedia, y que hay que realizar imaginariamente. En una separación, lo que cuenta no es el cuerpo, sino la historia que vivimos con esa persona. El cuerpo es el sostén de esa historia de vida, y la memoria de esa historia es lo que hay que incorporar.

Es muy importante elaborar el duelo por la pérdida brutal de la continuidad del proyecto de vida y de los sueños depositados en ese hijo y también hay que hacerse cargo de los sueños del hijo. Es necesario reestructurar el proyecto de vida de la familia; la vida debe continuar, porque hay otros hijos, y hay esposos y esposas que continúan la aventura de vivir. El dolor, en una familia, en principio, une, se tiene la vivencia de que se ha sufrido un ataque externo. En ese sentido, los padres se están uniendo a partir de la bronca hacia los responsables de la tragedia. Pero, en realidad, deberían unirse también desde el dolor compartido, para poder elaborarlo. Estamos organizándonos para trabajar con los padres, como lo hicimos en Paraguay. Tenemos que coordinar un grupo en donde cada

padre ayude a otro padre, porque es muy difícil ayudar a alguien en una experiencia que no vivió.

La muerte de un adolescente implica un hecho trágico. Todo joven que muere adquiere algo de héroe, porque su muerte es la interrupción en la mitad de la vida, y las frases que los padres dejan para sus hijos en el Santuario se dirigen a un ser idealizado.

Pensamos unir a los padres y trabajar en grupos operativos haciendo que el dolor circule de padre a padre y, al ser la pena puesta en palabras, pueda ser elaborado el duelo.

Esto puede hacerse también con el psicodrama, el ensueño dirigido, y otros elementos técnicos que permiten que ese proceso tan doloroso sea un poco más llevadero. Esta es la Terapia de Crisis, que fui desarrollando a través de más de cuarenta años de trabajar en la reparación de situaciones dolorosas.

Yo me especialicé en Terapia de Crisis porque, en nuestro país, no hay una concepción de emergencia en psicoterapia. Supongamos que en la medicina no hubiera una concepción de emergencia, y el médico tuviera que decirle al herido, en un accidente: «Vaya al hospital cuando le pare la hemorragia.»

En USA aprendí lo que allá se llama *crisis intervention*, y en Brasil *pronto socorro*. En cambio, en la Argentina, todos se llaman psicoanalistas. La facultad de Psicología es una fábrica de psicoanalistas, lo cual es útil, pero sólo para una parte de la solicitud asistencial, la de los pacientes con capacidad de simbolización, con patologías no agudas, que además necesitan del tiempo suficiente para establecer la transferencia (y el dinero suficiente para sostener todo este proceso).

Algo que impide operar en la crisis a la técnica psicoanalítica, es que en la terapia no incorpora el cuerpo y la escena, y recordemos que en la crisis el cuerpo también está captado por la situación regresiva. En este sentido, el psicodrama, es la técnica de elección porque trabaja con el cuerpo y la situación traumática histórica que se reactualiza en toda patología de crisis. El traumatismo, en los sobrevivientes de Cromañón, atravesó sus cuerpos, y quedaron impregnados por una escena terrorífica, que incluyó la vivencia de muerte. Por lo tanto, se debe trabajar esa escena

haciéndola revivir para que pueda ser puesta en palabras, y por lo tanto, elaborada.

La terapia de crisis se fundamenta en una concepción existencial, para la cual la salud depende de encontrar un sentido de la vida.

Cada generación tiene que escribir una página nueva en la historia y tienen que romper con lo anterior, porque si no, esa generación no hace girar la historia.

Nosotros no podemos defender el mundo que les dejamos. Los jóvenes están enojados con nosotros y tienen razón: les dejamos un mundo corrupto, sin proyecto, con una injusticia social genocida. Cuando decimos que los jóvenes no respetan las normas, ¿qué podemos decirles? ¿qué valores van a respetar?

La terapia de crisis opera con el psicodrama y el grupo operativo de Pichon Rivière, es el instrumento básico para elaborar catástrofes de este tipo, que son sociales y no individuales. En las catástrofes grandes se debe trabajar a nivel grupal, nunca individual, y especialmente con los jóvenes, que tienen una cultura grupal. Por eso, tratar a estos chicos individualmente es algo no sólo inútil sino iatrogénico, perjudicial, porque se los saca del grupo en que tienen estructurada su identidad.

Nosotros, en Bancavida, trabajamos con un esquema de tres momentos del duelo, y esto nos organiza los abordajes para ayudar a elaborarlo. Estos momentos son:

Etapas 1 Shock psicológico

La primera es de shock psicológico, el reconocimiento del cuerpo del ser querido produce una intensa regresión, se detiene el tiempo y el espacio. El psiquismo entra en un vacío insoportable. En esta etapa es necesaria una asistencia corporal basada en terapias psicodramáticas para que se restituya la percepción de la realidad. Luego, pasado el shock, se produce la catarsis de llanto y se abre la posibilidad de diálogo que permite socializar el dolor, ponerlo en palabras, poderlo transmitir y compartirlo (con-partirlo).

Etapas 2 Diálogo de despedida

Luego de varios días se entra a otra etapa que es poder realizar el diálogo de despedida que no pudo ser por lo imprevisto y brutal de la separación. Se emplean entonces técnicas que estimulan y acompañan el diálogo interior, que va transformando el vínculo real en vínculo subjetivo con el ser ausente. Es el momento de las frases que no se pudieron decir: «...*te quiero mucho y nunca te lo pude decir...*» o «...*perdoname por...*». Para esta tarea desde un caldeamiento grupal se utilizan objetos intermediarios, almohadones o *yo* auxiliares.

Etapas 3 Recrear la vida cotidiana

La última etapa es reconstruir la trama cotidiana reparando los vacíos que deja la persona querida en la vida diaria... en el almuerzo familiar de los domingos, en los espacios que se compartían, etc.

El dolor en esta etapa es ya más suave y lo normal es que al año se cumpla la tarea de duelo.

En el caso de duelos patológicos se va a requerir más tarea de ayuda desde una terapia de base existencial que restituya el sentido de la vida frente al tema de la muerte.

Los muertos no mueren realmente, siguen viviendo en el corazón de los seres queridos.

Antropología de los chicos de la calle

Sociopatología: El psiquismoacrónico

Primero vamos a dar una idea de la problemática de los niños en estado de abandono total, llamados *los chicos de la calle*. Estos no tienen ningún referente de hogar, viven en la calle permanentemente, durmiendo en estaciones o escondrijos. La situación es distinta para lo que, por otra parte, llamamos *chicos en la calle*, en este otro caso no hay abandono total, pues durante la noche vuelven a hogares que, aunque muchas veces conflictivos, actúan como referencia de identidad.

Los chicos de la calle son consecuencia de la destrucción de las familias más pauperizadas que terminan disgregándose. Estos chicos se juntan en grupos, bandas, que llaman ranchadas (del argot carcelario).

Como problemática psicológica y sociológica constituyen un fenómeno inédito, y no hay bibliografía de estudios y teorías sobre ellos, sólo observaciones parciales. Existieron los hogares de huérfanos, los reformatorios para transgresores, etc., pero nunca niños viviendo directamente en la calle, es decir en el lugar donde se transita, de modo que quedan físicamente, dentro de la sociedad, pero afuera socialmente. Es como si algo existiera pero no existiera y por añadidura se trata de niños, y la infancia es una etapa de la vida que está idealizada.

Aquí el mito de la niñez feliz se choca con la realidad negada. Esto genera culpa, piedad y rechazo en el habitante, y esas miradas atraviesan al niño, lo humillan y lo resienten.

Por otro lado, en una época de desocupación, los chicos de la calle constituyen una escena temida: terminar en la calle. Además, el chico de la calle es depredador, puede robarnos y nos da inseguridad.

Por todo esto, llega a ser una población percibida como un problema a resolver y pensamos que su resocialización, las teorías y técnicas a desarrollar, constituyen un desafío para los psicólogos sociales.

Como una colaboración a esta difícil psicoterapia y socioterapia, vamos a desarrollar especialmente el concepto de psiquismoacrónico – conciencia sin temporalidad – como concepto básico para entender la

cosmovisión de un ser que crece sin figuras paternas y sin un hábitat propio que sea integrador del proceso de vida.

La identidad precaria que puede construir está basada sólo en un estilo de acción, no en una historia; dentro de una ranchada juega como una pieza dentro del grupo de la sobrevivencia y adquiere un alias que es su nombre: Chapita, Pelado, Huesito... En general no tienen documentos, la figura de la madre es un recuerdo lejano y pocos conocieron al padre.

Si analizamos las características de personalidad que tienen, están definidas por: 1) la no historicidad (no memoria y no proyecto de vida) lo que llamamos psiquismo acrónico (cronos: tiempo), 2) lenguaje de acción, no simboliza sino que hace, la acción actúa como comunicación, 3) la sobrevivencia está basada en la mendicidad o pequeños robos (no tiene otra salida) y 4) consiguen alivio por drogas (especialmente pegamentos).

Si analizamos estas cuatro estrategias de sobrevivencia, vemos que para las condiciones de abandono extremo son cuatro soluciones correctas, terribles pero inevitables: acronicidad, para evitar la angustia de la muerte, porque no hay historia, por lo tanto no hay conciencia de finitud; lenguaje de acción, no hubo aprendizaje de la simbolización; violencia transgresora, el débil no sobrevive en la calle, y droga para no psicotizarse. Cualquiera de nosotros, en las mismas condiciones, llegaría a las mismas estrategias de sobrevivencia (recordemos las experiencias límites, por ejemplo, los uruguayos cuyo avión cayó en Los Andes sobrevivieron gracias al canibalismo).

Desarrollaremos ahora nuestro esquema técnico de acronicidad psíquica que nos va a permitir concebir luego técnicas de reintegración social.

El psiquismo existe como autopercepción de identidad si el yo se ve reflejado en la mirada del otro (del tú) dentro de un vínculo. Esto debe suceder en un campo de dos dimensiones: espacio y tiempo, es decir dentro de un hábitat e intercalado en una secuencia temporal. Dicho de otra manera, en un adentro, un recinto que recorta la escena y en un presente, que generando un corte en el devenir de sucesos defina un antes y un después –pasado y futuro-. La memoria se extiende hacia delante, se organiza una expectativa, un futuro, un proyecto.

El proceso temporal está asegurado y estructurado por la cultura a que pertenece el sujeto. Podemos decir que toda cultura asegura un sentido histórico a la percepción. Ver es ver en relación a un hacer. La conciencia es dinámica, no hay psiquismo sin lo que se llama «la corriente de conciencia». Salimos del caos primigenio de la percepción infantil porque las categorías de espacio, tiempo y lenguaje nos ordenan el proceso de vida, le dan un sentido de lectura a la masa de información que captan los órganos de percepción.

Es el sentido de historicidad del yo, constituido como memoria que se dirige hacia un proyecto. Es, de las construcciones de la cultura, la más compleja y tardía en el proceso de evolución del psiquismo. Es el sentido específicamente humano, el sentimiento de percibirse a sí mismo existiendo a lo largo de un proceso de vida.

En cambio, el otro parámetro tiene que ver con el espacio y con el vínculo de acción del hábitat (la territorialidad) y también una interacción organizada por códigos de estímulo-respuesta. Pero lo específicamente humano es la reflexión (disociación) por la cual el yo se auto-percibe a sí mismo. Para desarrollar esta etapa el niño debe pasar por las etapas de inclusión en la organización simbólica de la realidad, la frustración del deseo inmediato. Dicho en otros términos: estar sujeto a la ley del padre (en la situación edípica), poder simbolizar a la madre, porque el padre produce la separación de la díada simbiótica madre-hijo. En la depresión de la pérdida está el espacio de construcción de la memoria (recuerdo de lo perdido).

Antes de explicar algo específico del psiquismo del chico de la calle, necesitamos un último elemento de la teoría de la constitución de la identidad (el yo como resultado de una historia que se proyecta hacia adelante). Este elemento es el siguiente: el aprendizaje de la reflexión (conciencia de lo sucedido) se debe realizar no sólo con la inclusión del tercero, el padre, que frustra y crea la necesidad de representar la ausencia de lo no consumado, sino que todo debe suceder en un recorte del espacio (que en sí mismo es continuo e infinito), que se constituye como un adentro, un espacio de seguridad que permite la estabilización de las percepciones, un espacio mío, o más correctamente, nuestro.

Este recorte del mundo, esta territorialidad, es el hábitat familiar, o sea la casa. Acá llegamos a lo esencial que queremos demostrar y es que como lo dice el mismo nombre «chicos de la calle» ellos se definen por una característica específica: «viven en la calle», es decir no tienen casa o sea no tienen un adentro, quedaron «encerrados afuera». No tienen el espacio de la reflexión de lo sucedido.

Nosotros tenemos casa, hogares, salimos a la calle, nos encontramos con «los otros», nos ocurren emociones, situaciones que luego, al regreso a nuestro espacio privado, lo conversamos, lo elaboramos con nuestra familia y las experiencias más íntimas las re-pensamos, las re-vivenciamos en el espacio más íntimo de la persona: su cama. Nos podemos colocar en el espacio depresivo que implica toda elaboración psicológica, pues pensamos en lo sucedido que también es lo perdido.

Bueno, todo este proceso no existe para el chico de la calle, *el chico sin casa*, él está condenado a no poder construir su historia, a no poder tener el espacio de la intimidad, de la seguridad que le permite elaborar lo sucedido, es decir, construir su memoria. Está condenado al presente continuo, y la consecuencia para su psiquismo es todavía más grave: si no hay un pasado (una memoria) no se puede construir, anticipar un futuro, pues éste se hace con aquel, «futurando recuerdos», arrojando recuerdos hacia delante es que se construye el futuro.

Entonces, a los chicos de la calle se los condena al peor de los castigos: a no tener un futuro como un lugar donde se proyecta el *yo*, donde el *yo* «se esperanza», se percibe como continuando en una historia.

Esto es lo mismo que decir que la larga cadena de consecuencias que tiene el no tener «un adentro» con «su familia» (madre y padre) es finalmente no tener identidad constituida como ser histórico, como existente.

Pueden «vivir» pero no «existir», la filosofía existencial, que tomamos como base epistemológica, dice que «nosotros» somos lo que nos sucedió (nuestra historia) más lo que elegimos hacer con eso que fuimos.

Por eso decimos que la conciencia de todo marginado extremo, y el chico de la calle es límite de la marginación, es una conciencia a-crónica, viven en un eterno presente, y la percepción y los vínculos sólo los organizan

en base a la acción fáctica y no a la acción significativa, siempre en «un hacer» sin acceder a «un pensar».

Todo lo anterior configura la psicopatología del chico de la calle, pero más bien diremos su sociopatología, pues la verdadera razón no está en el chico (él es sólo una víctima) sino en un sistema marginador que destruye el tejido solidario básico, consecuencia de la brutal injusticia social de esta sociedad caníbal que hemos construido o que aceptamos pasivamente. Sin embargo queremos dar el testimonio de que es posible la resocialización de estos chicos, que nuestra experiencia comunitaria, Bancapibes, Casa de Teresa, El matrimonio Barzotti, etc., nos demuestra su capacidad de transformación y aprendizaje.

Para dar una idea de las técnicas empleadas diremos que tienden a lograr el paso de la conciencia acrónica a la historicidad del *yo*, a que el grupo, la ranchada entera, pueda generar un proyecto grupal que configure una prospectiva de vida para cada uno. Al recobrar la memoria se genera la planificación, es decir la identidad en términos dinámicos.

En términos técnicos, los instrumentos para el pasaje del lenguaje de acción al lenguaje simbólico son en primer término el psicodrama (especialmente la figura plástica) con la técnica de grupos operativos para la elaboración, todo inserto en el modelo de Comunidad Terapéutica alternativa y autogestiva.

Socioterapia: Construcción de la historicidad

Nosotros no hablamos de re-habilitación social de estos chicos por algo muy simple: ellos nunca fueron «habilitados» en la sociedad, nunca se les dejó entrar, viven afuera, en los intersticios de la sociedad. Por eso la tarea que realizan es, por primera vez, la entrada en el mundo simbólico de la palabra como instrumento de la memoria y la planificación (el recuerdo y el deseo).

Como todo planteo terapéutico incluye una filosofía o ideología del ser humano, vamos a aclarar que nuestra propuesta tiene que ver con la elaboración de las experiencias vividas para que éstas adquieran sentido y armen un proyecto de vida, desde la elección vital del paciente, ayudarlo

a parirse a sí mismo, a elegir su vida. Esto es opuesto a las formas represivas en salud mental: «vos serás como nosotros queremos, o serás castigado...» (hospicios, reformatorios, etc.). También existe una forma suave de llevar el tratamiento al mismo final, son las formas adaptativas: «vos serás como nosotros queremos, porque es más civilizado ser así... (escuelas y demás rehabilitaciones sociales).

Pero lo esencial en la socioterapia de los chicos de la calle (que también incluyen a púberes y adolescentes) es que recobren la organización prospectiva de la vida, el tema del deseo y la esperanza. Esto está muy destruido en este sector social.

Para dar una idea del sentimiento de presentidad fáctica (vivir el presente y nada más, un mundo construido sólo desde la acción concreta), una frase muy común entre los chicos de la calle es «yo ya estoy jugado...», lo dicen en el sentido de «la suerte ya está echada, los dados cayeron mal, ya estoy muerto». Es como vivir un sobretiempo, una sobrevida sin otro sentido que el que da cada instante.

Cuando ya tienen conflictos con la policía (imposible no tenerlos viviendo en la calle) ellos agregan: «yo sigo hasta que me bajen...» es decir, hasta que lo maten, ese chico no siente angustia anticipatoria, porque para él no hay futuro.

Ahora, ¿por qué describimos este sentimiento? Porque justamente la terapia va a tender sacarlo de ese presente fáctico y permitirle construir la historicidad.

A continuación daremos una idea de nuestra experiencia de incluir a estos chicos en la estructura social (que a pesar de no ser muy recomendable, es mejor que vivir en la calle).

Empezamos contando las tres etapas del Bancapibes. En la primera, Alicia Salas, (una psicóloga social de la escuela de Psicología Social Pichón Rivière) comenzó el trabajo de campo, de contacto persona a persona con los pibes de la ranchada (grupo para-familiar, en el lenguaje carcelario) de Plaza Once.

Durante meses, especialmente durante la noche, comenzó a ser un referente vincular, además, al proponer los encuentros en el mismo sitio de la plaza, un lugar con características de un adentro, con cierta intimidad, comenzó a configurar, muy borrosamente en esta primer etapa, los dos elementos

faltantes fundamentales en la construcción de la realidad del chico: la mamá y la casa.

Como los encuentros se repetían, poco a poco se fue configurando una secuencia temporal, un embrión de historicidad que es el tercer elemento: el tiempo, trama que luego en las otras etapas fuimos tejiendo pacientemente, pues apoyándose en esa trama temporal es que el pibe puede memorar, reconstruir su historia y planificar su vida.

La segunda etapa se dio cuando, ya generado el vínculo, los pibes son invitados a pasar los domingos en el edificio del Bancadero (enorme casona de principios de siglo). Allí es la etapa intermedia, cuando los chicos se van acostumbrando a usar una casa, a concebirse psicológicamente en un adentro. Si se saltea esta etapa intermedia y se hubieran llevado a los chicos, desde la calle a vivir permanentemente en una casa, no pueden integrar su vida anterior y se escapan, ya que se sentirían encerrados (como pasa en muchas experiencias estatales pues no se respetan los tiempos del chico).

Los domingos, los pibes empezaron a aprender a vivir en comunidad (eran entre 20 y 30) por turnos hacían la comida, la limpieza, los deportes, se lavaban la ropa. Era obligatorio asistir a la Asamblea de Comunidad de dos horas de duración. Allí, cada uno hablaba y opinaba sobre los problemas que se producían en la Comunidad.

En el diseño organizativo de esta etapa, Alicia Salas proponía tres prohibiciones: no estaba permitida la violencia física, no inhalar pegamento y no robar. En un comienzo fue bastante difícil hacer que esto se cumpliera, pero cualquiera de las tres transgresiones hacía imposible la convivencia dominguera.

En la hora de Asamblea de Comunidad, se pasó de discusiones violentas, miembros silenciosos o caos dialógico, a intervenciones reflexivas, relatos de experiencias de sus historias y una planificación de los trabajos para el próximo domingo. Comenzaba el germen de un proyecto grupal, armado entre todos: El Bancapibes.

Cuando los pibes configuraron (prefiguraron) un vivir en una casa con una coordinadora que cubría la figura materna, se pasó a la tercera etapa: La Comunidad de Convivencia. Ya habían pasado más de dos años y en una reunión de la supervisión que yo hacía de la experiencia, le propuse

a Alicia el paso a la tercera etapa. Llevamos a vivir permanentemente a los chicos al edificio del Bancadero.

Se creo entre todos, en la Asamblea de Comunidad un reglamento: las «Normas de Convivencia». Esto termina de estructurar la vida cotidiana. Los chicos tenían figuras vinculares, Alicia con su equipo (maestros, psicólogos, amas de casa), como también su espacio propio, la querencia y los roles. Esto permitía tejer la una trama cotidiana, ya no eran chicos de la calle.

Toda esta aventura humana estaba llena de anécdotas, emociones fuertes y conflictos. Los chicos venían a veces en condiciones terribles, recuerdo, por ejemplo, que uno de ellos no se había sacado las zapatillas por meses (por miedo a que durmiendo se las robaran en el desamparo callejero) y se le pegaron a la planta del pie. Otros venían violados o lastimados.

A pesar de las dificultades, lo que nos daba siempre fuerzas para seguir (sin ningún tipo de ayuda de la sociedad) era la solidaridad intensa entre los pibes (en la ranchada se ayudaban unos a otros) y los esfuerzos que hacían para salir de la calle. Demostraron que, cuando tienen oportunidad, eligen la vida y no la muerte (en el Bancapibes no hubo más droga, ni violencia y no robaban cuidando el proyecto de todos).

Además de Bancapibes, la Casa de Teresa, el matrimonio Barzotti, Padre Eliseo, Andén 1, Pelota de Trapo y otras que, trabajando con muy pocos medios han salvado muchos pibes de un destino injusto y doloroso, demostrando que es posible su socialización.

Como tal vamos a enumerar los ocho puntos más importantes a tener en cuenta para un desarrollo comunitario según nuestra experiencia:

- 1) **SOCIOTERAPIA:** Quiere decir que centramos la tarea en lo psicológico y sociológico y aunque es esencial la casa (y también el taller) lo que buscamos es que el chico pueda transformarse en su concepción de la vida.
- 2) **COMUNITARIO:** Trabajamos sólo en grupos y a través de él con los individuos.
- 3) **ALTERNATIVO:** Propone soluciones nuevas, a veces insólitas, que replantean totalmente el problema.

- 4) **AUTOGESTION:** La tarea es realizada por el grupo conflictivo, desde sus intereses, el equipo sólo favorece y coordina las opciones hacia la vida (no se trabaja **para** sino **desde**).
- 5) **COSTO MINIMO:** Usamos infraestructura de reciclajes re-usando medios y espacios no utilizados por el sistema (el viejo y eficiente «estilo chacarero» de nuestra cultura rural).
- 6) **NIVELES MULTIPLES:** Terapéuticamente trabajamos con la acción (psicodrama) el cuerpo (Gestalt, relajación) y con la palabra (teorías de crisis). También son muy útiles Arteterapia (teatro, títeres) y Laborterapia (que luego da salida laboral).
- 7) **CULTURA NACIONAL:** Pensamos que todo rescate de la identidad pasa por rescatar anteriormente la matriz de la identidad cultural (esto vale especialmente para los grupos de alto riesgo). Hemos estudiado y utilizado ceremonias, roles, mitos de tres subculturas históricas argentinas: criolla (rural), arrabalera (suburbana) y rockera (urbana) que, además tienen que ver con tres grandes crisis sociales en nuestro país: 1860, 1930 y 1980. En los tres períodos hubo chicos de la calle y fueron descriptos por el arte popular: en el Martín Fierro (los hijos cimarrones) y en los tangos del '30 (el tema del abandono).
- 8) **EXPERIENCIA PILOTO:** Cada experiencia debe conceptualizar para desarrollar teorías que, llevadas a la práctica se confronten y se ajusten para crear tecnología social, especialmente en este tema de los chicos de la calle, donde por ser un problema nuevo (subproducto de la sociedad de masas y la injusticia social, que desintegra las familias más marginadas) no existen teorías fabricadas en Europa (simplemente porque no hay chicos en la calle, allá todos son ricos y felices gracias a nuestra deuda externa).

Los intelectuales argentinos no tenemos otro camino que darnos el permiso de pensar desde aquí para solucionar lo que pasa aquí. Es decir, ser productores de cultura y dejar de depender de los centros de poder, salir del papel de kelpers del pensamiento.

Los chicos y los oficios de la desesperación **LOS CHICOS Y L** Columna de opinión en Diario Clarín

Hay una enorme cantidad de chicos que no tienen ningún futuro. No van a poder trabajar ni estudiar, sus familias están desintegradas y el Estado los desampara o los maltrata. Entonces, muchas veces, estos chicos entran en los oficios de la desesperación como la prostitución y el choreo. Yo no digo «pobrecitos, son angelitos», digo que son inocentes de su origen y responsables de sus actos. En sus actos son feroces, pero hay que entender ese origen.

Cuando no se tiene perspectiva de futuro, no se tiene una identidad. El choreo es un rol en la vida, un lugar en el mundo frente al sentimiento de inexistencia que les da no tener ninguna posibilidad laboral.

Saben que la policía les tira a matar y por eso toman rehenes. Lo dice una canción del grupo Pibes Chorros: «Queremos a un juez, queremos a la prensa. Si ellos no aparecen somos todos boleta.» A mí, los chicos me dicen: «Yo sigo hasta que me bajen porque estoy jugado», y tienen catorce o quince años.

Quizás algo que se nota menos es lo que pasa con las mujeres de esa misma edad. Por cada pibe chorro hay una piba que entra en la prostitución, pero como no implican un peligro, no se habla de ellas.

La impunidad y la corrupción de arriba actúan como mal ejemplo. Los chicos me dicen: «Si ellos mataron a treinta mil, si vaciaron el país y no pasa nada...». Y lo que ven es que el pobre y honesto se murió de hambre. Que el viejo cartonea toda la noche por diez pesos y ellos *hacen* más dinero robando un par de pasacassetes.

Los chicos son emergentes de la crisis, es un precio que pagamos. Si tapamos las alcantarillas cuando llueve, no nos podemos quejar por la inundación.

Civilización y barbarie ¿cuál es cual?

Clase dada en la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo
*Publicado en Diario **Página 12** 13/07/01*

La Argentina se fundó mal. El Virreinato del Río de la Plata se creó para llevarse el oro de América a España; nuestro primer presidente, Bernardino Rivadavia siguió con la costumbre creando la primera deuda externa con el empréstito de la Baring Brothers y quedamos pagando deudas externas hasta hoy. Sólo vamos cambiando de dueño, ahora es el Fondo Monetario.

Existe una situación fundante equivocada, creemos que somos europeos pero estamos en el continente Latinoamericano. La escena inicial del fuerte Sancti Spiritu, Pedro de Mendoza y la empalizada que lo aislaba del entorno sigue presente, y hoy se llama Avenida General Paz. En aquella época, adentro estaban los blancos europeos y afuera los indios «en bolas y a los gritos». Hoy quedan afuera los habitantes pobres del Conurbano Bonaerense que están vestidos pero juntando bronca, y con ganas de traspasar la empalizada ancestral que divide Capital del Interior (y pienso que van a entrar.)

El nefasto, prejuicioso esquema sarmientino de Civilización y Barbarie supone como civilización la europea y como barbarie la cultura criolla, esto lleva directamente a la dependencia psicológica y cultural de los valores europeos, también prepara el sometimiento económico a los imperialismos de turno (Español, inglés y ahora norteamericano.)

Es increíble que el ideólogo de la educación de nuestra Patria haya dicho: «No ahorren sangre de gaucho que sólo sirve para regar la tierra». Pienso que se lo eligió justamente para que la cultura europea civilice a estos bárbaros o sea a los criollos, que nos hubieran podido dar el núcleo de identidad desde donde resistir la colonización.

Históricamente el conquistador español llegó junto con el sacerdote, esto no es casualidad ya que para dominar a un pueblo debe someterse no sólo su cuerpo sino también su mente. Los soldados doblegaban al indio, con la espada su cuerpo, y con la cruz su mente. Los sacerdotes le traían un

Cristo crucificado que inducía a la cultura de la culpa y el pecado, en lugar de la cultura indígena con deidades como la Pachamama, de la fecundidad de la tierra. La Virgen María es opuesta a la Pachamama. La primera representa la virginidad, el cerrarse sobre sí misma, la no sexualidad. La otra, la fecundidad, la multiplicación de los frutos de la tierra y lo grupal.

La cálida Latinoamérica en oposición a la fría Europa induce a la cultura tropical de la vida, en la geografía selvática el erotismo es parte de la Naturaleza, su música y su arte tienen picardía, sensualidad, con ceremonias festivas, con rituales de pasaje para el proceso de la vida. Todas las culturas indígenas son comunitarias, una tribu es una unidad de producción, el kibutz judío es copiado de los llamados pueblos primitivos. En el Altiplano la población tiene una gran pertenencia a la cultura incaica que les dio esa estructura vincular de ceremonias, de fiestas como los carnavales, la de los compadres, la de la cosecha, etcétera.

Las culturas de los Andes tienen fuertes estructuras familiares y comunitarias, más de la mitad de la economía boliviana pasa por la autogestión, por las empresas familiares, nunca puede ser globalizada porque está afuera del sistema de los gobiernos entregadores, es autogestión alternativa, es decir que se paran sobre sus propios pies, no dependen de lejanos imperialismos. En realidad, debemos aprender más de los bolivianos y de los brasileiros, no copiar modelos de los imperialismos que nos someten. Tal vez la explicación de esta adherencia a Europa es porque no tuvimos un basamento etnográfico autóctono porque nuestros indígenas tenían una cultura nómada y no muy compleja ya que la Llanura Pampeana no exige grandes esfuerzos para la sobrevivencia. Nos han podido someter debido a que jamás pudimos integrarnos a Latinoamérica, nunca llegamos a ser inmigrantes, nuestros abuelos terminaron como desterrados, exiliados nostálgicos. También debemos aceptar que ellos venían atraídos por la frase de Alberdi: «El país necesita brazos para la tierra» y cuando llegaron las grandes oleadas de inmigrantes encontraron toda la tierra alambrada, ya tenía dueño y terminaron hacinados en los conventillos. Venían a hacerse la América y quedaron pegados en la pobreza. Eso explica la naturaleza de nuestro folklore, el tango, el tema de la pérdida y la añoranza.

También nuestro folklore terapéutico, el psicoanálisis, logró un gran desarrollo en la Argentina: Hay más psicoanalistas en Buenos Aires que en toda Europa. La psicoterapia tiene la característica de alargarse como un duelo interminable. Esto ni el propio Freud lo proponía, el psicoanálisis argentino se contagió del tango.

Otra explicación de esta melancolía argentina se debe al aislamiento geográfico, vivimos en uno de los territorios más australes del mundo. La Argentina es lo que se llama en geopolítica una cultura de finis terre, o sea donde termina el mundo. Además estamos encerrados por una cordillera al oeste y por selvas al norte. Sólo Australia está en las mismas condiciones que nosotros. Diría que en realidad somos una isla que se desprendió de Europa, anduvo a la deriva y terminó encallando cerca de la Antártida. La solución tampoco sería volver a Europa porque allí seríamos discriminados como «sudacas».

Por otro lado, tampoco tenemos claras consignas de organización nacional. En la bandera de los brasileiros dice: «Ordem e progresso» y en el escudo chileno dice «Por la Razón o por la Fuerza», (una consigna un poco autoritaria para nuestro gusto, parecería de Pinochet...). Los norteamericanos tienen su lema en el dólar: «In God we trust», que quiere decir «en Dios confiamos»; eso está escrito en su billete, en realidad ese es su dios, creen en el sagrado dólar... que a mí me parece una deidad existencialmente pobrísima.

Si viene un extranjero acá cree que la insignia azul y blanca es una bandera de fútbol. En el único momento que se la usa es para alentar al equipo argentino en los campeonatos. Curiosamente no fue utilizada cuando traicionaron y vendieron el país.

Los bolivianos tienen normas comunitarias incaicas que respetan, los paraguayos muestran una cultura ancestral de raíces guaraníes. En cambio, la colonización española hizo tabla rasa con las culturas nativas de la llanura pampeana, convirtió al indígena al cristianismo y comenzó a exterminarlo, trabajo que nosotros terminamos con el genocida del General Roca en su Expedición al Desierto (que justamente no estaba tan desierto...).

Parecería que todo el país estuviera definido por los porteños (que quiere decir «los del puerto»), si existimos es porque somos un embarcadero

para Europa con muchas ramificaciones para tierra adentro. Incluso en las estaciones de ferrocarriles existe todavía un cartel que dice: «Trenes para afuera» que son los que van para el interior, en tanto los que enfilan para Buenos Aires dicen «para adentro». O sea para llevar las riquezas a Londres, después a Estados Unidos, y ahora a España, que ha vuelto a extraer el oro de América... (luego de tantos años volvemos a la misma situación.)

Este país es insólito porque ningún otro tiene la tercera parte de la población en una ciudad costera al lado del mar, es como si estuviéramos esperando siempre los barcos. Ortega y Gasset dijo de Buenos Aires: «Es la capital de un Imperio que nunca existió».

Este mundo globalizado tecnológico de hoy es bárbaro, inhumano, estúpido, aburrido, injusto... ¿cómo lo hemos permitido? ¿cómo nos hemos dejado engañar? Si no hacemos una autocrítica, si no replanteamos la Argentina desde nuestras raíces criollas no lo vamos a poder arreglar. ¿Cuál es la civilización y cuál la barbarie?

La escena fundante está mal, hay que crear otra desde la autonomía y no desde la dependencia, de lo contrario no vamos a saber qué es lo que nos une ni hacia dónde vamos como nación.

Podemos decir que abandonamos nuestra cultura criolla generosa, comunitaria y elegimos la del imperialismo que nos explota. Dejamos la cultura de la gauchada y compramos carísimo la de la soledad, individualista y competitiva donde se gana pisándole la cabeza al otro. Cuando alguien se impone, queda solo, en cambio, en la comunitaria, cuando se gana, ganan todos y siguen juntos.

Yo propongo rescatar esa hermosa cultura y enriquecerla con los que nos falta para ser latinoamericanos. Santos Vega, Martín Fierro, Moreira, son héroes solitarios, son perdedores. Los brasileros tienen héroes grupales como los «cangaceiros», Lampiao con su mujer María Bonita y el pícaro Macunaíma. De modo que si recobramos la cultura criolla va a ser imprescindible agregarle un poco de erotismo y fantasía tropical.

Pobre Fierro...siempre sobre exigido, héroe épico, sin debilidades, muy macho pero sin novias...siempre peleando con su cuchillo y atravesando la pampa... (se las tenía que arreglar solito debajo del ombú). Sólo el Sargento Cruz lo acompañaba, nada de alegría, un plumazo...

Me gusta más Macunaíma, el héroe brasileiro, jodón, sexuado, transgresor, a veces confundido y desorientado, pero muy humano; este personaje podría ser perfectamente un héroe de Los Redondos, la Bersuit o la Cumbia Villera. Deberíamos mezclar a Fierro con Macunaíma.

Fierro no tiene debilidades, es un serio, un marginal que da consejos. El libro me parece la base más importante de nuestra literatura, es la epopeya de nuestro gaucho, pero le falta erotismo, locura. Es un héroe muy argentino, sobre exigido pero finalmente tentado por el fracaso.

Es interesante también analizar al gaucho y al cowboy, son opuestos e incluso inversos en sus roles respecto al sistema. Fierro es un gaucho matrero, es el delincuente-héroe. En la cultura imperialista el héroe es el comisario.

Los Estados Unidos tienen otra escena fundante que son los disidentes religiosos del barco Mayflower. Ellos fueron expulsados de Inglaterra y no podían volver. Tenían una consigna: «La conquista del Oeste», debían llegar hasta el Pacífico. Su héroe nacional es el cowboy sheriff, que representa el poder y persigue a delincuentes latinos y mexicanos. En cambio, nuestro héroe es un bandido, es el gaucho matrero que pierde perseguido por el traidor Sargento Chirino.

Absurdamente en lo musical no hay nada más extranjero e ignorado que José Larralde y por otro lado los que se promocionan masivamente son los Backstreet Boys, los Ricky Martin, etc. que aseguran el sistema de globalización.

Estando en una escuela rural en Santiago del Estero pude comprobar el sometimiento cultural del sistema educativo de nuestro Ministerio de Educación. Un niño de rasgos indígenas estaba mirando una ilustración en su libro de lectura, era la imagen de un chico rubio jugando con una ardilla...y el changuito tenía de mascota un peludo y vi que él se dio cuenta que no existía... el verdadero alumno era el rubio con la ardillita. Una buena noticia respecto a nuestra integración latinoamericana es que nuestro héroe máximo, San Martín, parece que era hijo de una india, cuando dijo: «Si no tenemos uniformes para pelear, peharemos en bolas como nuestros hermanos los indios», lo de hermano lo decía en serio.

Por otro lado, la televisión sirve como herramienta de adiestramiento de la cultura globalizada para fabricar pasivos espectadores, como así

también para que los chicos creen que la violencia y el consumo es algo natural del ser humano.

A la directora de un hogar nuestro para chicos de la calle, le dijo un pibe que recién había ingresado y que estaba en el robo: «Mirá, Teresa, la televisión nos enseña todo, cuando viene la tanda sabemos qué tenemos que tener y cuando viene la serie policial sabemos cómo conseguirlo».

No es mi idea proponer una autocrítica masoquista, no decir «el país es una mierda, yo me voy», ya que sería una mirada melancólica y castrada que no nos llevaría a nada. Sugiero decir: «Cortémosla con esto e inventemos el país nuevamente». Concibamos una patria con justicia social, construyamos una síntesis entre la criolla y la europea, retomando nuestra historia, teniendo algo que nos singularice, pienso que éste es el momento, porque una crisis es también la oportunidad del cambio y el rescate de nuestros orígenes puede ser una manera de saber de dónde venimos y por lo tanto elegir adónde vamos.

La ferocidad del Proceso Militar eliminó físicamente a quienes podían oponerse a la venta del país. Luego vino un turco pícaro a gobernar, era un jefe beduino salido del cuento *Alí Babá y los Cuarenta Ladrones*, aunque no daba más que para ser almacenero en La Rioja y tal vez para robar en la balanza, llegó a presidente. El actual De La Rúa es una persona pasiva, incapaz de una decisión, creo que la arteriosclerosis viene a ocultar una naturaleza inhábil desde que era joven. No modificó demasiado su estilo anterior de discursos con frases sensatamente tontas. Tal vez hubiera sido un buen jefe de archivo de una oficina municipal. La pregunta es ¿qué nos pasa a los argentinos que no podemos conseguir un presidente que defienda al país? En medio de esta tormenta tenemos capitanes que venden toda la carga y otros que dejan hundir el barco porque se duermen. El tema es ¿quiénes somos realmente? ¿qué nos pasa? Hay que rescatar a Jauretche, Marechal, a Arlt... a los que hablan de nosotros. Sólo consagramos a un autor de fina cultura europea, nacido en Buenos Aires: Borges, que eligió morir elegantemente en Ginebra...

En la Facultad de Psicología no hay una sola materia que hable de marginalidad, grupos de riesgo, chicos de la calle o sobre las instituciones de la crueldad. Sólo trabajan con la angustia privada desconociendo la pública. En la Universidad del Estado no se generaron teorías o técnicas

para resolver los problemas de nuestra realidad que es muy dolorosa para la inmensa mayoría. Y curiosamente, la Universidad de Buenos Aires es sostenida económicamente por el pueblo que ella ignora.

La iglesia tiene una vieja receta para someter (que evita la violencia física que utiliza la policía). Lo hace ejerciendo el control interno, subjetivo, a través de la culpa y el temor a la muerte. Es un método más sutil y de mayor eficiencia que los golpes policiales. Enseñan que «todos nosotros somos culpables. Jesús nos mira con sus ojos doloridos y reprobantes desde su martirio en la Cruz». Pero en los Evangelios aparece Jesús como el inventor de la ética del amor, no del miedo y de la culpa. El primitivo símbolo de los cristianos en las comunidades fue el pescado que representaba el alimento divino. Cuando Roma hizo suyo el cristianismo, cambió este símbolo por la cruz, utilizada en el Imperio Romano como instrumento de tortura. Con esa ética siempre estamos en falta, en eterna deuda, preparándonos psicológicamente para la eterna deuda externa.

Cada movimiento popular terminó con una restauración del poder; es el caso de Urquiza, Uriburu, la Libertadora y los asesinos del Proceso. Hoy adquiere formas más disimuladas, como la globalización de Cavallo, que operó gracias a Menem, creador de las relaciones carnales con el imperialismo, que llegó al poder engañando al pueblo disfrazado de Facundo Quiroga con las patillas del caudillo riojano. Creo que nosotros tuvimos muchos héroes que murieron en el destierro y muchos traidores nativos que hicieron grandes fortunas, que hoy son terratenientes empresarios.

Volviendo al tema de la marginalidad podemos decir que un pueblo desesperado cuando siente que no hay salida, es muy peligroso para el poder. Si no hay nada que perder, no se lo puede controlar. Cuando hay desocupación y hambre, los excluidos pierden el miedo a morir y les da lo mismo si les apuntan con un arma o no. Cuando cortan una ruta le mandan mil gendarmes, cortan diez rutas y le mandan veinte mil, pero esto no puede continuar ya que no tienen tantos y entonces se puede dar vuelta la tortilla.

Como resultado de la desesperación que producen los niveles altos de desocupación, en la escena política actual irrumpió un fenómeno nuevo

con técnicas de la Intifada árabe, es algo inesperado: El Poder-Piquetero que surge de la organización criolla marginal de base, Observamos que el Gobierno ya no negocia con la oposición. Hay una escena muy iluminada que es la de los políticos de turno, repleta de flashes y cámaras...pero va quedando vacía de poder porque este comienza a ocupar la otra escena menos iluminada que es la del pueblo marginado que empieza a impacientarse. En esta escena se va a jugar el futuro del país. Tengamos en cuenta que el joven piquetero con toda la energía y la bronca de la juventud es sólo la punta del iceberg.

Esos muchachos de Tartagal y Cutral-Có no tenían nada que perder, entonces, justamente por eso se juntaron y lucharon. El pobre sufre hasta que decide no hacerlo más. En estrategia militar se aconseja que a un ejército que huye, jamás se lo debe acorralar contra un río o una montaña, porque la desesperación puede dar vuelta la batalla.

En el liderazgo de los cortes de rutas, en algunos casos se reproduce el modelo de las patotas: El jefe es un tipo con todo el poder, es emocional, se juega por los otros y los demás por él. Si de esa violencia se obtiene un para qué, como por ejemplo hacer una tarea comunitaria o luchar para que los viejos y los hermanitos tengan comida, se asiste a la transformación de ese patotero peligroso en el héroe de su barrio.

La Dictadura Militar con el terror de Estado introdujo en la sociedad argentina niveles de violencia y crueldad que impregnaron las fuerzas de seguridad. Las principales víctimas fueron los jóvenes. El abuso de la autoridad generó el deterioro de toda autoridad, completado luego por el indulto que dio la impunidad a todo delito. Un joven ex-delincuente me decía en una de nuestras comunidades terapéuticas: «Yo maté a uno solo y los militares mataron a 30.000. Ellos están sueltos ¿porqué yo voy a ir preso?».

Se vive en medio de una crisis en la que no se sabe quién es quién, si se trata de un policía o ladrón, si el político nos ayuda o nos perjudica. Es una crisis confusional. Hay un vivir en el presente, en el que no se sabe qué va a pasar, perdimos nuestra historia y por lo tanto no hay un proyecto de país, ni de instituciones, de familia o de personas. Este no saber cómo continúa la película en la que estamos metidos, genera mucha angustia. Si la historia mía no la puedo continuar, no tiene sentido este presente; si yo

no tengo un proyecto de destino, si no sé adónde voy, desde el punto de vista existencial, no sé quién soy.

En Argentina nos manejamos con cadáveres sin asesinos. Tenemos el caso de María Soledad en Catamarca, una chica de pueblo que como no tenía un asesino, derrumbó a los Saadi. También pasó con el soldado Carrasco, cuya muerte golpeó al Ejército y terminó con el servicio militar obligatorio. Y el asesinato de José Luis Cabezas derrumbó a la cúpula de la Policía de la Provincia de Buenos Aires y a Alfredo Yabrán. A estos cadáveres sin asesino habría que sumarles los desaparecidos durante el Proceso y esa deuda no está aún saldada. La ley básica para organizar una sociedad dice: «No matarás»; no puede haber 30 mil cadáveres sin asesino. Se sabe quiénes son los culpables...pero están impunes.

Otro tema es que en la Argentina no hay más oprimidos, ahora son «carenciados» que parece que nacieron de un repollo, esto es porque si hay oprimidos hay que aceptar que hay opresores. Hay una perversión semántica que impide señalar la realidad. Ahora los pobres en Acción Social del Gobierno se llaman los NBI (Necesidades Básicas Insatisfechas). Nuestro pueblo ya es una sigla...

Recuerdo que un economista americano la otra vez dijo «Con la globalización, la guerra contra la pobreza ha terminado... perdieron los pobres».

No podemos definir muy bien lo que sucede en este momento porque el código de lectura de una mutación histórica es fabricado después de ocurrido el hecho. Los que tomaron la Bastilla creían que era sólo una revuelta, no sabían que estaban inaugurando la Revolución Francesa.

Aquí, cuando fueron el 25 de mayo con los paraguas (que en realidad no existían todavía) frente al Cabildo no sabían que era el nacimiento de la Patria. Cuando Perón le manda una carta a Evita el 17 de octubre y le dice: «Mirá Negrita, ya no tenemos ningún otro recurso, nos tenemos que ir a la Patagonia, tengo una casita allá...», no sabía que eso iniciaba la inclusión de los sectores más marginados en el escena política argentina. Esta crisis actual tiene carácter mutante y los paradigmas de lectura se modificarán. Sólo la historia interpretará este presente. Yo soy un pesimista esperanzado, miro esta realidad y digo: «Yo quiero seguir peleando».

Soy hijo de una madre alemana de Comodoro Rivadavia, venida de la guerra, entonces tengo algo de ese espíritu colonizador de la Patagonia. En la historia, cuando las sociedades se enferman, hay un punto en que invierten el proceso, cuando lleguemos al fondo de la pileta, vamos a dar una patada y volveremos a la superficie, pero es difícil saber dónde está el fondo de la pileta porque las aguas están turbias... muy sucias de corrupción y otras injusticias.

Nuestra clase media tiene un modelo social individualista pero el pueblo sigue siendo solidario porque está en una situación que si no lo hace, no sobrevive.

Las madres populares tienen una gran energía... son de la raza de las Madres de Plaza de Mayo, son Pachamamas con una enorme cantidad de hijos, pelean bravamente por la vida de sus hijos y muchas veces sostienen la economía familiar.

El equipo de nuestra Escuela de Psicología Social es de clase media; cuando íbamos a trabajar con el pueblo en las Oyitas, inicialmente creíamos que éramos gente buena que iba a hacer trabajo de base, ahora nos damos cuenta que vamos a cargar las pilas y a enriquecernos, porque toda esta gente oprimida, aunque no tiene un nivel de información académica, muestra una capacidad enorme de comprensión existencial sobre la muerte, la locura y el amor, que son los temas básicos del alma. Aprender de ellos hace que uno aumente su capacidad para enfrentar la incertidumbre y darle sentido a la vida frente a la muerte. En realidad, este mundo marginal y desprolijo, de rostros aindiados, tiene la sabiduría de la tierra y esa alegría fundamental de estar vivos a pesar de todo.

Otra patología de esta nueva sociedad tecnológica globalizada, que se opone a la sociedad tradicional, es la homogeneización. No hay más vecindario ni celebraciones colectivas. Esto lleva a la fragmentación entre los distintos componentes de la sociedad. Hay guarderías para niños y asilos para ancianos, es decir que no se resuelven las dos etapas pasivas de la vida como complementarias, en el sentido que los abuelos cuidan a los niños y permiten que los adultos estén en la lucha activa. En nuestro interior, el Tata Viejo cuida al gurí, se complementan las dos etapas de la vida, no son necesarias las guarderías ni los geriátricos porque existe la familia.

Este es un sistema para la muerte, para enfrentarlo propongo apostar a un proyecto para la vida. Ya podemos ver una cantidad de islotes solidarios que van reconstruyendo la trama vincular de nuestro pueblo que tienen como característica la autogestión y lo alternativo. Son organizaciones de base que no dependen de un sistema estatal.

Históricamente la pueblada del 25 de Mayo de 1810, también el 17 de Octubre de 1945 y el Cordobazo que tumbó a Onganía, fueron movimientos espontáneos, autogestivos. Todas las revoluciones que modificaron la historia fueron explosiones populares, como la Revolución Francesa y la Rusa, la primera fue la toma de la cárcel de la Bastilla, la segunda el asalto al Palacio de Invierno (¿Nosotros qué tomaremos?...) Hasta el cristianismo primitivo fue autogestivo y la institución de la minga solidaria indígena es también una forma de trabajo comunitario.

Lo alternativo es muy importante, porque permite el trabajo fuera del sistema, busca una solución nueva, insólita o inesperada que aparece después de replantear todo el problema y tiene la utilización de estrategias marginales de cambio.

Las técnicas tendrán que ser necesariamente alternativas porque los medios convencionales los tiene el poder; son modos de resolver un problema cuando el sistema formalizado no lo hace. Un ejemplo de esto son el Club del Trueque, las ollas populares, los piqueteros, los numerosos comedores barriales donde las madres se juntan.

Nosotros hemos creado instituciones de Salud Mental como el Bancadero que se hizo sin dinero y sin pedirle permiso al sistema, ya atendió solidariamente a 30.000 pacientes. La radio La Colifata es otro ejemplo, coordinada por Alfredo Olivera y organizada por los internos del Hospital Borda, que rompió las paredes del manicomio.

Seguir creyendo en la revolución, en que es necesario un cambio del sistema de producción. Esa revolución sería lograr una mayor justicia social con creatividad, porque la mayor enfermedad social es la injusticia social. Mientras haya injusticia va a haber jóvenes que van a inventar de nuevo la revolución, con nuevos caminos que ellos imaginarán.

De todas maneras la solución de fondo, como siempre pasó en la historia, depende de un movimiento de masas inesperado e imparable que rescate un proyecto de país, de patria. Esta búsqueda de una identidad argentina

no es fácil porque implica un cambio de paradigma, de modo de concebir la realidad.

A pesar de la tormenta y los negros nubarrones, va a salir el sol otra vez, como siempre ha ocurrido en la historia. Las sociedades hacen crisis cada tanto, otras terminan su ciclo y creo que a esta sociedad capitalista de rapiña y tan empobrecida humanamente, se le está terminando su hora. Los argentinos estamos fragmentados, separados, nos peleamos entre hermanos.

O inventamos una patria desde nuestras raíces, que nos una... o esta crisis nos va a destrozar.

Análisis psicosocial del tango

El tango es un folklore muy genuino, y como todo folklore, expresa un momento histórico de un pueblo, es un intento de elaboración psicológica realizado colectivamente. El autor de la canción expresa una vivencia colectiva y es, en realidad, el portavoz de su pueblo.

Cuando se produce un florecimiento de música y canto colectivo, una forma singular de arte, aunque las metáforas poéticas siempre usen símbolos universales como el amor, la muerte, la soledad, etc, hay que preguntarse ¿qué es lo que intenta elaborar, qué trauma histórico del grupo refleja?

Respecto al tango nos preguntaríamos ¿qué grupo humano vivió la situación traumática de desamparo y frustración y qué grupo la elaboró poéticamente?

Nosotros pensamos que la gran inmigración de principios de siglo sufrió la profunda nostalgia del destierro y que fue la generación siguiente, los hijos, quienes pudieron elaborar esa pérdida. A esta vivencia de destierro se deben agregar el hacinamiento y las duras condiciones de vida en los conventillos que desintegraban el grupo familiar.

Así se produjo un folklore dramático, nostálgico. Los letristas de tango más importantes vivieron también la situación de destierro de sus padres y estos últimos no pudieron cantar sus tristezas porque estaban ocupados en sobrevivir en las nuevas tierras. Entonces, fueron sus hijos los que elaboraron la pérdida.

Los folklores de los pueblos se amasan con el dolor y la desesperación de los sectores marginados. El tango nació en los prostíbulos, los *piringundines* de los suburbios, incluso los primeros tangos tuvieron letras pornográficas, podemos citar sólo algunos títulos: «Dos veces sin sacarla», «Colgate del aeroplano» (y El Choclo, tenía otra letra...), y en pocos años conquistó el centro y terminó convirtiéndose en el principal símbolo de nuestra identidad nacional.

La matriz básica del tango es el abandono y la pérdida, desde el punto de vista psicológico tiene las características de un duelo no resuelto, pues no hay elementos de discriminación del yo, debido a una base esquizoide,

debajo de la depresión. Podemos suponer una infancia abandonada que estructura un profundo sentimiento de pérdida sin posibilidad de superarlo, pues no hubo madre y padre que contuvieran el proceso de seguridad ontológica.

Hay estudios sobre el deterioro de los grupos familiares en el arrabal y los conventillos porteños, alrededor de principios de siglo. Este enorme sentimiento de marginación, producto de la explotación social, tiene su origen en la marginalidad extrema, la desocupación, la prostitución y la desintegración del vínculo materno-infantil. Este desamparo crea una disociación en los dos aspectos maternos: la madre real, que abandona y es odiada, y la madre evocada desde la ausencia, que es idealizada. Esto da lugar a «la mina traidora» y «la santa viejita».

Lo dicho anteriormente puede ser sostenido por el análisis psicológico, a través de las letras tangueras de ese «paciente imaginario» que es el protagonista del tango. Si se toma el eje de la temática tanguera, vemos que en muchos de ellos se encuentra inicialmente una cierta escena básica: el abandono «traicionero» por parte de la mujer, luego la imposibilidad de reestructurar otra pareja y finalmente, la vuelta a la madre y al barrio. Se va «la mina» y «el paciente» hace una regresión a su infancia: llanto, inmovilidad, «tirado en la catrera...», pérdida masiva del interés vital, «sin rumbo, desesperao...» y refugio en el vínculo materno, «hoy no tengo más que a mi madre...».

Si tomamos las palabras más importantes de las letras tangueras se puede describir un proceso típico: mina, cariño, hechizo, traición, abandono, soledad, dolor, tormento, borrachera, maldita, castigo, venganza, volver, perdonar, evocar, madre querida.

Aquí vamos a señalar la paradoja de todo acto poético, el artista se nutre de su drama y lo transforma en un mensaje estético, reparador, transmuta su enfermedad en terapia, porque el personaje del tango, cantando su soledad, se comunica y convierte lo desgarrador en belleza.

Vamos ahora a analizar las líneas temáticas que creemos más importantes:

Primer tema LA ESCENA BÁSICA

Es la situación dramática, el abandono de la mina, sobre la cual se agregarán las demás líneas narrativas:

Percaanta que me amuraste
en lo mejor de mi vida
dejándome el alma herida
y espinas en el corazón...

Mi noche triste - Mocosita - Soledad - Sentimiento Gaucho.

Segundo tema EL VÍNCULO ENVENENADO

El amor se transforma en odio pero el personaje queda encerrado en su rencor y no puede desligarse:

Te odio maldita
te odio como antes te adoré,
quién sos que no puedo salvarme
muñeca maldita, castigo de Dios...

Te odio - Secreto - Chorra - Malevaje - Tengo miedo.

Tercer tema LA ENVIDIA POR EL ASCENSO SOCIAL DE LA MUJER

El único canal de ascenso social, para la mujer era la prostitución en el bulín de algún bacán, y para el hombre, hacerse chorro. Son letras rencorosas y agresivas:

Te conquistaron con plata
y al trote viniste al centro...
¡no te rompo de un tortazo
por no pegarte en la calle!...

Tortazo - Chichipía - Carnaval - ¡Che papusa oí!

Cuarto tema LA MADRE IDEALIZADA

La madre es un personaje santo y protector al que se debe volver después del fracaso:

Madre...
no hay cariño más sublime
ni más santo para mí...

Madre - Madre hay una sola - Madre angelical.

Quinto tema ELABORACION REPARADORA

Son los tangos que tratan el reencuentro donde el odio se transforma en amor:

Volvió una noche, no la esperaba (...)
y aunque el olvido que todo destruye
haya matado mi vieja ilusión
guardo escondida una esperanza humilde
que es toda la fortuna de mi corazón...

Volvió una noche - Mano a mano - Tenemos que abrírnos.

Sexto tema LA PÉRDIDA DEL HABITAT

La vivencia de pérdida es, básicamente, la pérdida de la propia infancia, de modo que el barrio representa la pérdida de una madre profundamente añorada:

Dónde está mi barrio, mi cuna querida
dónde la guarida, refugio de ayer
mi barrio es mi madre que ya no responde...

Puente Alsina – Almagro – Sur – Lejana tierra mía.

Séptimo tema LA PÉRDIDA FINAL

Estos tangos tematizan, ya no la pérdida de la mina, de la madre o del barrio. Es el tema de la vejez prematura del hombre del tango, entre los 30 y los 40 años. Es la pérdida final:

Volver,
con la frente marchita
las nieves del tiempo
platearon mi cien...

Volver - Cuesta abajo - Uno - El ciruja.

Dentro de esta línea temática están los tangos que describen la crisis del año treinta. Es la desilusión masiva:

Cuando estés bien en la vía
sin rumbo, desesperao
Cuando no tengas ni fe
ni yerba de ayer...

Yira -yira – Cambalache - Al mundo le falta un tornillo.

El tango es un folklore que describe toda una época, con gran precisión: los ambientes, el café, el conventillo, los roles sociales como el preso, el inmigrante, la prostituta y los personajes del arrabal, el malevo, el curda, el haragán, el chorro, el cafiolo, el malandra.

Pero el vínculo más incondicional lo tiene, dolorosamente, con su propio canto:

Tango que me hiciste mal y sin embargo te quiero...

Los desaparecidos sociales

Seminario de Análisis Crítico de la Realidad Argentina

Clase dada en la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo
Publicado en Diario Página 12 26/11/99

(Se ha conservado el estilo coloquial de la clase)

Quiero reflexionar ahora sobre temas en los que he trabajado toda mi vida, y pensé que un título para esta clase podría ser «Los desaparecidos sociales», o también «Los desaparecidos de siempre».

En este país, como en muchos otros, siempre se hizo desaparecer a ciertos sectores de la población. Los que toman el poder dicen: *los que no son iguales a nosotros son marginados*, están al margen y a veces se caen del otro lado, no acceden a la sociedad. Aquí este tema empezó desde la colonización, con los indios y los negros, y también con el gaucho (que es la base de nuestra identidad, de la pobre identidad criolla que tenemos, y que a veces la perdemos...) que fue desaparecido en los fortines. El Martín Fierro es un relato muy hermoso y muy dramático de las crueldades que se cometieron con él, y de cómo se lo hizo desaparecer. Y más tarde, los desaparecidos en los conventillos, que dieron origen al tango.

Pero ¿qué quiere decir que son desaparecidos? quiere decir que no son visibles. Y actualmente yo diría que los desaparecidos son los de las villas miserias, que son un mundo aparte, donde se proyecta *ahí están los delincuentes...*»

Después están los desaparecidos en los hospicios, que es el destino que tiene un joven que hace un brote esquizofrénico. Un brote puede tener una reversión con técnicas dinámicas, pero si se lo mete en el hospicio, se lo medica y se lo encierra, ¿qué le pasa? que se siente muy solo y siente que el mundo *se paralizó*, y esto es insoportable. Entonces, dejarlo solo, es algo de una crueldad y una estupidez de las cuales siempre me asombré. Entran al hospicio y se hacen invisibles para la sociedad.

Hay bolsones de desaparecidos. Los presos, por ejemplo ¿qué características tiene el preso social? Que es parecido al preso político,

que fue negado durante la dictadura aunque después sí apareció. Ser negado, quiere decir no ser visto.

Otro tanto pasa con los cirujas. Yo fui director del asilo de mendigos de la Municipalidad, (los únicos cargos oficiales que tuve fue con marginalidad extrema) aunque después me echaron porque hice una cooperativa de crotos, y ésta es gente dramáticamente muy fuerte, existencialmente muy rica, y son los que crean los folclores de los pueblos. También están los pibes de la calle, yo he trabajado con ellos, el pibe de la calle es un arquetipo paradigmático del desaparecido. El que está en la calle está desaparecido, porque está en otro espacio y en otro tiempo. ¿Por qué? Porque nosotros tenemos nuestra casita, y la identidad se arma con los recuerdos, nosotros somos una historia que quiere continuar, somos un devenir, no somos sólo un «aparato psíquico», somos una historia que si está armada desde atrás, la queremos seguir, y si no está armada de atrás, no sabemos quienes somos. Nosotros acumulamos historia porque tenemos la casita. Los pibes de la calle se llaman de la calle porque no tienen casa y entonces ¿qué pasa? al no tener casa siempre están afuera. El pibe de la calle es lo contrario a un preso, el preso no tiene afuera y el pibe no tiene adentro. No tener adentro es una condición de la no-existencia, por consiguiente el pibe de la calle, siempre está afuera, en stress, en atención, no puede meterse para adentro porque el que se mete para adentro «pierde» en la calle. Cuando duermen, duermen con un ojo abierto y otro cerrado.

La desesperación es algo que tiene que ver con la sabiduría popular, la palabra des-esperado, quiere decir que yo no me espero a mí. El humano existe porque espera ser otro, si nosotros no nos esperamos ser otros, no existimos. Estos pibes dan vueltas y también son los adolescentes desaparecidos del sistema. Dan vueltas y claro, no van a dar vueltas solos, no son tontos, se psicotizarían, sería igual que en el hospicio donde la gente da vueltas para construir el delirio, porque no les dan ni trabajo ni nada. El hospicio es una máquina de picar almas, de congelar. Entonces el pibe está fuera y se encuentra con otros y se re-tribaliza (arma una nueva familia) ¿Con qué? con los modelos que le da esta sociedad de mierda: corrupción, afano y droga.

La sociedad siembra vientos y va a recoger tempestades. Buenos Aires está rodeada como en los tiempos de antes, de indios con bronca, en bolas, a los gritos y con ganas de entrar.

Este tema de los desaparecidos sociales es muy doloroso. El problema es que en nuestra sociedad, en este momento, se les está yendo la mano con la exclusión: con la desocupación estamos excluyendo a tanta gente que la situación no va a poder mantenerse.

Hace un tiempo, cuando fui a la India para hacer el «doctorado en pobreza», estuve también en Sudáfrica, y un muchacho de la Universidad me dijo algo que sirve también para acá. Me dijo: «nosotros no dejábamos entrar a los negros a las ciudades, amurallábamos todo, y después nos dimos cuenta que nosotros no podíamos salir al campo, entonces tuvimos que dejar entrar a los negros para poder salir, porque las papas se plantaban afuera, en la ciudad no podés plantar papas». Entonces los tuvieron que dejar entrar, y esto va a pasar acá también en un momento dado. No podemos hacer que ese anillo de marginalidad sea demasiado grande porque no se puede sostener. La gente no quiere morirse, no le gusta morirse y van a pelear, así que va a pasar algo, no sé cómo se va a llamar, porteñazo... no sé porque es una cosa nueva. Los adolescentes están en algo incomprensible, están inventando otro mundo, rompen vidrios, pintan las paredes y hacen macanas, pero hay algo fuerte, hay una opción por el amor, por el otro, por la lealtad, por la verdad, *te la canto de frente*, dicen, y nos ven a nosotros, los *caretas*, como hipócritas. Tienen razón, en general nuestra cultura es hipócrita.

Entonces, los jóvenes son también los desaparecidos, aunque en distintos grados. Los pibes que están en la marginalidad están en riesgo de desaparecer en forma real por las balas policiales, porque si es joven, para la policía es sospechoso, y si es joven y morocho, es culpable. En cambio, si es blanquito, no pasa nada.

¡Ojo!... yo hablo de desaparecidos que pueden aparecer, y también hay otros desaparecidos en los hospicios, en los geriátricos, los viejitos y las viejitas desaparecidas... es doloroso. Acá a los viejos los condenamos a desaparecer, los metemos en un geriátrico y si se quejan, los medican, y si se mean encima los retan como a chicos, los degradan.

Entonces ¿por qué hablo de los desaparecidos? ¿Por qué elegí este tema? Porque muchos de los desaparecidos, pueden volver a aparecer. Son desaparecidos que, si peleamos, pueden volver a aparecer.

Nosotros peleamos en La Cooperanza, El Bancadero, el Bancapibes..., con esto estamos tratando de que no mueran del todo, que se descongelen algunas almas y que puedan tener ganas de vivir. El tema es que hagamos algo. Pedimos justicia por los desaparecidos del proceso, y ahora tenemos otros desaparecidos, que son miles y miles, y si luchamos por ellos, estos pueden volver a aparecer.

Haré una reflexión sobre el término desaparecido. Ustedes saben que cuando empezó esta atrocidad, yo trabajaba en terapias de crisis (mi especialidad es «la pesada»), situaciones muy agudas de desesperación. En aquella época venía una pareja o un hermano desesperado que decía: *a mi hermano se lo llevaron....* No existía la palabra «desaparecido», decían: se lo llevaron, porque no se preveían las atrocidades del proceso militar. Entonces era muy difícil de categorizar culturalmente, no había una palabra que ubicara esa situación ambigua en la que alguien no está ni vivo ni muerto. Estos militares hijos de puta crearon, fíjense ustedes, una nueva situación, que es la crueldad de no saber si alguien está vivo o muerto, porque eso generaba una incertidumbre insoportable. Entonces Las Madres, dando vueltas y vueltas en la Plaza de Mayo, generaron la palabra *desaparecido* y ahora sí, un chico puede decir en la escuela *mi papá es un desaparecido* y esto tiene un lugar en el mundo simbólico, una categoría simbólica. Antes no, le preguntaban: *¿tú papá está vivo o está muerto?* Y no se sabía qué hacer, se decía: *dígale que lo mataron. ¿Y si vuelve? Dígale que se fue a Entre Ríos... ¿Y por qué no viene, no me quiere más...?* En aquel tiempo era un duelo muy difícil de conceptualizar.

El término *desaparecido*, creado por las Madres se usa en el extranjero como *desaparecido*, no *missing* en inglés, dicen «*desaparecido*», en castellano. Yo lo he escuchado en EE. UU.: *desaparecidou*, como se dice *tangou*, es siniestro ¿no? Tenemos que reconocer también la complicidad civil que hubo: para matar y torturar a treinta mil hacen falta trescientos mil cómplices directos (diez por cada uno) y tres millones de personas que digan «*en algo andaban...*»

Desaparecidos existieron en todas las sociedades y en todas las épocas. En el Tercer Reich los judíos no eran humanos, eran cosificados, después de aprobar las leyes que determinaba su inferioridad racial, podían ser muertos sin ningún problema. Acá, después que se aprobó el decreto de «exterminio de la subversión», era legal matar a los militantes, se determinó que un subversivo no era ni cristiano, ni occidental, era sub-humano y por lo tanto se aplicaba la ideología de la eliminación, cualquier policía podía matar sin culpa a cualquier joven, porque entraba en *la obediencia debida*.

En el hospicio también desaparecen, un loco muere por mala práctica y como es pobre y loco, no pasa nada, son compañeros que ya no están más, se decía «se resbaló», «se cayó por la escalera...» Los presos también, hacen un incendio, queman los colchones, que son todos muy combustibles, mueren veinte o treinta presos y... la culpa la tienen ellos. La característica más siniestra del desaparecido social es que se convierte en cosa, en objeto, pierde su condición humana. Yo he luchado siempre contra eso, me da mucha bronca que se destruya a la gente de esa manera. Denuncié esto en los hospicios, también el destino de los pibes de la calle, adolescentes que mueren por sobredosis o balas policiales, en todas las situaciones dramáticas en donde nuestras técnicas pueden ser sumamente operativas. En este sentido soy un pesimista esperanzado. Hay que seguir peleando.

Alumno de la clase: También esclarecer al pueblo... Si no se esclarece al pueblo no va a haber cambios.

Moffatt: Cuando escucho eso tiemblo. Tiemblo porque el pueblo nos tiene que esclarecer a nosotros, no nosotros a ellos. Yo pienso, como Martín Fierro, que «el fuego, para calentar, tiene que venir de abajo», es decir, desde la cultura popular, desde el esclarecimiento que da la desesperación, la injusticia.

Repecto a los desaparecidos sociales en los hospicios, tengo unas fotos del hospicio de mujeres que parecen de campos de concentración: todas tiradas en el piso, en total abandono, en un lugar de la mitad del tamaño de este espacio ¡ochenta mujeres tiradas en el piso! sin ventanas, sin verde, durante años... Al no tener ninguna tarea, no existe más el tiempo, y si no existe el tiempo no existe la subjetividad. Esos «chupaderos

intemporales» son algo horrible. Entonces, ¿cómo no vamos a pelear por esa atrocidad, si estos desaparecidos pueden aparecer?

En las cárceles ¿qué pasa con los presos?: están destruidos, algunos son chicos jóvenes a los que meten ahí y los violan, quedan atrapados, y salen resentidos. Un pibe entra al reformatorio y, si no es violento lo violan. Entonces para que no lo violen, tiene que volverse salvaje, no tiene un tercer camino, que sería poder pensar y volver a la sociedad, agruparse para trabajar. Todo el sistema está podrido, tenemos que luchar para modificar eso. Hay una inmensa población que está marginada.

También en la ciencia existe la misma discriminación, la otra vez fui a un congreso de medicina, de cardiología, y había cerca de cuarenta trabajos sobre by-pass y ningún trabajo sobre Chagas. ¿Saben cuántos chagásicos hay?: cerca de dos millones. Mueren entre diez y veinte años antes que los que no padecen la enfermedad, y además, es discapacitante. Sin embargo no se ocupan de eso, porque el Chagas es de los pobres.

Mi tarea actual es transmitir las teorías y técnicas con las que se pueden reparar esas vidas sin destino. Y toda esa gente, que son nuestros hermanos marginados, esos son los que pueden aparecer.

Paradigmas en psicoterapia

Los paradigmas son estructuras teóricas que se proponen como modos de ver y organizar la realidad, algo así como una lente a través de la cuál percibimos el mundo.

Los paradigmas fundan su validez en hipótesis basales que son postulados o axiomas que, por ser las primeras suposiciones, son indemostrables, pues una afirmación que se puede justificar con otra anterior, y ésta con otra, genera una sucesión de justificaciones que en algún momento debe llegar a un postulado que no tiene demostración, pero que se acepta como verdadero, para que la serie de justificaciones no se vuelva infinita.

Un ejemplo de estas hipótesis no demostrables es el cero absoluto o cero grado Kelvin (-273 grados centígrados) como la ausencia absoluta de calor, o sea la temperatura a la que cesa el movimiento molecular de la materia.

En física por ejemplo, Einstein decía que el tiempo era una cuarta dimensión y ese era un supuesto básico que contradecía a otras suposiciones anteriores, cuando eran obvias sólo tres dimensiones: alto, largo y ancho, pero Einstein le agregó: *cuando* (el tiempo), que para él, era una dimensión oculta.

En las llamadas ciencias duras, la física, química, biología y otras, las teorías han cambiado a través de la historia, a veces con hipótesis contrarias, pero también han coexistido simultáneamente explicaciones opuestas.

En cambio las ciencias del hombre como la sociología, psicología, o política, exigían para la formulación de sus hipótesis basales una determinada concepción del hombre, lo que incorporó el tema de la subjetividad. En psicoterapia, por ejemplo, esas hipótesis basales son ideológicas, porque dependen de la definición de salud de cada cultura. Las ciencias duras son ciencias exactas, y en ellas hay una comprobación empírica de los fenómenos. En cambio, las ciencias blandas, las del hombre, necesariamente están impregnadas por un nivel subjetivo, siempre desde una teoría elaborada por cada cultura, que define el sentido de la vida.

En psicología, por ejemplo, existen distintas escuelas. La hipótesis basal de la teoría psicoanalítica es que el psiquismo tiene como fundante el complejo de Edipo. Es una teoría falocéntrica, que propone como origen la enfermedad la represión de las pulsiones sexuales infantiles, y la terapia, entonces, consiste en hacer conciente lo inconciente.

Otras perspectivas, parten de otras verdades básicas, como el enfoque sistémico, que supone que la enfermedad proviene de las alianzas manipuladoras en los grupos, y básicamente, el mensaje paradójico, que serían dos mensajes contradictorios en dos canales distintos, el gestual y el verbal, sin que se permita señalar la contradicción. Por ejemplo, la mamá le dice al hijo «Yo te quiero mucho, pero no te acerques» y lo empuja con la mano, lo que hace preguntarse al niño «¿Me quiere o no me quiere?», pero si pone en evidencia la contradicción entre mensaje verbal y mensaje corporal, la respuesta que recibe es «No seas malo con mamá, no me digas eso.»

El conductismo, por otro lado, no se preocupa por el origen de la enfermedad, sino que propone el cambio de conducta en base a un adiestramiento, con premios y castigos, que básicamente proviene del estudio del comportamiento en ratones en experiencias de laboratorio.

La psiquiatría organicista, por otro lado, supone un mal funcionamiento del cerebro a nivel químico, y por lo tanto no necesita ninguna hipótesis desde el sentido de la vida del humano. Cree que modificando con sustancias químicas el funcionamiento orgánico del cerebro, modifica pensamientos y emociones. No creo que se haya descubierto una droga para «el sentido de la vida» (da la casualidad que estas hipótesis son sostenidas por los laboratorios que venden esos psicofármacos...)

La psiquiatría represiva es más brutal, no necesita ninguna complicación teórica, porque el electroshock, el coma insulínico, los baños de agua helada, y hasta la lobotomía, se basan en que el terror que produce la vivencia de muerte, reorganiza el funcionamiento del cerebro como adaptación a la realidad. Lo que en realidad sucede es que el paciente, ante la inhibición producida por estos brutales tratamientos, se olvida del delirio porque tiene algo peor en qué pensar, le tiene más miedo al psiquiatra que a su marciano perseguidor.

Hay otros planteos, como el movimiento antipsiquiátrico de David Cooper, Ronald Laing y Joseph Berke, que sostienen que la locura es más una denuncia o una protesta ideológica, que una enfermedad.

Si pensamos en evoluciones negativas, podemos suponer que las terapias sistémicas pueden degenerar en manipulación, y la Gestalt en un juego de caricias; el psicoanálisis en ritual religioso, y yo me pregunto, la terapia de crisis, ¿en qué va a degenerar...?

La psiquiatría represiva no degenera en nada porque ya es degenerada de entrada, por eso es constante, porque no puede ir más allá. El electroshock es el mismo, desde el primero que hizo el psiquiatra italiano Ugo Cerletti, hasta el que se hace ahora en una clínica psiquiátrica, es algo tan brutal, tan primitivo, como un palo por la cabeza. El palo es un arma que no evolucionó, tampoco las formas represivas psiquiátricas (aunque cambió de duchas con agua helada a lobotomía).

Existen también otros supuestos, como los de las terapias folclóricas o mágicas, que explican la enfermedad como la incorporación de demonios buenos y malos. En Brasil existen rituales mágicos, como el Terreiro de Umbanda (la Macumba) en los que el paciente incorpora un orixá (entidad mágica), que puede ser la Pomba Yira para la sexualidad, el Preto Velho para la sabiduría, etc., y esto permite, a través del trance que involucra todo el cuerpo, hacer las regresiones hacia el pasado traumático.

La Escuela Científica Basilio permite, a través del médium, hablar con los muertos, lo cuál es esencial en toda terapia profunda (el psicoanalista también habla de *las transferencias con las madres muertas introyectadas...*)

Las terapias dependen siempre de una ideología, de una concepción del hombre. Las teorías psicoterapéuticas están basadas en un determinado modelo de hombre, que sostiene la cultura en la cual está incluida.

En este momento del país es necesaria una concepción terapéutica que opere en las situaciones de crisis, con un concepto de sociopatología y socioterapia, pues la trama social está perturbada por el deterioro de las estructuras básicas de sostén de la subjetividad, que son la familia y el trabajo. La marginación de casi la mitad de la población por la injusticia social lleva a situaciones de sociopatología grave (desocupación, violencia, droga...)

El psicoanálisis, en cambio, se originó a principios del siglo pasado en el mundo pequeño- burgués del centro de Europa, cuando reinaba una moral victoriana represora de la sexualidad, y la histeria era un modelo cultural. El proceso de transformarse en doctrina académica, lo convirtió en un conjunto de verdades consagradas, con dogmas indiscutibles como la ritualización del proceso terapéutico, y la lectura continua de los «textos sagrados», para desentrañar los misterios últimos del pensamiento del «profeta». En la iglesia católica, los feligreses deben creer que dios es tres y es uno, contradiciendo las matemáticas. Dios es simultáneamente, el hijo, el padre y el espíritu santo. Si no se cree en eso no se es católico, y si no se cree en el Edipo no se es psicoanalista, son como verdades de la fe.

La teoría freudiana supone que el varón es anterior a la mujer, porque el falo, el pene, es el órgano base, y que la mujer tiene un complejo de castración porque no tiene pene, de lo cual podría decirse lo contrario, que la mujer tiene un útero que puede producir la continuidad de la especie y que el hombre no lo tiene, que el hombre sería absolutamente castrado de esa capacidad de reproducción. Freud tomó esto como paradigma, y organizó todo en base a esas suposiciones de consagración del falo.

En la Biblia ya la condición de la mujer está establecida de entrada, porque Dios creó a Adán y después dijo *«no es bueno que el hombre esté solo»* y le consiguió un objeto de compañía... que sacó de la costilla de Adán, lo cual, además de ser ridículo desde el punto de vista morfológico y estético, que de una costilla salga una mujer, no se lo cree ni un chico de cinco años. Pero es absurdo a propósito, para que solamente con la fe se pueda creer semejante tontería.

Voy a proponer una hipótesis casi surrealista (pero bastante razonable) y es la siguiente: el machismo es la única posibilidad que tiene el hombre para que las mujeres no terminen de dominar totalmente a los varones, porque toda nuestra identidad está construida por ese primer vínculo simbiótico estructurante, que es la madre con el bebé, esta dependencia con lo femenino queda instaurada, y si los varones nos descuidamos, nos dominan para siempre... Es una hipótesis atrevida, pero si no es así, ¿cómo se explica tanta preocupación del varón en poner a la mujer en una situación de inferioridad?

Viajando por el Amazonas, tuve noticias de religiones indígenas *uterocéntricas*, donde la deidad era femenina, y el primer ser creado era una mujer, que luego parió al primer hombre (que es lo más razonable...) La Pachamama, la deidad de toda la cultura andina, no sólo es una mujer, es una madre que también es la madre tierra que nos da de comer y va a recibir nuestros huesos. En la villa también son las madres las que organizan la vida familiar. En las Oyitas, las que deciden son las mujeres, las madres, por eso las nenas quedan rápidamente embarazadas, para conseguir la categoría de madres. Una adolescente sin hijos es más vulnerable a los abusos. En la cultura villera, la maternidad santifica.

Actualmente los cambios bruscos y las mutaciones sociales generan un sentimiento de inseguridad frente al futuro, aparece el síndrome de la incertidumbre, el hombre arrojado al futuro, y en ese caso el problema no pasa por el sexo, sino por el tiempo. Una terapia basada en investigar solamente el pasado no genera cambios, y lo que logra es reprimir el futuro. El problema, en general, no es lo que me pasó, sino lo que deseo o temo que me pase; la ansiedad es prospectiva, y si bien para resolver eso, hay que ir hacia atrás, es sólo para entender nuestra historia y luego poder ir hacia adelante, buscando lo que deseamos y evitando lo que tememos.

Por eso, el supuesto que usamos nosotros en la epistemología de crisis es que el tema fundamental es la sobrevivencia del yo en el tiempo, y por lo tanto, que el yo pueda atravesar el fenómeno de la transformación continua, que es la temporalidad, permaneciendo igual a sí mismo y al mismo tiempo, transformándose.

Esto es una paradoja: la identidad atraviesa el tiempo, se transforma la persona, pero teniendo conciencia de que es el mismo que era antes, cambia siendo el mismo.

Un niño, un adolescente, un adulto, un viejo, que son la misma identidad, tienen muy poco que ver con el que eran antes. Incluso desde la biología, las células no son las mismas, mueren y nacen otras (solo las neuronas, se supone que no se reproducen).

Nuestro sustento filosófico es otro que el del psicoanálisis, y se sostiene desde otra filosofía del humano, que es el existencialismo. La fenomenología existencial parte de otro tema, parte de que el humano es

un ser arrojado a su futuro, Heidegger llega más lejos y dice que es *un - ser - para - la - muerte*, un ser hacia el devenir, no un enigma hacia el pasado.

En este momento histórico el gran tema es seguir existiendo conservando la identidad, que está construida desde el pasado, pero arrojada a la expectativa. Es la supervivencia del *yo en* el tiempo, no es la represión de la sexualidad.

Para la filosofía existencial, el yo, se define por su proyecto, está arrojado a su futuro. En alemán se define como el *Da Sein* (Da es adelante y *Sein* es persona). También los existencialistas dicen que el *Da Sein* es un *Mit Da Sein*, es decir, *Mit con otro*. Esto quiere decir que no hay proyecto sino en el vínculo.

El psicoanálisis, ideológicamente, es verticalista, el analista tiene todo el encuadre para asegurar su poder, incluso el que decide la terminación del proceso psicoanalítico es el analista. Y justamente, si al paciente le deciden el alta, no es ningún alta, porque el alta tiene que ver con ir de la dependencia infantil a la autonomía del adulto, donde la persona elige su destino, el sentido de su vida.

El psicoanálisis, en su versión lacaniana, ha ido derivando hacia un juego hermético de *palabras sobre palabras*, donde el paciente real y sufriente se traspapeló, es un instrumento ideológico de la pequeña burguesía para aislarse de la brutal crisis social que sufre nuestro país, y obtura la percepción y atención terapéutica de las patologías más dolorosas como las crisis traumáticas, las consecuencias psicológicas de la desocupación, la psicopatología de las poblaciones brutalmente marginadas, los chicos de la calle, la temática de la droga, de la violencia, desintegración familiar, etc.

El lacanismo, ¿cuándo comienza a florecer? Me sorprendió cuando en los inicios del proceso militar el psicoanálisis empezaba a hacerse lacaniano. Era muy abstracto y fundamentalmente hermético. ¿Por qué el lacanismo creció en la dictadura? Porque ser lacaniano era una gran ventaja para el psicólogo, porque si uno de los pacientes se metía en el ERP o en Montoneros corría el riesgo que viniera la policía y lo picaneara hasta que cantara todo lo que le había dicho el paciente. Pero si vos eras lacaniano y estabas analizando el silencio del otro, dónde cortó su mensaje,

en un nivel totalmente abstracto, sin referencia a sus emociones y actos cotidianos, podrías desconocer totalmente las actividades reales del paciente. Pero si eras un psicólogo de los que se meten en la vida del paciente, podías pasarla muy mal.

En cambio Pichón sacó el diván a la calle, lo hizo grupal, trabajando en el proyecto de destino, y la psicología se hizo social.

Hay muy pocas terapias que son individuales, las terapias populares son todas grupales, el psicodrama es grupal, la gestalt es grupal.

De todas maneras, Freud fue una persona muy valiente, realmente un investigador muy trabajador, honesto científicamente, pero impregnado de la cultura y los paradigmas de su época.

Algo muy importante es que todo paradigma es imperceptible, porque para que actúe, debe parecer que es *una verdad de la naturaleza*. A lo mejor lo que estamos diciendo ahora, de aquí a cincuenta años o más, ya no es funcional a las nuevas patologías que pueden surgir.

Si extrapolamos un cuerpo de teoría de su momento histórico se hace siniestro o patético. Por ejemplo, en la Edad Media, quemar mujeres porque habían cohabitado con el demonio, (se los llamaba incubos), era algo totalmente razonable, porque se creía que estaban poseídas por estos. Entonces, cuando las pobres histéricas tenían orgasmos a la noche, gimiendo solas, las quemaban por brujas, una categoría diagnóstico-religiosa totalmente aceptada en la época.

En Alemania, los paradigmas nazis, llevaron a demostrar que los judíos tenían un gen patológico, que eran degenerados genéticamente, lo habían demostrado los científicos alemanes, por lo tanto había que depurar la raza y había que matarlos (mataron seis millones). Además mataron también discapacitados y gitanos. Y eso en Alemania era verdad porque lo decía Hitler (con la complicidad de gran parte del pueblo alemán).

En la dictadura militar estaba legitimado torturar a un detenido con el argumento de que esa persona podía tener información de una bomba que todavía no estalló. Así, se puede detener a cualquier desgraciado y hacerle confesar que «lo mató a Gardel».

A veces no sé si los humanos son más tontos que malos o más malos que tontos. Cuando uno se pone muy despiadado con el análisis de los humanos,

se espanta. Pero después se reconcilia con el mundo y sigue yendo a las Oyitas, a la Cooperanza, al Bancadero...

Toda psicoterapia debe restituir a la persona a su cultura de origen. Si me pidieran que atendiera a un mapuche que se volvió loco, y yo lo tratara desde mis categorías culturales, lo volvería más loco. Lo lógico es enseñarle a otro mapuche los rudimentos de la terapia, por ejemplo, nuestros cuatro pasos para las crisis, y dejar que él lo «traduzca» al mapuche.

Entonces, ¿cuál es el paradigma de la Teoría de Crisis? Que el sujeto, la identidad, es una historia, que hay que ir al pasado y analizarlo, pero para construir el futuro. El ser humano, está arrojado a su futuro, el *yo* está arrojado a la sorpresa.

No podemos vivir sin paradigmas. Los paradigmas más estrictos están en las religiones, porque deben explicar lo inexplicable, porque la muerte no se puede enfrentar sino con dos cosas: la religión o la revolución. La juventud actual no tiene ni revolución ni religión, no hay algo que organice un proyecto de destino, por eso aparece la droga, la violencia, porque no tienen en qué creer, están desamparados de paradigmas.

La ciencia no es inocente

Cuando un sistema social necesita una cierta teoría que sea funcional para el poder, esta teoría se genera y es consagrada como una verdad científica. En cada momento histórico se elaboran infinidad de suposiciones interpretativas de la realidad, pero sólo se consagra la que justifica lo que el poder necesita en ese momento histórico.

Cuando el Imperio Romano necesitó controlar las sublevaciones de los Bárbaros, el cristianismo fue consagrado como religión de Estado por Constantino. Así pudo transformar en corderos a los lobos, sustituyendo el mensaje del amor comunitario de Jesús con el símbolo del pescado en los primitivos cristianos, por la Cruz, símbolo del tormento, que induce el miedo, la culpa y genera la actitud de sumisión. Traicionando así el revolucionario «amaos los unos a los otros», por lo cual murió Jesús.

Copérnico «descubre» la redondez de la tierra y el heliocentrismo cuando el grupo dominante se desplazaba de la Iglesia (geocéntrica) a los reyes y aventureros que necesitaban extender sus dominios comerciales. Sin Copérnico, no hubiera existido Colón, que extendió el dominio español.

En el siglo pasado, la Inglaterra colonialista, necesitaba darle una cobertura científica al mito de la superioridad blanca, y en ese momento aparece Charles Darwin con la teoría de la selección natural, donde sólo sobrevivían los más fuertes, que por supuesto, eran los ingleses, y así se legitimaba el colonialismo.

Ahora vamos a analizar algo que nos interesa más y nos toca de cerca en esta época de crisis y desesperación, que son las teorías sobre un quehacer muy importante, la psicoterapia.

A principios de siglo, el avance de la explotación social, da lugar a formas comunitarias y violentas de oposición. El socialismo tiene como ideología la lucha hermanada, el hombre unido a otros hombres. Frente a esta concepción grupal y orientada hacia el devenir de los pueblos, surge un médico vienés, Sigmund Freud, que propone una concepción individualista del hombre. Sostiene que su principal

problema, son sus pulsiones sexuales reprimidas hacia su madre o su padre. El hombre no es el resultado de la trama social, su identidad es explicada sólo por sus pulsiones infantiles, dentro de la familia pequeño – burguesa, en una Europa de principios de siglo, con su moral victoriana, represora de la sexualidad.

Si ahora analizamos qué proceso histórico tuvo la psicoterapia en la Argentina, vemos que el psicoanálisis, es sinónimo de psicoterapia. Ser psicólogo es ser psicoanalista. La tarea de la cura debe ser individual, negando el cuerpo y analizando el pasado infantil. También se exige un paciente con capacidad simbolizante. Vemos que es un instrumento sólo para las clases sociales media y alta. Ni aún durante las luchas populares de los sesenta y setenta, la psicoterapia se abrió a una concepción comunitaria, con técnicas grupales donde se pudiera incorporar el cuerpo y la emoción, para generar proyectos de acción. No sólo para entender el pasado, sino para crear el futuro.

Luego sucede algo sorprendente, cuando la crisis social genera la discontinuidad de las historias de vida y aparece el síndrome de la despersonalización como esquizofrenización de la cultura, los profesionales de la salud mental, en vez de abrir los consultorios a la problemática de la violencia, la droga, las crisis, hacen el camino inverso y se terminan de encerrar en los consultorios, con terapias cada vez más ortodoxas. Aquí es donde importamos a Jacques Lacan y su teoría, donde la complejidad del lenguaje llega a ser totalmente hermética, donde se analiza sólo el discurso del paciente y se les termina por traspapelar la persona en su humanidad sufriente.

Pensamos que esta evitación de la realidad, de la escuela lacaniana, que domina actualmente el campo de la psicoterapia, fue funcional en nuestro país por su capacidad de negar lo que sucedía. Durante la Dictadura Militar, contaminarse con lo real era muy peligroso, un paciente militante «quemaba». Pero ahora, después de veinte años, con una gran población de chicos y adolescentes en gran riesgo psicológico, dentro de toda una sociedad enferma, recluirse en los consultorios, es abandonar el barco en plena tormenta. Esto es coherente con la propuesta de la ideología postmoderna, de la globalización Walt-Dinezca, de esta sociedad individualista y light.

En el nivel de la economía, en las teorías monetaristas, no existe más el trabajo ni la riqueza real (una vaca es sólo el fantasma de su precio), todo lo maneja la danza de los enormes mercados financieros, feroces, sin rostro y sin piedad, que terminan definiendo las reglas de nuestra cultura individualista y competitiva, que nos lleva a la soledad y a la frustración. Lo sorprendente es que lo permitamos pasivamente. ¿Tendrá algo que ver con esto, los treinta mil desaparecidos?

Vida de Moffatt

Intento de autoanálisis (desde dónde digo lo que digo)

Nací en el Hospital Rivadavia el 12 de enero de 1934. Fui criado hasta los cuatro años por mi familia materna alemana. Eran inmigrantes que llegaron a Comodoro Rivadavia a fines de la primera guerra mundial y comenzaron a luchar desde abajo. De mi madre recibí el mandato de vencer las dificultades (ella venía de la guerra y llegó a la Argentina a los doce años) y de mi familia paterna heredé la elegante distancia inglesa que me sirve para preservarme en la terapia con situaciones límite.

A los cuatro años cambia mi vida familiar drásticamente porque mi padre se pelea con mi abuela (los dos eran muy autoritarios) y se lleva a mi madre y a mí. Mi madre ya había comenzado a padecer una enfermedad grave, una artritis reumatoide que progresivamente la iba dejando inválida en una silla de ruedas.

Los cuatro años siguientes me marcaron para siempre: internan a mi madre en un hospital por el avance de la artritis y mi padre, que era maestro mayor de obras en Vialidad Nacional, debe irse lejos a trabajar. De modo que comienzo una etapa de exiliado, de paria infantil, pues a la familia alemana no podía volver, por la pelea con mi padre, y la familia inglesa de mi padre no me podía tener, eran ingleses elegantes y distantes.

Yo era hijo único, venía de ser el rey del hogar en la familia alemana y pasé a ser «el hijo de la señora enferma», estuve viviendo con familias muy distintas, de pronto iba a parar a la casa de una tía inglesa rica y, en otro momento, a la casa de la familia de un peón de la vía.

En aquel tiempo se creía que los chicos eran de palo, que estando bien alimentados y bien vestidos, ya todo estaba bien. Pero los chicos desarrollan un nivel de dependencia emotivo muy grande. La historia era que siempre caía en un lugar distinto, en una familia que no conocía, con hermanitos que se entendían entre ellos y yo caía ahí como un paracaidista. Psicológicamente, ese nene tenía dos posibilidades: una era volverse una tortuga, meterse para adentro con un gran caparazón y aislarse, o sea elegir el autismo, y la otra era transformarse en un antropólogo precoz, tratando de detectar cómo eran las reglas vinculares en cada familia,

cómo integrarse, cómo agradar. Yo elegí esta última, que era estar atento a la gente, a las señales de afecto y de rechazo, y también armar juegos con los otros nenes para que me integraran y así no quedar solo.

En una crisis muy aguda que tuve después, en mi primera separación de pareja, me di cuenta que la separación con mi mamá había sido muy traumática porque la separación de mi primera mujer fue una catástrofe psicológica para mí, desproporcionada en relación al tiempo que habíamos vivido juntos. Cuando ella se fue (bruscamente, en el término de una semana) yo me volví a sentir como un nene abandonado y entonces me di cuenta que esa situación había reactivado el grave traumatismo infantil. Eso marcó prácticamente toda mi vida, ya que desde entonces siempre estuve organizando juegos (juegos terapéuticos en hospicios, en comunidades terapéuticas) y organizando a la gente, especialmente a la gente que está angustiada, todo esto también, como un modo de ser aceptado, porque en el fondo, creo que quedó algo de una íntima soledad... podría decir que soy, en realidad, una tortuga rehabilitada.

Esos años fueron bastante difíciles para mí, ese cambio abrupto de estar sin papá y sin mamá a los cuatro años, me hizo vivenciar el desamparo profundo. En este exilio infantil pasé por doce lugares distintos en sólo tres años. Esto me permitió también conocer todas las clases sociales, de pronto estaba en casa de mi tía Cecilia, que había venido de Europa, y luego estaba con María, la esposa de un peón de la vía, una mujer italiana muy buena y totalmente pobre, de una pobreza absoluta, en su casa no había baño, había que ir al fondo donde el abuelo cosechaba la papa y el repollo que comíamos. Esto me dio la sensibilidad para comprender estructuras familiares muy pobres. Ahora puedo estar cómodo en una villa y en Barrio Norte, en Las Achiras y en la Sociedad Central de Arquitectos. En mi cortísima profesión de arquitecto, que duró poco más de un año, llegué a estar en lugares muy elegantes. Como era de familia inglesa y además profesor adjunto de Historia del Arte en la Facultad de Arquitectura, me relacionaba con gente muy sofisticada y también estaba cómodo. Como así también en la clase media a la que pertenezco.

El exilio terminó a mis siete años en Pergamino, ahí me volví a reunir con mis padres. Mi madre era muy simbiótica conmigo, muy afectuosa, muy acariciadora... me dio una intimidad con el mundo subjetivo femenino

muy importante, esos años, desde los ocho a los catorce fueron años muy felices. Ahí tuve la experiencia de organizar una barra, las primeras experiencias comunitarias. En el garaje de mi casa hice un club de lectura para los chicos del barrio, ahí estaban apiladitos, el Billiken, los Patoruzú, los Rico Tipo, la revista Caras y Caretas... Incluso recuerdo que hacíamos elecciones (por supuesto con lista única, donde yo era presidente). Pero siempre seguía yo con esa falta fundamental, de ser el semihuerfano, el hijo de la señora enferma. No olvido que cuando presentaban a todos los nenes de la casa, yo era el último: «¿Y ese rubiecito pecoso quién es?» «Es el *hijo de la señora enferma*». Desde ahí es que me puedo identificar con los marginados.

De Pergamino volvimos a Capital. A mamá se le estabilizó la artritis y como buena industriosa alemana que era inventó, a partir de unos palos, rueditas y sogas la posibilidad de seguir atendiendo la casa, hacía la comida aún estando con muy poca movilidad en una silla de ruedas. Ella me enseñó que todo se puede superar, que hay que pelearle a la adversidad y no entregarse. La relación con mi madre hasta que murió fue muy intensa. He sido muy querido por ella y eso me dio una seguridad existencial y ontológica que me permitió explorar la locura.

Después vivimos en Temperley, éramos los «Moffatt de Temperley», cerca de mi primo Tommy, y después fuimos a Florida con los parientes alemanes. Ahí se reparó la relación con mi abuela, la «Oma».

Así me fui haciendo grande, andaba en bicicleta, tenía un perro y estaba mucho en la calle. Después de los diecisiete entré en un período de mucha introspección adolescente. Empecé a leer libros en forma intensiva: Dostoievsky, Rousseau, André Gide, los rusos, los alemanes y los franceses, todos los artistas románticos y surrealistas hasta Kafka, de quien terminé haciéndome amigo íntimo al leer y releer sus escritos e identificarme con sus bichos metamórficos y sus escenas fantasmales. Además la relación con mi papá era similar a la de Kafka con su padre. El mío era autoritario y sometedor, él decidió que yo debía estudiar arquitectura, en segundo año quise cambiarme a Medicina porque era lo que más me interesaba, pero mi papá era demasiado «convinciente» y terminé recibéndome de arquitecto por él, pues él había querido estudiar arquitectura pero tuvo que dejar en segundo año (pienso que él creía que

yo era él).

En ese tiempo dibujaba y pintaba mucho, creí que iba a ser pintor o escritor, que iba a ser artista.

¿Y cómo siguió mi vida allá por mis veinte años? Con mucho mundo subjetivo, largas charlas literarias con mi mamá, que debido a su parálisis leía mucho. Pienso que mi madre se sentía muy frustrada con la parálisis, y entonces necesitaba que su hijo fuera una especie de Mesías, alguien que reivindicara todo lo que ella no había podido hacer.

Creo que ella me fue induciendo a un camino en el que yo tenía que ser un inventor o algo así, alguien famoso que hiciera *«una gran obra para el bien de la Humanidad»*. Yo me sorprendí tomando como ejemplo a Albert Schweitzer, el médico alemán que se quedó para siempre en el África curando a los negros. Pero a mí me interesaba más curar la locura, y creo que no estaba tan errado, porque en la familia de mi padre emergió la locura: mi primo Tommy a quien siempre protegí, hizo un brote esquizofrénico grave a los veinte años, del cual nunca salió. Pobre Tommy, un chico tan suave, tan delicado, tan fino... a quien los psiquiatras destruyeron con electroshock, insulina, y otras barbaries psiquiátricas. Por eso con la psiquiatría manicomial tengo una cuestión personal.

La relación con mi padre fue de otro carácter. Él, como buen inglés, solo hablaba sobre el mundo de los objetos, sobre hechos cotidianos, cómo lustrar los zapatos, con qué pomada y con qué cepillo... nunca me hizo una reflexión acerca de la vida. No obstante me protegió mucho, pero a cambio del sometimiento, de obedecerle en todo. Él me indicaba por quién votar, cómo tenía que vestir, cómo tenía que pensar, pero comprendí que el viejo lo hacía desde el cariño y lo sigo queriendo. Pero quien controla el afuera no puede controlar el adentro, y yo fui siempre muy rebelde en el pensamiento.

Luego, en una fecha muy precisa, se me reveló un proyecto que organizó toda mi tarea intelectual hasta ahora: fue el 1º de enero de 1960, acampando en la laguna de Chascomús. Ahí es cuando decido hacer un libro filosófico-poético gigantesco, que es el Tratado del Mundo, en el que sigo trabajando actualmente, ya van más de cuarenta años de juntar imágenes, palabras, he llegado a juntar cien mil imágenes y millones de palabras, ya metí todo esto en la computadora, y fue la base de la gigantesca página web

(de tres mil doscientas páginas).

A los veintisiete años me casé, y luego de cuatro años se produjo el episodio traumático que ya relaté, donde comprendí por dentro lo que es una crisis muy aguda, de desestructuración del yo, que me sirvió mucho después pa-ra construir mi Teoría de Crisis.

A los dos años de haberme separado me vuelvo a casar y tengo los dos chicos, hago una vida familiar buena. Mis hijos se criaron bien, Luciano, el mayor, es doctor en biología, y de él tengo dos nietas, Julieta, de catorce y Candela, de diez. Malena, mi hija menor heredó el entusiasmo por el arte, es profesora de flamenco, buena pintora y actriz.

Luego de muchos años, me vuelvo a separar, y me caso por tercera vez. Al cabo de ocho años se vuelve a repetir la situación de mi primera pareja: ella se enamora de otro señor y se va, pero mi reacción esta vez no es catastrófica, porque en aquella ocasión ya había elaborado el traumatismo infantil. Después de tres separaciones voy entendiendo la vida, aunque debería pensar qué es lo que hago yo para que esto suceda. La pareja es un problema difícil, hubiera preferido un único gran amor pero el destino me dio otra cosa. De todas maneras, he quedado en excelentes relaciones con mis ex-parejas.

En el año 1970 Ángel Fiasché me lleva con él a trabajar en el manicomio de Nueva York (Brooklyn State Hospital).

Cuando regreso de Estados Unidos hago la primera experiencia importante en un hospicio, que es la Peña Carlos Gardel en el manicomio Borda y junto mucho material documental. La Peña dio lugar a muchas otras experiencias comunitarias, dio los grupos de mateadas, el Psicodrama en forma de teatro popular, las cooperativas de trabajo, y además el libro *Psicoterapia del Oprimido*. Muchos emprendimientos en salud mental que hice luego, tienen su origen en esa comunidad terapéutica.

Desde lo académico universitario fui profesor adjunto en la Universidad de Arquitectura y Sociología, siempre en relación con ciencias humanas e Historia del Arte.

Durante la dictadura militar dejé de trabajar porque lo comunitario estaba muy perseguido, éramos «subversivos psiquiátricos». En esos años trabajé mucho en Brasil, se tradujeron dos libros míos al portugués: *Psicoterapia del Oprimido*, que lleva ya ocho ediciones y *Terapia de Crisis*.

Cuando finalizó la dictadura militar, con su secuela de horror, violencia, torturas y desapariciones, vuelve a salir el sol de la democracia. Luego de esa tormenta negra y angustiante, poco después de Malvinas, organizamos el Bancadero.

El Bancadero es una mutual de ayuda psicológica alternativa y autogestiva, fue una experiencia muy importante en la que ya se atendieron más de 35.000 pacientes. En ella están comprometidos más de sesenta Psicólogos Sociales y Psicólogos Clínicos, y hoy está por cumplir 25 años.

El Bancadero es una comunidad que fue amasada con mucho amor y responsabilidad terapéutica: los grupos terapéuticos, los talleres de psicodrama, el teatro, el semillero de formación y las fiestas comunitarias. Junto con la Peña Carlos Gardel fueron mis principales hijos científicos. En el año 1968 publiqué mi primer libro «Estrategias para Sobrevivir en Buenos Aires» que en su primer mes vendió 10.000 ejemplares. En el '74, durante el gobierno de Cámpora publiqué Psicoterapia del Oprimido que, naturalmente, tuvo una buena acogida pero con Terapia de Crisis, publicado en 1982, fue un desastre. No lo leyó nadie, ni el editor. Esto me inhibió para hacer otro libro por mucho tiempo pero luego de casi veinte años publiqué «En caso de angustia rompa la tapa».

Durante el '84 y '85 fui Director del Asilo de Indigentes de la Ciudad de Buenos Aires. Ahí estuve en contacto con unos mil mendigos de la calle, organicé una comunidad terapéutica adentro que entró en colisión con los reglamentos municipales y me echaron. En general, cuando estuve en el estado fracasé, mi estilo es alternativo, autogestivo.

He viajado mucho y sigo viajando a Brasil, que conozco des-de Porto Alegre hasta Manaos, en el Amazonas. Trabajé en sus manicomios supervisándolos. El viaje a Europa me sirvió para completar un video sobre marginalidad en la calle. Tomé registro en Londres, Berlín y París de los marginales, los desplazados, los viejos mendigos tradicionales... y terminé mi curso de pobreza en la India.

Mi vida intelectual es cada vez más compleja, actualmente soy un referente en los medios para los problemas en relación a marginalidad y salud mental, violencia, chicos de la calle, catástrofes, etc. Sigo dando innumerables cursos de Primeros Auxilios Psicológicos en distintos lugares del país.

Mi madre, desde su condición, me inculcó también el preocuparme por los más sufrientes. De chico me fascinaba hablar con los linyeras. Pienso que no lo hacía sólo por bondad, sino que el marginal con esa riqueza existencial que le da su vida dramática me enriquecía también mucho. Aprendí muchas cosas de la vida en el fondo del hospicio.

Otro viaje interesante es el que hice a la India, es un país oriental y por lo tanto, vi muchas cosas del mundo occidental a través de lo contrario, un país no violento, donde la gente no roba ni se droga, me encantó. Aprendí algunas técnicas de los Sadhus que son los hombres santos. Fui tan lejos para, curiosamente, encontrar esto mismo en Bolivia: un pueblo trabajador, no violento, sin droga, con una estructura incaica, una cultura ecológica. Son sociedades que no fueron alcanzadas por el deterioro de esta crisis de la sociedad occidental de fin de milenio, el post-modernismo con su individualismo competitivo.

Me ha interesado mucho la rehabilitación de «las causas perdidas» como los psicóticos, los mendigos, los chicos de la calle... le dan a mi vida un sentido heroico, un sentido épico de la existencia (otra vez Albert Schweitzer o Lawrence de Arabia... nuevamente, el mandato de mi madre).

Me conmueve profundamente el arte, mi forma de estar en el mundo es estética. El misterio a develar, que persigue la ciencia, me produce una intriga y un goce. Esto creo que es la «*wissenschaften*», en alemán *el amor a la ciencia*, que me inculcó mi madre, ella me dio el permiso a pensar por mí mismo, no estar dependiendo, como muchos intelectuales argentinos, del último libro que viene de Europa.

Del costado inglés tengo un espíritu darwiniano... de juntar huesos y caparazones para armar la teoría de la evolución, la diferencia es que yo junto miles de imágenes para armar la teoría de la vida... y creo que con la misma paciencia inglesa.

Hace casi veinte años fundé la Escuela de Psicología Nacional, buscando el significado de nacional por *nacer*, como el lugar en que uno nació... de pensamiento independiente, criollo. ¿Por qué nosotros no vamos a tener una psicología criolla?

Actualmente, me dedico fundamentalmente a supervisar, manteniendo la vieja costumbre de recorrer la realidad, a formar gente, a transmitir

experiencias. . . estoy en una etapa de mi vida de sintetizar todas las experiencias para poder transmitir las (soy un viejo de setenta y tres años). Sigo investigando la realidad que me parece cada vez más desalentadora por su injusticia, corrupción y estupidez.

Lo que tiene de positivo la vejez, es que pone en perspectiva muchos problemas que antes parecían muy importantes. Se simplifica el mundo y va quedando lo que es más sustancial, que es el amor, la muerte, la tristeza y la alegría, la justicia, el dulce de leche, algún whisky y básicamente, inventar ideas para curar vidas... Es una oportunidad, también, para ayudar a otros que están recorriendo su camino, avisarles de algunos peligros y mostrarles el camino hacia algunos lugares tentadores...

Y lo nuevo que viene a mi vida no lo puedo relatar, porque todavía no me sucedió.

APENDICE

Adiós, gracias por todo

Cuento inédito de un viejo amigo, Marcelo Fox

Me corté los labios al afeitarme. La sangre salía. Era dulce. Me gustaba. Después traté que la pequeña herida se cerrara. No lo conseguía. Dormí con un esparadrapo sobre la boca. A la madrugada desperté. La almohada estaba manchada de rojo. Las sábanas. El piso. Miré un espejo. Por la mejilla izquierda se extendían gránulos escarlatas.

Un día u otro habría tenido que suceder. Me lo habían avisado. Una cuestión genética hereditaria, dijeron. Fui al médico.

Por el momento la única forma de salvación es que le amputemos la cabeza.

Pero doctor...

No se preocupe. La ciencia avanza. El cerebro, los ojos y demás centros vitales le serán transplantados a la cavidad abdominal.

Ahora salgo, aunque nada más que de noche, cuando las gentes tienen menos oportunidad de distinguir que sobre mis hombros hay solamente un mazacote de yeso reproduciendo rasgos humanos. Desprendiéndome la camisa puedo ver. Me alimento por el ombligo.

Logro articular sonidos mediante un aparato injertado un poco más arriba. Con algo por el estilo, oigo.

Adaptarse. Resignarse. Una psicóloga me ayuda a ello.

La cosa volvió a comenzar por un pie y una mano del mismo lado. Del mismo lado izquierdo.

Seguir amputando. No veo, no hay otra salida...

Pero doctor...

Cálmese hombre, cálmese, considero que el problema técnico de amputar cuatro extremidades es mucho más simple que el de separar una cabeza del tronco y trasladar los órganos de los sentidos a...

Comprendo, quiero comprender. Está bien... Lo que no entiendo es por qué las cuatro extremidades deben de ser...

Bueno... Es que total tarde o temprano ... En fin... Usted sabe como son las cosas...

Perdóneme pero hay otros pacientes que... Venga, salga por la puerta trasera.

Casi inmóvil. En un rincón. La psicóloga me habla de los fines de la humanidad, de las consecuencias siempre funestas del pesimismo. Me lee también a Parménides. Y me lo interpreta. Si el ser está inmóvil y el movimiento es mera apariencia, para que preocuparme de inmovilidad. Los habla oído nombrar a Freud, Marx, Hegel, San Lactancia, Nietzsche, antes de decidirme por Parménides como más conveniente para mi caso. Lo único que lamento es no poder masturbarme. A veces trato de refregar el miembro contra las paredes. Solo consigo laceraciones. Me pedí que me castraran. Lo hicieron.

Discúlpeme que les cause tantas molestias, es que...

No. No se preocupe. Nosotros estamos aquí para ayudarlo.

He acabado siendo un cerebro que flota en un líquido de no se qué color. Solo quedan conectados con el exterior mis centros auditivos. Oigo una voz que repite los evangelios. Hablan de la fatuidad del mundo y la carne y de reinos infinitos.

Trato. Debo de estar contento. Se ocupan de mí hasta el fin. En el lóbulo occipital ya empiezo a sentir los síntomas conocidos. Adiós. Gracias por todo.

Laboratorios Bayerfreud **Prospecto de «Artepidol»**

Droga: Arthaloperidol. Venta: sin receta y sin archivo. Industria: Escuela de Psicología Social sede Patagonia Norte, Neuquén Capital. -**Formula:** Cada intervención contiene: Pinceles, Témperas, Crayones, Marcadores, Lápices de Colores, Goma de Pegar, Revistas, Tijeras, Masa de Sal, Papel Grande, Papel Chico, Lapiceras, Lápiz Negro, Goma de Borrar, Globos, Mate, Galletitas, Puchos, Guitarra, Grabador, CD's, Percusión, etc.

Propiedades: Artepidol es un dispositivo formulado desde la Psicología Social que se recomienda como espacio reparador creativo de situaciones angustiantes, controlador de ansiedades, es un espacio destinado a una óptima vinculación y fluida comunicación. Puede utilizarse inicialmente con asistidos internos para sumar luego ambulatorios. Dicho espacio se utiliza como válvula de escape, donde se redescubren las personalidades. - Es una acción terapéutica para el espíritu y un instrumento de reconocimiento para cada ser humano. El proceso

creativo moviliza la mente y los afectos y eso es lo que se trata de encausar y rescatar mediante este tipo de terapias que permiten revalorizar la imaginación como instrumento de trabajo. Este proceso permite reconciliar problemas emocionales, fomentar la autoconciencia, desarrollar habilidades sociales, manejar conductas, reducir la ansiedad y colaborar con la orientación hacia la realidad, incrementando la autoestima y encausando proyectos. Está comprobado científicamente que el «arte» afecta el sistema nervioso autónomo, al equilibrio hormonal y a los neurotransmisores cerebrales. Con él se produce un cambio en la actitud, en el estado emocional y en la percepción del dolor, consiguiendo llevar a una persona desde un estado de estrés a otro de relajación y creatividad, permitiéndole conectarse con la parte más profunda de su psiquis, lugar donde reside el poder curativo que todos poseemos.

Indicaciones: El asistido encuentra en el arte y es su capacidad creadora su condición humana. La creación implica el ejercicio profundo de la libertad y a su vez una modificación de

esa realidad que está incidiendo sobre él. La creatividad es hermana de la subversión (cambio, modificación de estructuras). **Posología y Modo de Administración:**

Las dosis sugeridas se ajustan de manera individual para cada asistido dentro de un contexto grupal, donde cada asistido «es» con el otro e inicia su resignificación como sujeto a través de la creatividad. Se recomienda utilizar Artepidol bajo estrictas recomendaciones de: Ganas de estar, y lo mejor:

¡Participar! Respeto por el compañero, democracia a la hora de elegir grupalmente. Trabajo con humor y tolerancia. Escucha atenta.

Efectos colaterales: No se registran efectos adversos.-

Precauciones y Advertencias:

La mayoría de las drogas psiquiátricas son neurotóxicas, producen en mayor o menor grado una incapacitación neurológica generalizada. Detienen las conductas que disgustan a algunos, incapacitando a la persona, que ya no puede sentirse enojada, infeliz, o deprimida, pero ¿Podemos llamarle a esto curación?...Artepidol no pretende

curar a nadie, sólo alivia angustias e intenta armar el presente en busca de la visualización del proyecto de vida.-

Contraindicaciones: Artepidol esta contraindicado en toda persona que crea pertenecer a la clase de los «privilegiados normales» y opte por mantenerse lejos del padecimiento social porque contagia y perjudica su excelente desempeño de estados modelo. **Sobredosis:** En caso de sobredosis se recomienda seguir suministrando Artepidol.- No pierda su tiempo llamando a ningún centro de intoxicaciones, disfrute del placer de sentirse un sujeto social asistido y reconocido como tal.-

Presentaciones: Artepidol se presenta en 3 envases: Humor y Creatividad con núcleo Psicótico (Maty). Creatividad y Desestructura con núcleo depresivo (Rulo). Organización y Racionalidad con núcleo histérico (Caro). **Condiciones de Almacenamiento** Conservar en el corazón.-A temperatura ambiente y con mucha luz.-

Precauciones: Mantener al alcance de todos, incluidos los niños.-Ante cualquier duda

consulte a Operadores en Salud Mental . Especialidad

Terapéutica Autorizada por:

Enrique Pichon Rivière, Alfredo Moffatt, Carlos Sica, Marisa Wagner, Patricia Caporalín, Teresa Rodas, Vicente Zito Lema, Fabio Lacolla, Liliana Beraldo, Darío González, Javier Salinas, Laura Corihuala,

fundamentalmente a nuestros compañeros asistidos por permitírnos ARTEPIDOLEAR con ellos y a todos aquellos coordinadores y compañeros que han participado de nuestro «Enseñaje». **Información al**

Asistido: Artepídol informa que el cambio producido en el producto y/o en el diseño de su embalaje no modifica las propiedades terapéuticas del mismo. **Elaborado en el**

laboratorio social: de la Escuela de Psicología Social Sede Patagonia Norte, Olascoaga 245 código postal 8300 Neuquén -

Información al Lector: El enfermo mental es un estereotipo. Una clasificación anormal dentro de una normalidad hipócrita. Invitamos a todos a desmitificar la Salud Mental y a responsabilizarnos por la Salud Social en todos sus aspectos.

El Artepídol es una creación de Rulo, coordinador de nuestra escuela de Psicología Social de Neuquén.

® Marca Registrada

Incorporamos al libro un curso de humor surrealista que dábamos en el fondo del Manicomio Borda con profesores recibidos de esquizofrénicos, paranoicos, obsesivos...

(Los alumnos aprendían a ser perfectos esquizofrénicos, paranoicos, obsesivos, etc.)

Coordinador General del Curso Dr. Carlos Taffoma

Curso de insanía

INIDE Instituto de Investigaciones Demenciales

PROGRAMA DE LAS MATERIAS

APRENDIZAJE TEORICO-PRACTICO DE LAS PSICOSIS MÁS IMPORTANTES

Seminario de introducción en cinco especialidades

- 1 INTRODUCCION A LA ESQUIZOFRENIA** Postura corporal disociada, ejercicios para mover la cabeza sin el cuerpo – Movimientos rituales con los dedos. Recorridos reiterados - Concentración en los propios pensamientos, ejercicios de aislamiento - Contestaciones indirectas - Descubrimiento de significados ocultos. Ejercicios de percepción de voces internas - Evitación del robo de pensamiento. Ensalada de palabras - Invención de neologismos – Construcción y usos de máquinas del tiempo – Teletransportación – Evitación del vaciamiento cerebral – Ensayo de brote, vivencia de «fin de mundo» - Detección de objetos y animales vivos dentro del cuerpo, cómo convivir con ellos - Detección de dobles, extraterrestres y robots humanizados - Inversión del ciclo diurno, ejercicios de insomnio.
- 2 INTRODUCCION A LA PARANOIA** Búsqueda de indicios del ataque inminente. Cómo detectar el complot - Escape de trampas

disimuladas - Uso de superficies reflejantes para controlar las espaldas - Detección de comidas envenenadas - Control disimulado del vecino - Ejercicios para escuchar pequeños ruidos en la noche - Preguntas para detectar profesores falsos y cómo neutralizarlos.

3 INTRODUCCION A LA MELANCOLIA Ejercicios para sentirse cada vez más triste- Lentificación del tiempo - Cómo pasarse largos períodos en cama mirando paredes y las manchas del cielorraso - Ideas de suicidio - Logro de la «facie estuporosa» - Cómo sentirse muy culpable de un momento feliz – Práctica de rumiación de pequeños recuerdos traumáticos.

4 INTRODUCCION A LAS TECNICAS OBSESIVAS Ejercicios de ordenaciones simétricas que se deshacen para volver a hacerlas - Limpieza cuidadosa de manos - Comprobaciones reiteradas de cerraduras y llaves de gas - Corte cuidadoso de papelitos – Control de los horarios de los movimientos intestinales.

5 INTRODUCCION AL DETERIORO MENTAL

. **Demencia senil** Cómo olvidarse de las palabras - Ejercicios para no reconocer a los parientes cercanos - Cómo perderse en la calle - Ejercicios de incontinencia.

. **Oligofrenia** Aprendizaje de mandados fáciles trayendo bien el vuelto –Fascinarse con pequeños objetos brillantes – Distintas formas de pedir caramelos - Colecciones de papelitos y basuritas valiosas.

Seminarios optativos

6 INTRODUCCION A LAS PERVERSIONES SEXUALES

Opción homosexual tardía: a) Ejercicios de relajación de músculos esfinterianos. b) Poses femeninas, movimientos de manos. c) Maquillaje disimulado. d) Uso y elección de vestidos sexys. e) Citas ocultas en baños públicos.

Exhibicionismo impune (como descuido) - Voyeurismo oculto (uso de rendijas).

Técnicas de masturbación encubierta (mano en el bolsillo) para épocas de escasez.

7 INTRODUCCION A LA PSICOPATIA

Cómo «empaquetar» a la víctima. Mentiras tentadoras y amenazas indirectas - Curso de Play boy, imagen omnipotente, mirada cautivante, seducción, promesas y abandono final – Teoría y técnica de la estafa moral (también para uso en política)

8 FOLKLORE DEMENCIAL

Dibujos herméticos con signos indescifrables – Monstruos indefinidos – Murales en la pared raspados con clavos - Discursos querulantes, cartas al presidente - Diálogos internos en voz alta - Confección de paquetes con diarios viejos (Tipos de piolín) - Construcción de aparatos para controlar el futuro - Sobretudo protector para el verano - Diseño y fabricación de linternas de rayos cósmicos – Planos de laberintos.

REGLAS PARA ELABORAR UN DELIRIO Elementos y plan del delirio, etapas de cronificación. Delirios parafrénicos: Electrónicos, Místicos, Celotípicos etc.

TRABAJO DE TESIS: Elaboración del propio delirio - Determinación del núcleo delirante en base a traumatismos infantiles del alumno - Entrega oculta de la tesis - Promoción secreta.

.

Este libro, como todo lo que hemos hecho siempre, se realizó en forma autogestiva, por fuera del sistema editorial actual, desde la composición tipográfica y las tapas hasta la distribución alternativa, lo cual ha permitido que estas teorías y técnicas sean accesibles a quienes están en la tarea de reparar la vida donde sea necesario.

NOTA IMPORTANTE

Este libro, los anteriores, y todos los artículos y clases, así como también 600 documentos fotográficos, están disponibles para ver o imprimir desde la página web

www.moffatt.org.ar

Índice

Para qué este libro	1
Introducción	3
Las tres aperturas	5
Epistemología de la teoría de crisis.	15
Proceso de vida.	29
Psicopatología.	41
El psicópata, la subjetividad vacía.	49
El proceso terapéutico.	61
Los cuatro pasos.	73
La muerte y los duelos.	91
Violencia juvenil	105
La droga como síntoma social.	111
El docente en riesgo.	117
Terapia y socioterapia en Cromañón	125
Antropología de los chicos de la calle.	133
Civilización y barbarie.	143
Análisis psicosocial del tango.	155
Los desaparecidos sociales.	161
Paradigmas en psicoterapia.	167
La ciencia no es inocente.	175
Vida de Moffatt.	179
Apéndice	
Adiós, gracias por todo	189
Prospecto de Artepidol	191
Curso de Insanía	195